

Equipo multimedia de apoyo a la enseñanza

Argentina: la segunda mitad del siglo XX



MINISTERIO de
EDUCACIÓN
CIENCIA y TECNOLOGÍA
PRESIDENCIA de la NACIÓN

DIRECCIÓN NACIONAL de
**Gestión Curricular y
Formación Docente**

Equipo multimedia de apoyo a la enseñanza

CINE E HISTORIA

Argentina: la segunda mitad del siglo XX

Ezequiel Sirlin

MINISTRO DE EDUCACIÓN, CIENCIA Y TECNOLOGÍA
Lic. Daniel Filmus

SECRETARIO DE EDUCACIÓN
Lic. Juan Carlos Tedesco

SUBSECRETARIA DE EQUIDAD Y CALIDAD
Lic. Alejandra Birgin

DIRECTORA NACIONAL DE GESTIÓN CURRICULAR Y FORMACIÓN DOCENTE
Lic. Laura Pitman

COORDINADORA DEL ÁREA DE DESARROLLO PROFESIONAL DOCENTE
Lic. Silvia Storino

DIRECCIÓN NACIONAL DE GESTIÓN CURRICULAR Y FORMACIÓN DOCENTE

ÁREA DE DESARROLLO PROFESIONAL DOCENTE

PROYECTO “EQUIPO MULTIMEDIA DE APOYO A LA ENSEÑANZA”

COORDINACIÓN GENERAL

Silvia Storino

Esteban Mizrahi

COORDINACIÓN EJECUTIVA

Martín D'Ascenzo

SUPERVISIÓN

Patricia Bavaresco

Corina Guardiola

Mercedes Potenze

Claudia Rodríguez

Adriana Santos

Teresa Socolovsky

Verónica Travi

PRODUCCIÓN EDITORIAL

Viviana Ackerman

Raquel Franco

Karina Maddonni

Adriana Martínez

Sergio Luciani

Liliana Santoro

Nora Raimondo

Agradecemos especialmente a Raquel Gurevich, Beatriz Masine, Javier Trimboli. Expresamos asimismo nuestro agradecimiento por la lectura crítica de los módulos a los siguientes profesores de nivel medio: Matilde Carlos, Sergio Carnevale, Horacio Fernández, Marcela Franco, Emilce Geoghegan, Rubén Guibaudi, Julián Insúa, Gertrudis Muchiute, Claudia Paternóster, Andrea Paul, Mónica Pianohoqui, Gustavo Ruggiero, Alfredo Sayus y Adriana Valle

Estimados colegas:

Una de las preocupaciones compartidas por los profesores de escuela secundaria es la de generar en sus aulas mejores condiciones para la comprensión y apropiación de los saberes que la institución está convocada a transmitir.

Los alumnos que habitan nuestras escuelas transitan una época en la cual la producción audiovisual ocupa un lugar protagónico: los jóvenes y también los adultos formamos parte de un mundo que se comunica, divierte, informa y conmueve por medio de las imágenes. Desde esta perspectiva, nos hemos planteado la tarea de encontrar nuevos lenguajes y formatos que tornen posible un mayor acercamiento entre docentes, alumnos y contenidos de enseñanza.

En esta oportunidad, buscamos poner a disposición de los docentes un conjunto de materiales con los que se busca, por un lado, enriquecer la transmisión de contenidos curriculares en humanidades y ciencias sociales y, por otro, facilitar la comprensión de problemáticas específicas del mundo contemporáneo relativas al mundo del trabajo, las culturas y los vínculos juveniles. Los mismos potencian el uso de la imagen como recurso para la reflexión sobre temáticas clave que atraviesan nuestra época.

Creemos que introducir nuevas narrativas en la escuela puede ser una excelente ocasión para abrir debates acerca de los múltiples cambios históricos, sociales, políticos, económicos y de la vida cotidiana que se abordan como objeto de conocimiento en la escuela.

La Ley de Educación Nacional dispone la obligatoriedad de la Escuela Secundaria. El desafío que se nos plantea como sociedad es garantizar la inclusión de los adolescentes y jóvenes en la escuela desde una justa distribución de los bienes culturales de los que disponemos. En este sentido, esperamos que los materiales que aquí presentamos enriquezcan la tarea de enseñar y aprender en la escuela media.

Cordialmente,
Lic. Daniel Filmus



Equipo multimedia de apoyo a la enseñanza

La cultura audiovisual es mirada muchas veces con recelo por la escuela, cuya cotidianeidad transcurre entre escrituras y lecturas. Sin embargo, los avances producidos en el pensamiento pedagógico y en cada uno de los campos didácticos sugieren que es posible favorecer los procesos de aprendizaje en los alumnos introduciendo nuevos lenguajes en el ámbito escolar.

Dado que el cine y otros medios de expresión visual han alcanzado un lugar destacado en la cultura, pueden servir como vía propicia para acceder a las problemáticas cuyas múltiples transformaciones afectan la vida cotidiana en las sociedades actuales y que se abordan como objeto de conocimiento en la escuela.

Nos referimos a los medios audiovisuales como recursos para la enseñanza de contenidos pero a la vez reserva espacio para realizar una alfabetización audiovisual en acto, en tanto el encuentro que supone genera oportunidades de interacción entre los jóvenes y la imagen, en un ambiente claramente marcado por la intencionalidad pedagógica.

El equipo multimedia de apoyo a la enseñanza que aquí presentamos, esta conformado por ocho ciclos temáticos. Cada uno de ellos se compone de cuatro filmes y un cuadernillo para el docente que profundiza los temas abordados en las películas, a saber:

Cine y literatura “el narrador y la ficción”

Cine e historia “Argentina: la segunda mitad del siglo XX”

Cine y ciencias sociales “trabajo y territorio”

Cine y filosofía “destino, azar y necesidad”

Además se incluyen cuatro ciclos de cine y cultura contemporánea:

“El cuidado del otro”

“Pasado argentino reciente”

“Los jóvenes y el mundo del trabajo”

“Los jóvenes de ayer y de hoy”

Esperamos que este material acompañe el trabajo de los docentes y colabore potenciando los procesos de enseñanza.

Dirección Nacional de Gestión Curricular y Formación Docente



Introducción	11
Capítulo 1	15
Peronismo y década infame: <i>Las aguas bajan turbias</i> (1952)	
Las interpretaciones históricas sobre los orígenes del peronismo	
El orden peronista y la clase obrera: ambivalencias de una relación	
Las aguas bajan turbias (1952): “antes” y “después”, década infame y peronismo	
Capítulo 2	61
La Argentina de los cinco conflictos (1955-1973). <i>La hora de los hornos</i> , primera parte: “Neocolonialismo y violencia” (1968)	
Peronismo-antiperonismo	
Capitalismo-socialismo	
El conflicto capital-trabajo	
El conflicto generacional	
El conflicto interburgués	
La hora de los hornos. Los ojos de la resistencia peronista	
Capítulo 3	73
La última dictadura (1976-83): <i>Tiempo de revancha</i> (1981)	
<i>Tiempo de revancha</i> : el exilio interno y la resistencia del hombre solo	
Capítulo 4	101
Guerra y posguerra de las Malvinas: <i>Locos de la bandera</i> (2004)	
El largo camino de la guerra de las Malvinas: las convocatorias nacionales de la última dictadura	
<i>Locos de la bandera</i> : silencio recuerdo en la posguerra	
Cronología	127

Introducción

1. La buena noticia para los historiadores es que el arte puede ofrecer testimonio de algunos aspectos de la realidad social que los textos pasan por alto [...]

2. La mala noticia es que el arte figurativo a menudo es menos realista de lo que parece, y que, más que reflejar la realidad social, la distorsiona, de modo que los historiadores que no tengan en cuenta la diversidad de intenciones de los pintores o fotógrafos (por no hablar de las de sus patronos o clientes) pueden verse inducidos a cometer graves equivocaciones.

3. Sin embargo, y por volver a las buenas noticias, el propio proceso de distorsión constituye un testimonio de ciertos fenómenos que muchos historiadores están deseosos de estudiar: de ciertas mentalidades, de ciertas ideologías e identidades.

PETER BURKE

VISTO Y NO VISTO.

EL USO DE LA IMAGEN COMO DOCUMENTO HISTÓRICO

Crítica, Barcelona, 2005.

Abordar el pasado reciente de la Argentina a través del cine nos lleva a analizar los materiales visuales desde perspectivas de interpretación histórica que hayan examinado cada período con mayor detenimiento. Para que el cine se convierta en testimonio del pasado, no podemos prescindir de los historiadores ni de las preguntas que atraviesan sus debates. Es a partir de estas coordenadas que lograremos apreciar la riqueza testimonial o interpretativa del pasado que el material fílmico nos proponga, distinguir lo “real” y lo “distorsivo” de las obras, asumiendo los cuidados que menciona Peter Burke. En ciertas ocasiones, las películas reflejan aspectos muy aproximados a las realidades pasadas tal

como hoy las suponen los historiadores, aunque, por lo común, lo más valioso de ellas es precisamente lo contrario: lo distorsivo de su mirada, en la medida en que esas distorsiones reflejan un contexto intelectual o mental significativo del pasado en cuestión. Hace tiempo que la historia no se ocupa solamente de los procesos de cambios económicos, políticos o sociales tal como habrán sido, sino de cómo esas transformaciones fueron percibidas por los contemporáneos. La historia de las miradas del mundo, de la visibilidad





de las realidades sociales, ocupa un lugar cada vez más importante en la producción académica.

El primer paso consiste entonces en romper con la expectativa de encontrar en estos materiales una ventana transparente a la realidad pura del pasado. Cuando se trata de documentales contemporáneos al período histórico sobre el que discurren, que utilizan imágenes en apariencia captadas del modo más neutro, la ilusión de estar viajando en el tiempo es aún mayor y nos parece que nada puede ser más semejante al pasado mismo. Nuestra mente, acostumbrada a construir visiones del presente a partir de los noticieros de televisión, tiene por demás naturalizada la expectativa de que el paisaje del acontecimiento histórico nos llegará también a través de una pantalla.

Los historiadores del arte y, en particular, los especialistas en pintura histórica, han reflexionado con más cuidado sobre las ventajas y dificultades de los materiales visuales para el conocimiento del pasado. Las recomendaciones de Peter Burke son muy útiles para un acercamiento a estos problemas desde el interés del profesor de historia deseoso de usar fuentes visuales. Este autor nos advierte sobre los descuidos más comunes en los que solemos caer los profesores cuando creemos haber encontrado un campo de imágenes transmisoras por sí mismas. Por ejemplo, suponer que la mirada de un autor contemporáneo del

pasado expresa necesariamente un modo de pensar predominante en la época; olvidarnos de las mediaciones intervinientes en el contexto de la producción artística: público, costos, estéticas que predominan y tantos otros determinantes.

Nuestra propuesta consiste en interrogar las películas seleccionadas asumiendo las buenas y las malas noticias (finalmente buenas) de Peter Burke con respecto a las fuentes visuales y artísticas en general. Después de todo los historiadores no somos menos cautelosos con las fuentes escritas, que sabemos examinar como interpretaciones valiosas del pasado sólo en la medida en que las contrastamos con otros testimonios contemporáneos y con estudios retrospectivos a cargo de historiadores. Pero curiosamente, en el momento de abordar los testimonios del cine o de las artes visuales en general, solemos relajarnos de la cautela entrenada para el texto escrito porque, muy frecuentemente, hay que admitirlo, llegamos a los testimonios visuales en actitud de descanso, en busca de una alternativa de respiro a la exposición. Se trata entonces de acercarnos a las películas con menor ingenuidad visual, con la disposición precavida con que abordaríamos un texto clásico, como el *Facundo*, del que sabemos está muy cargado de sistemas intelectuales y estéticos, a través de los cuales Sarmiento ensayaba sobre la “realidad” argentina. Los historiadores de las ideas no cesan de descubrir nuevos “prismas de visión” en la composición de este texto.



Del mismo modo, la historia de los mensúes mesopotámicos que relata *Las aguas bajan turbias* es más rica como testimonio de la ideología peronista en el momento de representar los años anteriores a su existencia, que como testimonio o estudio de la realidad preperonista. La primera parte de *La hora de los hornos* es más valiosa como testimonio de una mirada vinculada al ala izquierda de la resistencia peronista de los años 60 muy dependiente del revisionismo histórico, que como ensayo social de la Argentina bajo Onganía.

Para captar estos aspectos será provechoso cruzar las obras con una selección de interpretaciones históricas relevantes. Cuánto más reveladora resulta *Las aguas bajan turbias* vista a la luz de las interpretaciones de Gino Germani, Miguel Murmis, Juan Carlos Portantiero y Daniel James sobre los orígenes del peronismo. O la primera parte de *La hora de los hornos* contrastada, por ejemplo, con las tesis de Portantiero o de Alfredo Pucciarelli acerca de cuál era la burguesía que dominaba en los años de Onganía. La riqueza de *Tiempo de revancha*, al momento de recrear y transmitir modos de resistencia bajo la dictadura, es más visible a la luz de los trabajos de Guillermo O'Donnell sobre el cotidiano en los años de plomo. Y, finalmente, las recientes investigaciones de Rosana

Guber y Federico Lorenz acerca de las vertientes de representación y memoria social más extendidas en torno de Malvinas resultan indispensables para contextualizar y comprender lo singular de la visión de la guerra y de la posguerra que plantea *Locos de la bandera*.

El propósito de este módulo es contribuir a estos cruces entre historiadores y películas seleccionadas. Facilitar ciertas líneas de interpretación histórica desde donde interrogar las obras sobre la base de textos destacados de nuestra historiografía sobre la Argentina reciente. Las películas han sido escogidas sobre la base de una experiencia acumulada en talleres de cine e historia dirigidos a docentes de enseñanza media, en distintas regiones del país.

Cada capítulo consta de cuatro partes: 1) una introducción donde se vincula la película con los debates historiográficos en torno del período; 2) una segunda parte donde nos alejamos de la película para concentrarnos en las coordenadas históricas y conceptuales del período, siguiendo a los analistas más destacados; 3) una tercera parte en la que volvemos a la película, para examinarla a la luz de los problemas historiográficos vistos en el punto anterior; 4) un cuarto apartado dedicado a plantear actividades de integración.





Peronismo y década infame

Hugo del Carril, 1952
Las aguas bajan turbias

Introducción

En cincuenta años de reflexión histórica sobre los orígenes del peronismo, los analistas siempre han estado de acuerdo en un punto: para explicar por qué los trabajadores argentinos se unieron en apoyo a Perón era necesario llevar la vista más atrás en el tiempo y concentrarla especialmente en los años 30, en la llamada “década infame”. Así lo hicieron las interpretaciones más destacadas:

a) Para el sociólogo Gino Germani, en esos años previos se había producido un muy veloz proceso de industrialización y migraciones internas que no daría tiempo a que los trabajadores adquiriesen la conciencia de clase necesaria para esquivar el engaño y la manipulación del líder carismático.¹ b) Para Juan Carlos Portantiero y Miguel Murmis, también es imperioso revisar la “década infame”, aunque para comprobar más bien lo contrario: en los orígenes del peronismo habían sido determinantes trabajadores con experiencia sindical y capacidades suficientes para comparar sus escasos logros en la década anterior con los obtenidos entre diciembre de 1943 y octubre de 1945.² c) Para el histo-



riador Daniel James, abordar la experiencia histórico-vivencial de los trabajadores en la frustrante década anterior también es un paso ineludible, en función de comprender el proceso de dignificación espiritual que los haría peronistas.³ d) Los estudiosos más recientes de las políticas culturales que vinculan al Estado peronista y los trabajadores concuerdan en que estos cambios bajo el peronismo sólo pueden abordarse teniendo en cuenta las tensiones acumuladas previamente.⁴

Este mismo recorrido, sobre un “antes social” que explicaba el “después”, estuvo también presente en la autojustificación histórica del peronismo en todos los géneros en que se expresara: propaganda oficial conmemorativa o proyectiva, discursos de Perón, iconografía, símbolos, anecdotario popular sobre los orígenes.

1 Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, Paidós, Buenos Aires, 1962.

2 Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Siglo XXI, Buenos Aires, quinta edición, 1987.

3 Daniel James, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976*, Sudamericana, Buenos Aires, 1990, capítulo 1: “Los antecedentes”.

4 Véase por ejemplo Isabella Cosse, *Estigmas de nacimiento. Peronismo y orden familiar 1946-1955*, Fondo de Cultura Económica-Universidad de San Andrés, Buenos Aires, 2006.



Las aguas bajan turbias constituye la más conocida versión cinematográfica de una mirada retrospectiva dirigida a los años 30 y 20, con el claro propósito de justificar y valorar al peronismo en tanto ecuación social reparadora de los conflictos de clases, de dejar en claro su necesidad histórica. Nos introduce en la comparación entre los “dos tiempos” (“el antes” y “el después”) establecida por el discurso oficial, por los propios trabajadores y, más tarde, por los historiadores. Nuestra propuesta consiste en tomar como eje esta dicotomía temporal “años 30” y “peronismo” desde las perspectivas de interpretación histórica más destacadas que han abordado los orígenes del movimiento de masas. Lo que nos enfrenta a la pregunta más elemental que guió el debate desde el comienzo: ¿por qué la clase obrera se hizo peronista? ¿Qué ganancias y qué pérdidas implicó para ella esta vinculación? Encaminar las clases y las actividades en el

aula en dirección a este punto donde se cruzan los historiadores permite acercarnos a la complejidad de la experiencia del peronismo y sus legados.

La película, contrastada con la historia de la película, también nos habla de esta complejidad. Los avatares de la realización de *Las aguas...* muestran un aspecto del peronismo en tanto régimen político que el espíritu vindicador del filme hubiera preferido ocultar, como de hecho Hugo del Carril se vio obligado a hacer en el momento de los créditos. Una historia reveladora de lo que Daniel James llamaría la ambivalencia de la ideología peronista.



Las aguas bajan turbias está basada en la novela del militante comunista Alfredo Varela, *El río oscuro*, publicada con aprobación de la crítica y éxito editorial en 1943. Cuando Hugo del Carril se dispuso a filmarla, Varela estaba preso en Villa Devoto por su militancia comunista.⁵ Del Carril examinó la posibilidad de adaptar

⁵ Véanse la introducción a la novela *El río oscuro*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1985, y el artículo de Luis Alfredo Villalba “Las aguas bajan turbias”, en *Los Andes-On line*, Mendoza, 8 de agosto de 2002.

la novela al cine. Visitó a Varela en la cárcel hasta conseguir su consentimiento y en los sucesivos encuentros trabajaron juntos en los diálogos. Según Luis Villalba, antes de este encuentro, Hugo del Carril ya había tenido inconvenientes con el secretario de Informaciones Raúl Apold, quien lo vigilaba de cerca. Pero las relaciones entre el censor del régimen y Hugo del Carril empeoraron a partir de que éste frecuentara a Varela en la cárcel. El acoso del funcionario se hizo más severo contra el hombre que había entonado la más difundida versión de la marcha peronista. A Hugo del Carril le costó trabajo llegar hasta Perón. Su propio testimonio de la entrevista, recogido por Gustavo Cabrera, será valioso para nuestro abordaje.

Durante dos años,[Apold] me hizo la vida imposible. Dos años en que siendo amigo del General, no podía llegar a él porque me bloqueaban. Ocurrió que el hermano de Perón se enteró de mis sinsabores y me mandó llamar. A los pocos días, llega un mensajero a casa y me dice que el General quería verme y que lo fuera a ver a la Casa Rosada a las 6 de la mañana del día siguiente y que entrara por la puerta de atrás. Cuando llegué, me saludó cordialmente y me preguntó “¿Qué le anda pasando?”. Le expliqué que no podía trabajar ni salir del país. Se demudó y me pidió pormenores que le tuve que dar. Entonces Perón hizo llamar a Apold de inmediato. Creo que se debió haber sacado el pijama en el viaje. Lo hizo sentar a mi lado y le preguntó qué pasaba. Apold trató de tirarme todo el barro posible, dijo

que yo era comunista y que me había prontuariado por comunista, aunque yo nunca milité en el comunismo. Bueno, en esa reunión Apold dijo que yo era el único que había filmado la película de un comunista. Y Perón —cosa que era cierta porque yo lo había consultado— le dice riéndose: “Lo autoricé yo”. Esa fue la lápida. Entonces le dije: “General, no soy el único prohibido”. Le dije que había más de cien artistas que estaban en una lista y que si quería se la mandaba. Entonces me emplazó para que se la mandara. El caso es que le mandé la lista y a la semana la gente del ambiente no entendía nada. Todo el mundo volvió a trabajar y nadie supo nunca el porqué.

Citado en Gacemail-Tea,
Nº 73. Fuente original:
Gustavo Cabrera, Hugo del Carril
Un hombre de nuestro cine
Ediciones Culturales Argentinas
Buenos Aires, 1989.

El testimonio es ilustrativo del costado anticomunista del peronismo-Estado y de la función mediadora del líder ante las tensiones ideológicas dentro del movimiento. El rol de árbitro acentuó el poder de Perón desde 1945 hasta su muerte en 1974.

Para abordar el derrotero de un movimiento político que dio lugar a formaciones ideológicas tan diversas es necesario comenzar por su origen y la discusión historiográfica en torno de él. Además de la clase obrera, la alianza social peronista incluía en 1946 a otros sectores estratégicos de la sociedad: Fuerzas Armadas, Iglesia y buena parte de la burguesía dedi-

cada a las industrias sustitutivas de importaciones (ISI). Como señala Juan Carlos Torre, Perón logró tejer una alianza entre ellos y la clase obrera porque tenía para ofrecer una solución común y articuladora de los temores, intereses y necesidades que a cada sector se le habían planteado al cabo de los vertiginosos cambios del período 1930-43. A los ojos de industriales, Iglesia y Fuerzas Armadas, la ecuación de Perón contemplaba una solución al triple peligro de la agitación comunista, la des-

composición social y la crisis industrial en puerta cuando volvieran a llegar los productos extranjeros una vez que se recompusieran el mercado mundial y la capacidad exportadora e importadora de la Argentina. El peronismo era entonces un movimiento político considerablemente más amplio y complejo que la alianza entre el líder y los trabajadores. Sin embargo, lo más rico del debate historiográfico ha girado en torno de este último vínculo, el más masivo y perdurable luego de 1955.



Las interpretaciones históricas sobre los orígenes del peronismo

Por qué los trabajadores argentinos establecieron con Perón el vínculo más fuerte y duradero que haya existido entre un gobernante y un sector de la sociedad argentina? ¿Por qué optaron por ello en lugar de adherir a la Unión Democrática, o de organizar un movimiento político independiente del líder, con una orientación quizá socialista o anarquista, comunista o sindicalista negociadora?

Antes de que Daniel James volviera a plantear la pregunta en su libro *Resistencia e integración*, en el ámbito académico sobresalían dos visiones contrapuestas que intentaban esclarecer el hecho. Llamaremos “visión clásica” a la primera y “visión revisionista” a la segunda.

La visión clásica, configurada a fines de los años 50 por el sociólogo italiano Gino Germani, juzgaba que la adhesión de los trabajadores argentinos al líder carismático constituía un hecho extraño a la norma que establecían los trabajadores europeos, tan celosos por conservar su autonomía de clase frente a cualquier intento de neutralización estatal-caudillista-movimientista. El contraste residía para Germani en las deficiencias de una clase obrera argentina velozmente multiplicada por el proceso de sustitución de importaciones.⁶ La rapidez del crecimiento industrial post 30 habría generado un proletariado con mayoría de trabajadores sin experiencia industrial, urbana y

democrática. De las comarcas más humildes y tradicionales de la Argentina habían llegado los contingentes de trabajadores “nuevos” en “estado de disponibilidad” para ser seducidos y maniobrados por el gestor del autoritarismo de masas. El trauma provocado por un ingreso sin transiciones al mundo moderno habría llevado a que los migrantes buscaran la protección del líder paternalista, quien, según Germani, manipularía a los recién llegados y así evitaría llevar a cabo las reformas más estructurales que proponían los partidos tradicionales de izquierda.

Lo otorgado por el líder populista era para Germani más sustancial que “un plato de lentejas”, pero los trabajadores deberían pagar el alto costo de resignar un horizonte social igualitario como aquel por el que propugnaban los obreros europeos de posguerra afiliados a los partidos comunistas. Los migrantes internos de la Argentina, no politizados por estos partidos, carecían en definitiva de la conciencia de clase que los hubiera disuadido de apoyar el régimen de la seudo-libertad, los seudo-objetivos y la seudo-participación.



⁶ Gino Germani, ob. cit.



Perón y Evita con delegados del Congreso de Obreros Rurales (febrero 1948)

En su reconstrucción impresionista, Germani imaginaba una clase obrera desprevenida que, de manera más afectiva que racional, adhería a la propaganda del régimen sin capacidad de criticar su faz ilusoria. El ingreso de las masas trabajadoras a la escena política era controlado por el caudillo bonapartista, que fijaba los límites abortando todo anhelo de participación autónoma. En la gran ciudad, los migrantes se identificaban con el gran caudillo, sobre quien proyectaban los vínculos de

sometimiento que antes habían mantenido con el patrón de estancia y el caudillo provincial.

El intento de “peronizar” a la sociedad no se detenía en las escuelas primarias

Hasta aquí hemos visto lo primordial de Germani y de su intento de explicar el peronismo adaptando imágenes y conceptos creados por la psicología de masas a propósito de los totalitarismos europeos, especialmente el fascismo italiano y el nazismo alemán que habían “hipnotizado” a las clases medias.

La visión revisionista nacida a fines de los años 60 explicaría la peronización de los trabajadores en términos casi siempre contrapuestos a los recién mencionados. En *Estudios sobre los orígenes del peronismo* (1970), Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero cuestionaron los supuestos centrales de la visión clásica. La siguiente cita de afirmaciones revisionistas servirá para resumir el contenido de la nueva interpretación.

- 1) *que en el surgimiento del peronismo tuvieron una intensa participación organizaciones y dirigentes del sector obrero “viejos”;*
- 2) *que es difícil otorgar la caracterización de pasiva, heterónoma y con miras de corto alcance a la participación obrera en el proceso de constitución del movimiento nacional popular;*

“Bonapartismo” y “populismo”...

... son términos frecuentemente empleados por quienes critican al peronismo por su perfil autoritario. En el Diccionario de ciencias sociales y políticas, supervisado por Torcuato S. Di Tella (Puntosur, 1989), se los define de la siguiente manera:

Bonapartismo: Término que alude a determinados regímenes políticos de tipo personal, con rasgos dictatoriales demagógicos. La expresión se originó en la experiencia de Luis Bonaparte en Francia, quien, elegido presidente de la República en 1848, dio un golpe de Estado en 1851, disolvió la Asamblea Legislativa y fue proclamado emperador un año después. Karl Marx escribió *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* (1852), analizando críticamente estos acontecimientos en el marco de la lucha de clases. Sobre la base de ese texto, algunos autores marxistas categorizan como bonapartismo ciertos casos en los que un gobernante se presenta como árbitro colocado por encima de las clases, pretendiendo ejercer el poder en nombre del pueblo, aunque en el fondo responde a una orientación conservadora; en la caracterización de movimientos populistas latinoamericanos, como el peronismo, el varguismo, e incluso algunos gobiernos de la Revolución Mexicana, tales autores encuentran elementos “bonapartistas”.

Populismo: Este término se ha generalizado en América Latina para designar movimientos políticos con fuerte apoyo popular pero que no buscan realizar transformaciones muy profundas del orden de dominación existente, ni están principalmente basados en una clase obrera autónomamente organizada; el concepto se refiere a fenómenos vigentes a partir de los años 40 de este siglo, aunque puede aplicarse retrospectivamente.

3) que la participación conjunta de viejos y nuevos implicaba un proyecto social de cierto alcance, y tenía como componente importante la continuidad programática con reclamos previos de las organizaciones obreras, del mismo modo que la posibilidad de participación obrera en una alianza policlasista era ya una tendencia con importantes antecedentes en el sindicalismo anterior al peronismo.⁷

Como surge de estos párrafos, el análisis revisionista partía de otorgar mayor importancia a la experiencia sindical que la clase obrera había vivido antes del peronismo, durante la “década infame”. Trabajadores plenamente establecidos en el mundo moderno (“viejos”) habrían jugado un rol decisivo en los orígenes del peronismo. Y, fundamentalmente, las reformas implementadas por Perón desde la Secretaría de Trabajo y Previsión no eran paliativos de tan corto alcance, sino un avance palmario de los reclamos sindicales. Por lo tanto, la adhesión de los trabajadores al régimen mal podía ser asociada a un comportamiento resignado o irracional, manipulado por el engaño y la demagogia, sino al contrario: la efectividad del peronismo al satisfacer una parte muy sustanciosa de los reclamos permitía adjudicar racionalidad y pragmatismo a los trabajadores del 17 de octubre. En esta misma línea, otros

autores, como Juan Carlos Torre, han destacado el rol jugado por la “vieja guardia sindical” en los orígenes. El intento de estos líderes gremiales por edificar un Partido Laborista sobre bases autónomas era parte de un proyecto emancipado de la conducción de Perón. El temor de que el líder los neutralizara estaba más que presente en esta advertida dirigencia.

Daniel James procuró un acercamiento aún mayor a la experiencia obrera de la década infame. Auxiliado por las contribuciones teóricas del marxismo cultural inglés,⁸ James trató de reconstruir una “historia desde abajo” que permitiera comprender a los proletarios argentinos que se brindaron al peronismo incluso en las circunstancias más adversas tras la caída del régimen. Sin menospreciar la importancia que tuvieron las reformas sociales llevadas a cabo por Perón desde 1943, el autor entendió que la fortaleza y perdurabilidad del víncu-



⁷ Murmis y Portantiero, ob. cit., p. 73.

⁸ Por ejemplo E. P. Thompson, en *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Crítica, Barcelona, 1989, y Gareth Stedman Jones, *Lenguajes de clase. Estudios sobre la clase obrera inglesa*, Siglo XXI, Barcelona, 1989.



lo se debían a cómo el discurso peronista había llegado a tocar las “fibras más sensibles” de esos trabajadores, transformando el escepticismo en optimismo, la desunión en unión, el miedo vivido solitariamente en coraje colectivo, los estigmas raciales en motivo de orgullo fraterno y nacional, la derrota en triunfo, la inclinación en actitudes heréticas, la humillación en dignidad. Todo esto, sumado a los “atractivos ideológicos”, explicaría la conformación de la identidad peronista entendida como una “estructura de sentimientos”.

Para apreciar el aporte de James, es necesario que nos detengamos en este concepto creado por los estudiosos de la cultura popular inglesa. La noción de “estructuras de sentimiento” o “estructuras de la

experiencia” fue enunciada por el sociólogo cultural Raymond Williams para designar la red de elementos subjetivos que unen a los individuos de un colectivo popular de grandes dimensiones como, en nuestro caso, los trabajadores peronistas. Estos elementos componían un sentimiento de pertenencia en la conciencia de millones de personas y eran de lo más variados: valores y pensamientos especialmente sociales “tal como eran vividos y sentidos activamente” por los trabajadores, experiencias compartidas del pasado, modos de hablar compartidos (idiolectos) y de misticismo que afirman la pertenencia al “nosotros” por oposición al “ellos”, prácticas y símbolos de diversa especie.⁹ Los trabajadores peronistas crearon por

⁹ Raymond Williams, *Marxismo y literatura*, cap. 9: “Estructuras del sentir”, Península, Barcelona, 1980.



ejemplo un modo peronista para decir que el día era lindo, y un arsenal de rituales, recuerdos y “gustos peronistas” relacionados no sólo con la lucha política y el mundo del trabajo, sino también con el esparcimiento y otras esferas de la vida.

James analiza el modo en que el discurso peronista fue tejiendo una poderosa red de identificación que uniría a los trabajadores en su defensa del peronismo en oposición al antiperonismo. Como toda cultura popular agrupada por reacción al “ellos”, la fortaleza de los vínculos aumentaría ante la agresión externa. El arrojó del 17 de octubre, el instinto reactivo de la identidad peronista al que James denomina “herético”, harían más sólido el vínculo en las circunstancias más desfavorables luego de 1955.

Pero el discurso peronista había sido exitoso sólo en la medida en que superaba a los otros discursos que competían con él: radical, conservador, socialista y comunista. Partiendo de la idea de que los trabajadores se hicieron peronistas por comparación, James contrasta los elementos de cada discurso en el contexto específico del año 45: vocabulario, tono y gestos que acompañaban la enunciación. Contenidos ideológicos, programáticos, afectivos. Credibilidad, capacidad de interpretar el cotidiano de los trabajadores en los barrios y en las fábricas, y de proyectar ese cotidiano a una forma de ver el mundo. “Formas”, “contenidos” y “contenido de las formas” que decodificaban los trabajadores implantados en las tradiciones plebeyas.

Vale decir que, por ejemplo, si el apelativo “pueblo trabajador” utilizado por Perón en la campaña electoral del 45 llegó mejor a los obreros, sucedió en la medida en que para conectarse con ellos era más apto que “civilidad” o “proletarios del mundo”, voces utilizadas por las distintas formaciones de la Unión Democrática.

Los trabajadores procesaron mentalmente el discurso peronista a la luz de su experiencia previa. Valiéndose de la entrevista directa, James intentó acercarse a la experiencia obrera para reconstruir la comparación espontánea realizada por los “descamisados”. Ellos nunca habrían dejado de comparar las conquistas del año 44 con la frustración de la “década infame”; el 17 de octubre con la “Marcha de la Constitución y de la libertad”, donde los manifestantes de



clase media y alta habían cantado *La Marsellesa*; a Perón con Braden; el discurso concreto y cercano del Partido Laborista con las consignas lejanas de la Unión Democrática. Y luego seguirían comparando la época dorada del peronismo con todo lo anterior y todo lo posterior. La comparación entre el “antes” y el “hoy” que *Las aguas bajan turbias* volvía a formular en 1952 era un ejercicio de lo más natural y compartido en la vivencia de los trabajadores.

Por último, otro aporte de James consiste en captar las **ambivalencias** del peronismo que las visiones anteriores habían soslayado. Como hemos visto, las versiones clásica y revisionista discutían el significado social del peronismo para los trabajadores en términos dicotómicos: autonomía o heteronomía de la clase obrera, trabajadores inexpertos o experimentados, irracionales o pragmáticos. Para James el peronismo tuvo desde sus orígenes ambos efectos al mismo tiempo. Fortaleció y unificó a la clase obrera en un movimiento signado por impulsos heréticos, a la vez que construyó la estructura de mando vertical que le permitiría fijar límites a ese andar, integrando la clase obrera al Estado por medio de sus contenidos desmovilizadores. El peronismo creó sus propios antídotos ideológicos contra el impulso herético-confrontativo, al que siempre podría volver a apelar en caso de necesitarlo. Las dos caras del peronismo habrían llevado a que, al

decir de Alain Rouquieu, los empresarios del año 45 vieran en el secretario de Previsión la figura de un “bombero pirómano” capaz de encender y apagar la protesta obrera en la medida en que controlaba la organización de esta clase.

Comprender la ambivalencia del peronismo desde sus orígenes es necesario para avanzar en el desarrollo posterior de sus formaciones gremiales y políticas, tan disímiles entre sí como la CGT vandonista y la CGT de los Argentinos, la Triple A y los Montoneros, el peronismo del 73 y el que Menem logró agrupar. Así como en la historia argentina del siglo XX no hubo otro discurso que pusiera en movimiento a las clases explotadas con igual masividad, también es cierto que ninguna otra identidad política o configuración político-ideológica logró tan eficaces maniobras de desmovilización y supeditación de los trabajadores a las clases dominantes. Tal vez la mayor paradoja o “ironía de la historia” en el siglo XX de la Argentina consiste en que el Estado de bienestar redistributivo que el peronismo clásico montó, fue desmontado en lo más profundo por el mismo movimiento en los años 90. Lo que el peronismo construyó sólo el peronismo pudo destruirlo hasta los cimientos. La estructura de grandes sindicatos, el verticalismo y el culto al líder cumplieron en cada momento la función opuesta.

El orden peronista y la clase obrera: ambivalencias de una relación

El acercamiento

En la historia argentina del siglo XX cuesta encontrar una maniobra de proyección política tan hábil y exitosa como la que Perón puso en marcha a fines de 1943.¹⁰ Había hecho pie en el Estado porque antes había afianzado su posición en las redes políticas del Ejército lanzado al poder. Una vez consumado el golpe, logró tener a su cargo la Secretaría de Trabajo y Previsión por ser entre sus compañeros de armas quien tenía una solución meditada respecto de los temores del Ejército por la creciente agitación obrera liderada por sindicalistas afines al Partido Comunista. Perón desplegó una estrategia de acercamiento al mundo obrero compuesta por tres tácticas: represión, cooptación y satisfacción de reclamos. Las tres fueron simultáneas, pero dirigidas a diferentes destinatarios del heterogéneo mapa sindical.

La persecución, el encarcelamiento y la intervención de gremios fueron efectuados contra la izquierda sindical cercana al Partido Comunista, al Partido Socialista y a las organizaciones anarquistas. La cooptación, en cambio, fue la táctica empleada para acercarse a lo que Juan Carlos Torre ha denominado “la vieja guardia sindical”, en referencia a gremialistas negociadores e independientes de las organizaciones políticas de

izquierda. Perón no llegó a los trabajadores de manera directa, sino por intermedio de un sector del gremialismo preexistente. También promovió a sindicalistas de segunda línea mediante la fundación de sindicatos paralelos, acordada en la secretaría estatal, que reemplazaban a los dirigidos por la izquierda sindical. La tercera táctica consistió en acelerar sorprendentemente un conjunto de medidas a favor de los reclamos.

Transformaciones en la configuración sindical

Ganadas las elecciones de 1946, Perón programó un nuevo ordenamiento sindical. Años más tarde diría el axioma que las 62 grandes organizaciones sindicales eran “la columna vertebral del movimiento”. Entonces, ¿qué formato de organización previó el líder para fortalecer la unidad de las bases asegurando su poder vertical? Las transformaciones habilitadas por la nueva Ley de Asociaciones Profesionales (1945)



¹⁰ Los intentos de Onganía, en 1966, y del almirante Massera, en 1978, de fortalecerse políticamente estableciendo alianzas con sectores de la burocracia sindical, fracasarían rotundamente.

tendieron a una centralización extrema de los sindicatos y sus conducciones. El sindicato único por actividad implicó por ejemplo que, en el sector metalúrgico, 21 organizaciones sindicales que sólo sumaban 5.000 afiliados fueran aglutinadas en una única organización gremial con 120.000 aportantes: la Unión Obrera Metalúrgica. La centralización también tuvo lugar en el plano de la negociación entre el capital y el trabajo mediante la generalización de los convenios colectivos y la formación de una CGT única.

¿Cómo impactaron estas transformaciones en la autonomía sindical y en la fortaleza de los trabajadores en cuanto a avanzar en sus reclamos? ¿Debilitaron estos cambios a la clase obrera? ¿La hicieron más fuerte de lo que era? O bien, una tercera posibilidad: ¿la hicieron más fuerte de lo que era, pero menos fuerte de lo que “podría haber sido” si el peronismo no se hubiera puesto en su camino para reconfigurarla institucionalmente? Estas preguntas nos devuelven al debate principal acerca del significado social e histórico del peronismo para los trabajadores argentinos, lo que siempre remite a la situación de éstos antes de 1943.

Desde la óptica de Germani y de la izquierda no peronista de la Argentina, la centralización de la conducción sindical fue una herramienta institucional destinada a completar la subordinación de los trabajadores al Estado bajo las alas de un régimen bonapartista. El peronismo habría bloqueado un desarrollo sindical eventualmente

más autónomo, democrático, probablemente insurrecto. La centralización de los gremios buscó minimizar el peso del sindicalismo confrontativo de base que amenazaba con volver a afianzarse en el nivel de la planta industrial. La negociación se elevó a instancias sólo accesibles a una burocracia sindical. Los convenios colectivos habrían limitado los reclamos según los márgenes establecidos por el Estado.

Por el contrario, desde la perspectiva de una interpretación afín al peronismo de izquierda, la centralización gremial generó en la clase obrera argentina una unidad de acción en sus luchas que jamás había tenido. Fortaleció la movilización para que las reformas sociales se efectivizaran en los rincones remotos de la producción. Los convenios colectivos permitieron sobre todo que el trabajador de pequeños talleres obtuviera mayor capacidad de reclamo. Que la clase obrera argentina era más fuerte luego de la unificación gremial y de la afiliación masiva quedaría de manifiesto para estos autores cuando el gobierno peronista cayera y los trabajadores y los sindicatos tuvieran un considerable resto de capacidad autónoma para resistir.

¿Es posible que balances tan disímiles hayan captado, uno y otro, cierta verdad esencial acerca de la relación peronismo-clase obrera? Desde la perspectiva de Daniel James, la noción de **legado ambivalente** encuentra en el punto de la configuración sindical su ejemplo más visible. Lo

interesante de este enfoque es que logra incorporar en una misma caracterización las dos caras del peronismo: su función amortiguadora del conflicto pero también su capacidad potenciadora, llegado el caso. Bien entendida, “ambivalencia” implica la “aptitud de una cosa para ser empleada con dos usos o sentidos opuestos o distintos”.¹¹ Ambivalencia no es sinónimo de “ambigüedad”, término que se utiliza para lo que *carece de precisión, no claro o no terminante*. Para James la experiencia del peronismo legó una clase obrera con capacidades ambivalentes. Luego de 1955, la centralización de los gremios serviría tanto para dotarla de unidad de acción contra el antiperonismo, como para contener esa movilización. Unida por la afiliación masiva y la estructura de sentimientos, sería capaz de duplicar su congregación de manera coordinada, pero también de generar transacciones con las dictaduras antiperonistas que intentaron reintegrarla al Estado. *Resistencia e integración*: en la historia del sindicalismo peronista las dos caras se mostrarían lo suficiente como para tener entidad en una visión histórica que intentara captar la complejidad de la experiencia peronista. Llegaría el momento en que las dos funciones, “impulso” y “freno”, habrían de desplegarse al mismo tiempo, como ocurrió sobre el final de los años 60 en la disputa entre la CGT vanguardista y la CGT de los Argentinos.

Componentes ideológicos de la ambivalencia: el costado herético y la armonía social

En el desarrollo ideológico del primer peronismo se expresó por primera vez su ambivalencia. De un lado los contenidos de autoafirmación trabajadora y plebeya, confrontativos, irreverentes, antioligárquicos. Del otro lado, los contenidos tendientes a la armonía entre las clases, la desmovilización, la valoración del reducto familiar como espacio de concreción de la vida feliz, de la utopía peronista.

Según James, en momentos de mayor confrontación (por ejemplo los años 1946 y 1955) el peronismo haría uso de los contenidos no revolucionarios, pero sí “heréticos”, para enfrentar abiertamente a los sectores tradicionales de la sociedad. En un proceso de autoafirmación y recuperación del orgullo, los marginados sociales y raciales provenientes de interior dejaron de lado la reverencia y el temor que los colocaba a merced de situaciones de explotación extremas. Lo hicieron al tiempo que adoptaron una imagen de sí mismos asociada a la salvación nacional, a la “Argentina potencia”, valores trascendentes con que dotaban de energía contagiosa su andar peronista. Esto conllevaba el desarrollo de una contrafigura: el oligarca vendepatria, más tarde “gorila”, a quien se transferían sin mediaciones los caracteres



¹¹ *Diccionario de uso del español*, Gredos, Madrid, 1992.

contrarios al “nosotros”: “Argentina granja”. La construcción de ambas imágenes fue parte de un proceso de creación colectiva a partir de materiales preexistentes en el lenguaje popular: los refraneros rurales y provincianos se combinaron con elementos del mundo fabril en esta suma de enaltecimiento de lo popular-plebeyo.

Pero, yendo al otro lado de la ambivalencia, ¿cuáles fueron los contenidos apaciguadores del conflicto que el mismo peronismo clásico puso en circulación luego de 1946? La imagen más autocomplaciente del peronismo, el cuadro histórico-social donde se resolvían las contradicciones de clase y en definitiva se concretaba la utopía peronista, queda expresada en *Las aguas bajan turbias* por contraste. Una clase obrera integrada, que convive con el capital en la medida en que el Estado había eliminado lo más intolerable de la explotación. Transformando al “capital explotador” en capital “socialmente responsable” se creaba el marco de ordenación social y recomposición familiar que el capitalismo no había conseguido hasta el momento.

Aunque el peronismo se jactara de haber descubierto una síntesis histórica que ofrecía al mundo entero, esta conciliación sobre la base de la redistribución no difería en lo esencial de la ecuación económica y social que el keynesianismo propo-

nía al capitalismo central en la segunda posguerra. Como señala Clauss Offe, la explicación keynesiana de la crisis capitalista basada en el problema de la demanda deficiente como causa primordial del subconsumo y de la sobreinversión establecía una nueva lógica de diálogo entre el capital y el trabajo basada en que cada parte asumiera el lugar de la otra en función de su propio beneficio.¹² Los capitalistas debían entender que para evitar la crisis y acrecentar sus ganancias era necesario aumentar los salarios con el objeto de crear más demanda efectiva. Debían hacerlo en función de su propio egoísmo empresarial. Los trabajadores, por su parte, debían aceptar que los aumentos salariales se correspondieran con una mayor productividad para asegurar la ganancia empresarial en pos del pleno empleo. El peronismo hizo comprender a la burguesía industrial, dirigida al mercado interno, la función anticíclica que Keynes adjudicaba a los sindicatos enmarcados en el nuevo diálogo.

El peronismo se veía a sí mismo como una síntesis superadora de las variantes mundiales.



12 Claus Offe, *Contradicciones en el Estado del bienestar*, Alianza, México, 1988.



La personificación del Estado de bienestar en las figuras de Perón y Evita diluía el carácter estatal de la ayuda en la representación popular.

En la Argentina el peronismo comandó el paso de un modelo de sustitución de importaciones no redistributivo a uno que sí lo era. La redistribución primaria, es decir, por la vía salarial, significó un aumento promedio cercano al 40 % entre 1946 y 1948. En el total de los ingresos nacionales, esto habría elevado la participación relativa de los asalariados del 37 % al 47 % en 1950.¹³ También fue significativa la redistribución secundaria, es decir, por fuera del circuito de la producción y de la relación entre el capital y el trabajo: construcción de viviendas populares, programas universales de salud y diversos tipos de complementaciones formaron parte de la compensación promovida directamente por el Estado. Como en Europa, las prestaciones sociales alcanzaron un marco tan general como los derechos electorales, con la particularidad de que en la Argentina, el Estado de bienestar nacería burdamente personificado en las “figuras protectoras” de Perón y Evita. La instrumentación política de los planes sociales llegaría a niveles inusitados.

Autonomía y heteronomía

El “líder” o los “trabajadores”: ¿quién dominaba entonces la relación, y hasta dónde llegaba en todo caso su capacidad de manipular al otro? En la visión de Germani y de intelectuales de izquierda como Milcíades Peña, las masas inexpertas eran un instrumento pasivo que el líder manejaba según sus cálculos de perpetuación en el poder.¹⁴ Por el contrario, en la visión de Murmis y Portantiero, una vieja guardia sindical con experiencia había apostado a Perón con recelo y anhelo de autonomía. Desde el principio existía esa prevención y siempre quedaría algo de ella.

Quienes afirman que a lo largo del primer ciclo de gobiernos peronistas la autonomía de la clase obrera siguió en pie a pesar de los intentos estatales por domesticarla, encuentran las más firmes evidencias sobre el final del período, bajo la órbita del Segundo Plan Quinquenal. Los trabajadores habrían bloqueado las medidas impulsadas por el Estado peronista y la burguesía industrial, tendientes a una vuelta atrás en materia de condiciones de trabajo impulsada para aumentar la productividad. Con su resistencia, los sindicatos habrían logrado mantener prerrogativas favorables a las comisiones internas, en

¹³ Pablo Gerchunoff y Damián Antúnez, “De la bonanza peronista a la crisis de desarrollo”, en Juan Carlos Torre (compilador), *Los años peronistas 1943-1955*, Colección Nueva Historia Argentina, tomo VIII, Sudamericana, Buenos Aires, 2002, p. 145.

¹⁴ Milcíades Peña, “El legado del bonapartismo: conservadorismo y quietismo en la clase obrera argentina”, en *Industrialización y clases sociales en la Argentina*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986.

contra del nuevo planteo empresarial. Todo esto sucedía mientras se desintegraba la alianza social peronista. También los trabajadores habrían resistido con éxito que se efectivizaran los contratos petroleros con empresas norteamericanas, como Perón había propuesto para superar el cuello de botella energético.

Con las siguientes palabras James explica la ambivalencia del peronismo en el punto de la autonomía, tratando una vez más de superar el planteamiento dicotómi-



co: “En un sentido importante, la clase trabajadora misma fue constituida por Perón [...] La construcción

de la clase trabajadora no implicó necesariamente la manipulación y la pasividad asociadas a la poderosa imagen de las ‘masas disponibles’ [...] Había en juego indiscutiblemente un proceso de interacción en dos direcciones, y si bien la clase trabajadora fue constituida en parte por el peronismo, éste fue a su vez en parte creación de la clase trabajadora”.¹⁵



¹⁵ Daniel James, ob. cit., p. 56.



***Las aguas bajan turbias* (1952): “antes” y “después”, década infame y peronismo**

Leída como una defensa del peronismo y de su misión reparadora en la sociedad, *Las aguas bajan turbias* relata, a través de la historia de los mensúes mesopotámicos, el “tiempo anterior” dominado por la explotación inhumana, la desunión y la desorganización, que dejaba a los trabajadores expuestos a las peores crueldades. Como diría James, en 1952 la dicotomía temporal (“antes” y “después”) funcionaría naturalmente a modo de un código de inversión binaria instalado en la conciencia de los trabajadores. Bastaría que la historia mostrara trabajadores explotados, desunidos, alcohólicos, empujados al enfrentamiento, para que de manera instantánea se produjera el contraste con el “presente peronista”: trabajadores dignos, integrados, abstinentes, contenidos por el orden familiar.

No obstante, en el principio y en el final de *Las aguas...*, el narrador en *off* recuerda explícitamente la dicotomía temporal, cuando aclara que ese pasado ya se habría revertido. Esta voz que controla la interpretación es propia de la propaganda política, tanto como del modo narrativo bastante explícito del cine nacional de aquellos tiempos: “Pero no siempre ha sido así, [...] hace unos años, unos pocos años; con estas palabras el narrador ponía a funcionar el contraste entre los dos tiempos: el

“río de civilización y de progreso”, el “paraíso verde” del presente peronista, y el “infierno verde” del pasado, donde transcurrirá la historia de los hombres “sin rostro, sin nombre y sin familia”.

Como señala Fernando Perales, “la reconciliación entre patrones y trabajadores” sobre la base de una reparación histórica en favor de estos últimos forma parte del final feliz implícito en *Las aguas...*¹⁶ El punto de inflexión en la trama se produce cuando los explotados comprenden que sólo organizándose en sindicatos, afrontando la situación colectivamente, pueden vencer a sus explotadores. Este descubrimiento tiene lugar en una charla a la intemperie, en la selva misionera del Alto Paraná. Una carta había atravesado la geografía y la dominación patronal informando que los trabajadores del Bajo Paraná lo habían conseguido: “En el Sur el mensú ha formado sindicato”. Sin embargo, aunque existe esta referencia externa, los yerbateros parecen descubrirlo ellos mismos por primera vez: “¿Y eso del sindicato cómo es?”. La figura prototípica del activista anarquista o comunista europeo que en la novela social revela las ventajas de la agremiación no existe en este caso. Los trabajadores las descubren solos, presionados por las circunstancias: “Este tronco gigantesco yo solo no lo muevo, solamente si todos nos

¹⁶ En “Las luchas sociales y el cine argentino”, www.segundoenfoque.com.ar/luchas_sociales_cine_argentino.htm.



unimos podremos levantarlo”. “Eso es el sindicato, uno solo no puede nada”. En *Las aguas...*, la unión de los trabajadores es más bien espontánea y autogestiva, y anterior al peronismo. Pero esto no está subrayado. A propósito del debate sobre si la clase trabajadora había sido constituida por el peronismo, o si éste había sido una creación de la clase trabajadora, en *Las aguas...* no se termina de definir una versión de los orígenes. Hacia el final la película se precipita sin profundizar sobre el momento en que los trabajadores se constituyen en sujeto de su liberación, ya sea como “pueblo” o como “horda primitiva”, dos posibilidades que quedan abiertas, flotando en la indeterminación.

El espacio geográfico-social donde transcurre la historia ya había sido abordado por la literatura y por el cine. Los cuentos de Horacio Quiroga *Los mensú*, *Una bofetada*, *Los destiladores de naranjas* y *Un peón* ya habían introducido el escenario misionero, donde la violencia natural y la humana construían un infierno de explotación. Sobre la base de estos cuentos Mario Soffici había dirigido *Prisioneros de la tierra*, estrenada en 1939. El escenario misionero yerbatero donde los mensualeros (mensúes) eran explotados de un modo precapitalista se abordaba en todas estas obras con denuncias similares. Básicamente se revelaba la subsistencia en el siglo XX de relaciones de explotación servil basadas en mecanismos de coacción patronal extraeconómica: castigo corporal directo, endeudamien-

to forzado del trabajador. En lugar de salarios, los trabajadores recibían vales en la proveeduría patronal, donde les cargaban deudas falsas para retenerlos. Además de la geografía y de la violencia de los *capangas* (capataces), la imposibilidad de un ahorro mínimo sujetaba al trabajador en el lugar. También es común a estos relatos la inexistencia de entidad estatal alguna que pusiera límites a la explotación. El reclutamiento forzado de trabajadores por medio de la trampa del alcohol y del burdel era otra de las prácticas denunciadas.

¿Qué implicaba una nueva recreación del escenario extremo de la explotación yerbatera en el contexto del “presente peronista” de 1952? ¿Qué lectura y sentido adquiriría la “misma historia” en la nueva realidad, más allá de la intención de los autores?

Nuestra propuesta consiste en tomar *Las aguas...* como un producto de la ideología peronista donde se expresan tensiones internas debidas a la ambivalencia de origen. En la introducción habíamos visto que la propia historia de realización del filme evidenciaba vestigios de estas tensiones. La compleja interacción entre Hugo del Carril, el militante comunista Alfredo Varela (preso en Devoto), el censor del régimen, Raúl Apold, y la palabra final Perón, nos permite abordar el filme como visión sobre “el antes del peronismo” en la cual probablemente se hayan expresado sus costados ideológicos ambivalentes y tensionados. De resultar así, la pregunta que sigue es: ¿cuál de las caras del peronismo predomina?

mina en un balance final de *Las aguas...*, más allá de las intenciones de Hugo del Carril, Apold y Perón? ¿La función herético-confrontativa, o la función mediadora y apaciguadora del conflicto obrero?

La película fue estrenada en octubre de 1952, un momento delicado para la alianza social peronista entre la burguesía industrial y los sectores trabajadores, dado el creciente conflicto. Según Alejandra Giuliani, los límites de esta alianza ya eran evidentes para sus partes y el régimen no tendría modo de evitar una fractura. El ciclo económico había entrado en un momento desfavorable que ya no podría revertirse sin sacrificar o bien los salarios o bien la ganancia empresaria.¹⁷

Armonía entre las clases

La reconciliación entre el capital y el trabajo sobre la base de aceptar la organización obrera en sindicatos permite dos lecturas no excluyentes de *Las aguas...* En la historia pueden leerse al mismo tiempo dos señales de alerta: una dirigida a las burguesías argentinas y otra destinada a los trabajadores, las dos clases que el peronismo debía moderar en su afán de mantener la armonía social cuando la alianza empezaba a fracturarse debido a los límites del modelo de acumulación para mantenerlas conformes.



La carta que Santos Peralta lee a sus compañeros en el fogón a cielo abierto, las noticias que llegan del Sur, presentan un panorama de mejoras que son significativas comparadas con la situación cruenta del Alto Paraná, pero muy módicas si se las compara en cambio con una agenda mínima de reivindicación obrera de los años 30. Desde la visión de Gino Germani o de la izquierda no peronista se remarcaría este punto. Los mensúes del Bajo Paraná parecían satisfechos con ser explotados a la manera capitalista: “No nos pegan”, “Cobramos salario”, “Ahora ahorramos unos pesitos”. En el contexto del año 52 esto podría ser leído como un llamamiento a la conformidad frente al congelamiento de los salarios y frente al reclamo empresarial y estatal por aumentar la productividad y reducir el consumo. En un momento en que aumentaba el conflicto capital-trabajo, esto adquiriría un sentido disciplinario dirigido a los trabajadores. El Alto Paraná les recordaría su origen, la explotación anterior y lo conveniente que era valorar el presente peronista, aunque 1952 no fuera tan próspero para ellos como los años 1948 o 1949.

¹⁷ Alejandra Giuliani, “Conformación y límites de la alianza peronista, 1943-1955”, en *Pasados presentes. Estado, economía y conflicto social en Argentina contemporánea*, Dialektik, Buenos Aires, 2006.



Pero, al mismo tiempo, las hordas vengativas del final, la rebelión que se propagaba por todo el Norte, pueden ser interpretadas como un llamado a la prudencia dirigido a los empresarios. Las masas enloquecidas de sed de venganza remiten a las conocidas palabras que, en agosto de 1944, Perón había formulado a los empresarios, en la Bolsa de Comercio. Esas palabras buscaban tranquilizarlos respecto de las intenciones y los límites de las reformas, al tiempo que llamaban a las burguesías capitalistas a resignar un poco de poder y de ganancia en pos del propio beneficio, para no perderlo todo. La necesidad de la intervención del Estado como “tercero indispensable” en la negociación queda expresada en el final del filme. Como el keynesianismo, el peronismo enseñaba a las burguesías a cuidarse de sus propios excesos autodestructivos.

Lo criollo y el reciente pasado rural

Otro punto a considerar es el modo en que *Las aguas...* refleja la vinculación entre el peronismo y la Argentina rural. La revolución comunicativa que el peronismo llevó a cabo en su acercamiento a la cultura popular, se nutrió no sólo del cotidiano de los trabajadores industriales, sino también de interpretar el muy reciente pasado rural de los migrantes internos. La reivindicación de lo plebeyo necesariamente requería desentrañar y redimir estas realidades no urbanas. El predominio de traba-

jadores industriales en las imágenes que nos llegan de la masividad peronista, no debe hacernos olvidar el peso significativo del voto rural en las elecciones de 1946 y 1952, ni la importancia del Estatuto del Peón de Campo promulgado en 1945. El peronismo, que con su política económica estimulaba las migraciones internas, lo cual aceleraba el proceso de urbanización, no dejaba de ponderar la cultura rural-provinciana. Para la izquierda, esta simpatía por lo popular no era más que el matiz folclórico necesario para encubrir el carácter limitado de las reformas. Para el peronismo, en cambio, significaba una ventaja relativa frente a los discursos “más europeos” de la izquierda.



Pese al perfil industrialista, la comunicación oficial no descuidaba al proletario rural.

Los descarriados

A diferencia del realismo socialista, donde el proletario casi siempre es impecable en sus hábitos de vida, *Las aguas...* muestra explotados que se brutalizan por la violencia patronal y la necesidad de evadirse ante la falta de un horizonte mínimo. La evasión del trabajador toma el camino de



la autodestrucción y el maltrato a la mujer en el escaso tiempo libre. Alcoholismo, prostitución, descomposición familiar. En la taberna “El Guarani” los vicios son primitivos como en un *saloon* de western. La ofensa a Flor de Lis culmina con la humillación brutal del agresor.

Pero lejos de impugnar esta degradación en términos de condena moral estigmatizadora, el filme tiende permanentemente una mano de rescate al trabajador mal llevado, a la prostituta y a la mujer “desgraciada” por la violación. La condición masculina se redime del ultraje a la mujer en el momento en que Santos Peralta toma como esposa a Amelia, aceptando la posibilidad de que el embarazo de ella se deba a la violación del capataz. El movimiento de la cámara hacia las manos unidas en matrimonio crea una de las escenas más especiales del filme y recuerda el símbolo del escudo justicialista. El plano reivindica una relación en pie de igualdad entre el hombre y la mujer. La condición masculina se dignifica en el momento en que Santos asume una forma superior de coraje varonil al afrontar su responsabilidad de marido y de futuro padre, venciendo los prejuicios imperantes.

Esto nos introduce a otro atractivo del peronismo para los sectores populares. Los planos de dignificación peronista comúnmente más examinados se relacionan con la dignificación material (“vivienda digna”, “salario digno”) y luego con la recuperación del orgullo de los marginados raciales. Frente al racismo-clasismo de las clases altas, el peronismo abrió un proceso de autoafirmación provinciana, rural y étnica. Pero *Las aguas...*, en tanto expresión de concepciones de vida que latían en el peronismo, nos muestra otro plano de la dignificación peronista recientemente abordado por Isabella Cosse en *Estigmas de nacimiento*, a propósito de la reivindicación moral que el Estado emprendió en favor de los hijos ilegítimos.¹⁸ Para esta autora, si bien el modo de vida promovido por el peronismo idealizaba el modelo de la familia nuclear, la “mirada comprensiva” para quienes vivían al margen de estas pautas implicaba un intento de rehabilitación, así como una crítica a la mirada discriminadora. Hijos “ilegítimos”, madres solteras y aun hombres malvados arrepentidos eran liberados del estigma por la legislación y por la nueva mirada que el peronismo intentaba difundir.



¹⁸ Isabella Cosse, *Estigmas de nacimiento. Peronismo y orden familiar 1946-1955*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2006.

ALFREDO VARELA...

...El río oscuro (novela), Hispamérica, pp. 93-94.

En la novela de Varela es central la denuncia contra la civilización blanca y cristiana que había destruido la armonía del hombre con la naturaleza en los tiempos precolombinos.

Luego vinieron los jesuitas. Eran sutiles, habilidosos, astutos. Todos se doblegaban a su voluntad torrentosa. Los soldados vencieron a los indios pero no habían podido utilizarlos. Los jesuitas cambiaron de método y en lugar de las balas usaron la palabra. La selva comprendió que eran los peores enemigos. Para ella, es un ser maldito y hostil el que inventó la palabra, el que articuló el lenguaje y lo dio en propiedad exclusiva a los hombres. La selva prefiere a sus hijos, guturales e inocentes. Con la palabra, los jesuitas se apoderaron de los indios, los encadenaron a su voluntad, los sometieron a humillaciones que no habían conocido bajo la espada. Perdieron su varonil entereza, se convirtieron en niños, en apocadas mujeres, en sombras de los antiguos nativos arrogantes y libres. Los jesuitas los separaron de la selva. Los encerraron en chozas, y a éstas en grandes poblados. Descubrieron cómo cultivar la yerba, para que no tuvieran que ir a cortarla a los montes vírgenes.



El molde comercial pautado por el cine norteamericano también aflora en diversos momentos. A diferencia del cine soviético, donde el protagonista es la masa, en *Las aguas...* la historia individual del galán lleva adelante la narración. La historia sensiblera encuentra momentos para que él irrumpa con su canto seductor y resuelva con heroísmo las escenas de violencia. La historia personal se separa de la historia colectiva para desprenderse definitivamente de ella sobre el final. El filme social cede al género comercial en el momento en que Santos y Amelia se escapan en balsa bajo un sol paradisíaco.



Actividades

1. James ha señalado en su aproximación al peronismo a través de la “historia oral” que los protagonistas del 17 de octubre suelen revelar aspectos íntimos del sentir de los trabajadores en su “primavera de los pueblos”. Sus testimonios permiten comprender el proceso de recuperación del orgullo y dignificación colectiva que se activó conscientemente durante aquella jornada. Estos relatos y anécdotas que, aunque puntuales, comunican lo emotivo de la experiencia de octubre, permiten indagar la “estructura de sentimientos” que unificó a la clase obrera en la Argentina. En el seno de dicha estructura, los elementos menos tendientes a ser recogidos por las visiones académicas tradicionales son la elaboración

colectiva del pasado y su proyección al futuro (memoria y esperanza), el recuerdo de la acción y las múltiples formas de la felicidad, la identificación de los trabajadores a través de la experiencia compartida y de los modos de recordarla, el surgimiento de un “idiolecto” peronista.

Es de esperar que la recopilación de vivencias narradas por los actores, primeros intérpretes del acontecimiento, arroje una luz a la riqueza del peronismo como proceso subjetivo y emocional, colectivo y concreto, determinante de la trama argentina. En función de lo expresado les proponemos:

- a) Analizar los siguientes testimonios (recogidos por Daniel James¹⁹ y Juan Carlos Torre)²⁰ sobre la base de las distintas interpretaciones acerca de los orígenes del peronismo.

¹⁹ Extraídos de Daniel James, “El 17 de octubre de 1945: el peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina”, en *El 17 de octubre de 1945*, Juan Carlos Torre compilador, Ariel, Buenos Aires 1985.

²⁰ Juan Carlos Torre, *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*, Sudamericana, Buenos Aires, 1990.

Fue un día maravilloso [...] familias enteras salieron a la calle. Mi hijita vino con nosotros; la llevé a babuchas en gran parte del trayecto. [...] Se habían puesto en servicio algunos ómnibus para los que no podían hacer todo el camino a pie. La gente coreaba estribillos y cantaba, hacía bromas y juegos. La comida y las bebidas pasaban de mano en mano. [...] El tiempo estaba espléndido y cuando llegamos al Paseo del Bosque era como un enorme picnic; había personas descansando, tiradas bajo los árboles, o jugando al fútbol. [...] No, no hubo escenas de violencia, la gente estaba contenta.

Entrevista de Daniel James con René Orsi,
La Plata, julio de 1985.

Me acuerdo que al dar vuelta a una esquina –tiene que haber sido cerca del centro de La Plata, muy temprano en la mañana de ese día– vi a ese tipo corpachón parado en la acera frente a la vidriera destrozada de una joyería. Sostenía el arma en el aire, como quien saluda con el puño cerrado, y gesticulando con una enorme sonrisa señalaba el reloj que llevaba puesto en la muñeca, mientras les gritaba a sus compañeros: “¡Nunca en mi puta vida tuve un reloj!”. Por la ropa que usaba supe que era de Berisso. Todavía estaba con ropa de trabajo.

Entrevista de Daniel James con José P. Lunazzi,
La Plata, julio de 1985.

Bueno, sí... Recuerdo haber visto a un grupo de muchachos que se pararon frente a un edificio de departamentos de la zona céntrica, cerca de la universidad, creo, y después de entonar algunos cantos empezaron a hacer gestos... usted sabe... se llevaban las manos abajo y hacían movimientos exagerados... o poniéndose la mano en la boca como una bocina hacían como si estuvieran tirándose pedos.

Entrevista de Daniel James con Alfredo Panelli,
La Plata, julio de 1985.

Muchos de nosotros éramos muchachos que habíamos entrado a las plantas en los primeros años de guerra. Teníamos una actitud diferente que los trabajadores más viejos. Supongo que podría decirse que éramos más presumidos, menos aprensivos, menos respetuosos. Conocíamos las

terribles luchas de la primera época sólo por lo que nos habían contado los viejos militantes, no las habíamos experimentado en carne y hueso. Por supuesto, hubo militantes mayores que se sumaron a nosotros y aprendimos de ellos; pero decididamente sentíamos que formábamos una “nueva ola”. Y eso se vio el 17 de octubre; los que tomaron la iniciativa y quisieron realmente hacer algo por Perón fueron los obreros más jóvenes.

Entrevista de Daniel James con Cipriano Reyes,
La Plata, agosto de 1985.

Después de mi designación visité a Perón y me felicitó, diciéndome luego que ahí en la presidencia había un equipo que me habría de asesorar sobre las declaraciones que debía hacer y las medidas que tenía que tomar. Para no violentarlo enseguida, le respondí: “Mire, señor presidente, usted tiene muchos problemas importantes que atender, así que déjenos a nosotros, los hombres que tenemos veinticinco años en el movimiento obrero, dirigir la CGT”. Él, con prepotencia, me replicó: “¡Entonces, a los sindicatos autónomos los dirijo yo!”. “Bueno, ése es un problema suyo, señor presidente, y de ellos, pero –le puntalicé– a la CGT la dirigimos nosotros”.

Entrevista a Luis Gay,
grabada en el Archivo de Historia Oral
del Instituto Di Tella.²¹

Éramos unos cincuenta dirigentes. Perón formuló enérgicamente una serie de cargos contra Gay, algunos injustos. Yo intervine y se los aclaré: a estos norteamericanos no los trajo Gay, los invitó Valenzuela. Que los recibió y homenajeó Gay es cierto: estaba a cargo de la CGT. Pero a la delegación la trajo Valenzuela. Don Luis, por su parte, no abrió la boca. ¿Tiene algo que decir?, le preguntó Perón dos o tres veces. Nada, dijo él. Éramos muchos los que estábamos esperando que hablara para defenderlo. ¿Qué iba a hacer uno en este caso? Él no dijo una sola palabra y nos hundió a todos.

Entrevista a Juan Rodríguez,
del 13 de noviembre de 1972,
Archivo de Historia Oral del Instituto Di Tella.²²

²¹ Ibídem, p. 239.

²² Ibídem, pp. 245-246.

Las causas de mi alejamiento no fueron originadas en lo que hizo decir entonces por los diarios y revistas subvencionadas por el gobierno, sino por principios que consideré fundamentales en toda mi actuación y que fueron compartidos por los directivos de la CGT de ese momento que, en solidaridad con mi renuncia, presentaron la propia; o se mantenía la independencia sindical, sin dejar de apoyar una política social determinada, o se convertía la central obrera en un instrumento político en manos del gobierno. Los que estuvimos por lo primero debimos irnos. Como en todas las grandes trampas, el pretexto para desplazarnos fue la traición a favor del extranjero, en este caso los supuestos tratos políticos con la delegación obrera norteamericana que visitó el país en 1947. Previamente a la reunión ampliada había tenido una entrevista personal con Perón y varios miembros del gabinete. En ella el presidente me pidió explicaciones por la conducta de los visitantes extranjeros y me acusó de pretender entregar la CGT a los norteamericanos. A pesar de mis explicaciones, la discusión fue estéril y ya no tuve duda de que estaba dispuesto a terminar conmigo.

Testimonio de Luis Gay,
citado de sus memorias (inéditas en 1990)
por Juan Carlos Torre.²³

b) Buscar testimonios de personas que hayan sido contemporáneas a los orígenes del peronismo. Recopilar anécdotas, visiones y balances de esa experiencia. Analizar luego los relatos a la luz de las distintas interpretaciones sobre los orígenes.

2. Pensar tres interpretaciones de *Las aguas...* a la luz de las tres visiones propuestas sobre los orígenes del peronismo (Germani, Murmiz y Portantiero, y Daniel James). ¿Cómo interpretaría el significado del filme cada una de las perspectivas? La propuesta apunta a incorporar las tres miradas, a terminar de entenderlas mediante su aplicación en lo que podría ser tomado como un relato de los orígenes.

3. Caracterizar los rasgos de la clase obrera ideal por contraste con la visión peyorativa de la clase obrera peronista sustentada por Gino Germani y la visión crítica de la izquierda tradicional.

4. A modo de integración analizar el siguiente discurso de Perón. ¿Cómo interpretarían este documento las distintas posturas académicas sobre los orígenes del peronismo? Contrastarlo con la visión de los orígenes del peronismo que predomina en *Las aguas...*

Simple espectador como he sido en mi vida de soldado de la evolución de la economía nacional y de las relaciones entre patrones y trabajadores, nunca he podido avenirme a la idea tan corriente de que los problemas que esa relación origina son materia privativa sólo de las partes interesadas. A mi juicio, cualquier anormalidad surgida en el más ínfimo taller y en la más oscura oficina repercute directamente en la economía general del país y en la cultura general de sus habitantes. [...] Por tener muy firme esta convicción he lamentado la despreocupación, la indiferencia y el abandono en que los hombres del gobierno, por escrúpulos formalistas repudiados por el propio pueblo, preferían adoptar una actitud negativa o expectante ante la crisis y convulsiones ideológicas, económicas, que han sufrido cuantos elementos intervienen en la vida de relación que el trabajo engendra. El Estado manteníase alejado de la población trabajadora. No regulaba las actividades sociales como era su deber, sólo tomaba contacto en forma aislada cuando el temor de ver perturbado el orden aparente de la calle le obligaba a descender de la torre de marfil, de su abstencionismo suicida. No se percataban los gobernantes de que la indiferencia adoptada ante las contiendas sociales facilitaba la propagación de la rebeldía, resultado del olvido de los deberes de los patrones que, libres de la tutela estatal, sometían a los trabajadores a la única ley de su conveniencia. Los trabajadores, por su parte, al lograr el predominio de sus agrupaciones sindicales, enfrentaban a la propia autoridad del Estado, pretendiendo disputar el poder político.

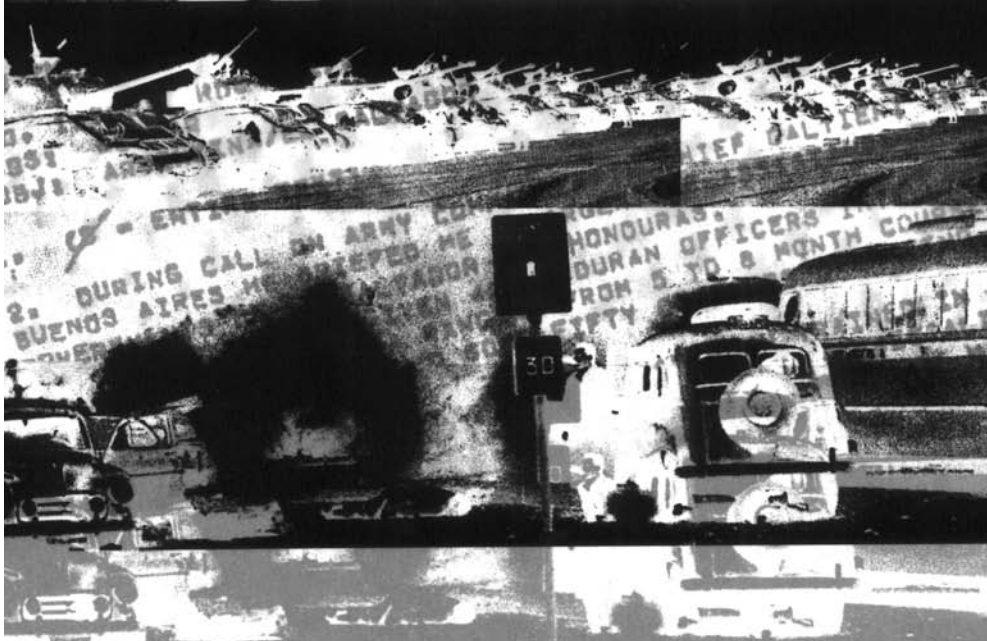
Discurso de asunción al frente
de la Secretaría de Trabajo y Previsión,
diciembre de 1943



²³ Ibídem, p. 246.

Bibliografía

- ALTAMIRANO, Carlos, *Bajo el signo de las masas*, Ariel, Buenos Aires, 2001.
- GERMANI, Gino, *Política y sociedad en una época de transición*, Paidós, Buenos Aires, 1962.
- MURMIS, Miguel y PORTANTIERO, Juan Carlos, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Siglo XXI, Buenos Aires, 5ª edición, 1987.
- GIULIANI, Alejandra, “Conformación y límites de la alianza peronista, 1943-1955”, en *Pasados presentes*, Dialektik, Buenos Aires, 2006.
- HALPERÍN DONGHI, Tulio, “Del fascismo al peronismo”, *Argentina en el callejón*, Ariel, Buenos Aires, 1995.
- JAMES, Daniel, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976*, Sudamericana, Buenos Aires, 1990.
- PEÑA, Milcíades, “El legado del bonapartismo: conservadorismo y quietismo en la clase obrera argentina”, en *Industrialización y clases sociales en la Argentina*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986.
- PLOTKIN, Mariano, *Mañana es San Perón*, Ariel, Buenos Aires, 1994.
- TORRE, Juan Carlos (compilador), *El 17 de octubre de 1945*, Ariel, Buenos Aires, 1985.
- TORRE, Juan Carlos, *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*, Sudamericana, Buenos Aires, 1990.
- TORRE, Juan Carlos (compilador), *Los años peronistas 1943-1955*, Colección Nueva Historia Argentina, tomo VIII, Sudamericana, Buenos Aires, 2002.
- Nuevos estudios sobre aspectos simbólicos y políticas culturales del peronismo**
- ABOY, Rosa, *Viviendas para el pueblo. Espacio urbano y sociabilidad en el barrio Los Perales. 1946-1955*, Fondo de Cultura Económica-Universidad de San Andrés, Buenos Aires, 2005.
- COSSE, Isabella, *Estigmas de nacimiento. Peronismo y orden familiar 1946-1955*, Fondo de Cultura Económica-Universidad de San Andrés, Buenos Aires, 2006.
- GENÉ, Marcela, *Un mundo feliz. Imágenes de los trabajadores en el primer peronismo. 1946-1955*, Fondo de Cultura Económica-Universidad de San Andrés, Buenos Aires, 2005.



La Argentina de los cinco conflictos (1955-1973)

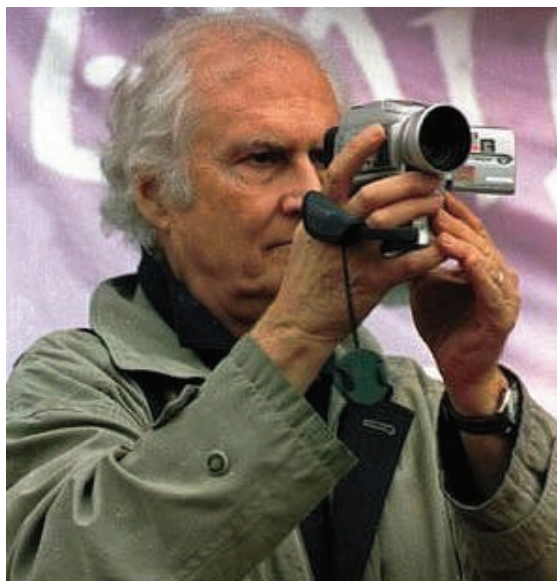
***La hora de los hornos,*
primera parte: “Neocolonialismo y violencia”,
Fernando Solanas-Octavio Getino, 1968**

Introducción

Los años transcurridos entre la caída del peronismo (1955) y el inicio de la última dictadura (1976) fueron los de mayor conflicto en la Argentina del siglo XX. Una variedad de antagonismos enardecieron la trama histórica sin que nada frenara su aceleración: los conflictos peronismo/antiperonismo, socialismo revolucionario/capitalismo anticomunista, capital/trabajo, catolicismo integral/culturas transgresoras juveniles, y el conflicto entre las distintas burguesías de la Argentina por imponer el rumbo económico. El enfrentamiento de estos contrarios permite explicar los rasgos más salientes del período: la inestabilidad política, el autoritarismo creciente, las múltiples formas de resistencia e insurrección, la concentración del ingreso, los cambios en los modos de vida, la espiral de violencia, los movimientos pendulares de la política económica, el ciclo económico tan pronunciado. Tomar estos conflictos como grandes coordenadas del período 1955-1976 es también abordar la dinámica histórica que desembocó en la más cruenta de las dictaduras militares en el país del golpe de Estado intermitente.

Se trata del período más complejo por la diversidad de actores, la convulsión política y los cambios vertiginosos del rumbo económico, jamás igualados en la historia

de la Argentina moderna. La superposición de conflictos nos obliga más que nunca a reflexionar sobre los ejes más conducentes y facilitadores. El eje cronológico, basado en el relato lineal de la crónica, presidencia tras presidencia, suele resultar complejo, enmarañado. El eje de los cinco conflictos mencionados en la Introducción permite sobrevolar la crónica, reemplazando una cantidad elevada de nombres propios por los actores colectivos de la trama histórica: peronismo, antiperonismo, capital, trabajo, socialismo, capitalismo, modernos, conservadores, burguesía agroexportadora, burguesía industrial liviana, burguesía industrial concentrada, etcétera. Tomando a estos actores como “personajes de la



Fernando Solanas



Octavio Getino

trama” pueden reducirse los nombres indispensables a un número menor: Perón, Aramburu, Frondizi, Onganía, Vador, Krieger Vassena, Guevara, Aldo Ferrer, Agustín Tosco, el comisario Margaride, Sandro, Spinetta.

Como soporte fílmico de la época de los mayores enfrentamientos hemos elegido la primera parte de *La hora de los hornos*, un documental emblemático del “cine militante” o “cine guerrilla” de los años 60, filmado clandestinamente en 16 mm entre 1966 y 1967. El filme fue estrenado al año siguiente, en plena dictadura de Onganía, de manera furtiva en los circuitos subterráneos de la resistencia peronista.

La hora de los hornos aglutina los conflictos de su tiempo en una única gran disputa entre los pueblos del Tercer Mundo y el neocolonialismo. Una lucha por la liberación que, para los autores, se libraba en distintas esferas (militar, cultural, económica), se remontaba en el tiempo a los orígenes del colonialismo europeo (“una guerra larga”) y se extendía a todos los continentes, sin dejar de formar parte de una misma contienda de dos contrarios. Solanas y Getino se proponían revelar el carácter sistémico, transhistórico y transcontinental de esta única gran lucha entre las clases sociales y entre las regiones del planeta. Tal vez por eso en la

primera parte del tríptico los narradores no mencionan por sus nombres a personajes de la trama política local como Onganía y Vador, que son aludidos pero no nombrados, quizá porque sus nombres podrían distraernos del sistema que, más allá de las personas, articulaba la dominación neocolonial.

Nuestro primer propósito es recorrer el período 1955-1976 con independencia de la interpretación que el documental-ensayo de Solanas y Getino despliega sobre la Argentina. Reforzaremos antes un panorama del período sobre la base de las interpretaciones históricas más destacadas de la producción académica. Desagregaremos en cinco los conflictos que el documental agrupa, examinando costados que no inspecciona en su recorte autoral. Abordaremos el filme con elementos de contraste que permitan captar mejor sus aciertos y distorsiones subjetivas en tanto el ensayo de la realidad argentina que *La hora de los hornos* se proponía ser. Para valernos de la película como disparador o soporte fílmico del estudio de la Argentina reciente debemos contrastarla con otras visiones; sólo así apreciaremos lo singular de su mirada. Un objetivo elemental de la enseñanza de la historia es fomentar la conciencia de que siempre estamos frente a interpretaciones,



de que entre nosotros y el pasado no hay una conexión directa y transparente, sino visiones que debaten entre sí.

El primer paso entonces consiste en abordar el período individualizando sus conflictos, separándolos sólo con fines analíticos, sin afirmar o negar una autonomía relativa entre ellos, sin entrar tampoco en el debate de las proporciones o del peso específico de cada uno. Abordar los conflictos individualmente facilita el seguimiento de la dinámica de desarrollo de cada uno, para luego tomarlos como grandes coordenadas del período. Estos conflictos, que a modo de espiral veremos crecer y entrelazarse, confundirse y potenciarse los unos a los otros, continuaron aumentando con mayor aceleración hasta alcanzar su desarrollo más intenso en el bienio 74-75.

El primero que abordaremos es el conflicto peronismo-antiperonismo: político,

ideológico, identitario, no hizo más que agudizarse en los dieciocho años que duró la proscripción. Por primera vez la sangre había llegado al río con los bombardeos del 55 y los fusilamientos del 56, lo que dio lugar al inicio de una espiral de violencia que no dejaría de crecer hasta el genocidio de la última dictadura.

El segundo es un conflicto mundial que se reprodujo a escala continental y nacional: el conflicto entre el capitalismo anticomunista comandado militarmente por EE.UU. y el socialismo revolucionario encarnado por movimientos de liberación nacional, que en algunos casos recibieron el apoyo de la Unión Soviética, en el contexto de la Guerra Fría dentro del mundo bipolar.

El tercero es el conflicto capital-trabajo en el interior de la industria; históricamente, es el conflicto más importante de la estructura social argentina, siempre presen-



te, pero que tras la caída del peronismo saldría de su estado latente, y en los años 60 se conformaría el sindicalismo clasista más combativo que haya existido en el país.

En cuarto lugar, el conflicto más original de la época, con el cual el imaginario histórico de las décadas venideras identificaría los años 60: el enfrentamiento entre los modos de vida pautados por la moral tradicional y los que expresaban las nuevas culturas transgresoras encarnadas principalmente por la nueva juventud, si bien fue más abarcador que un conflicto generacional entre “jóvenes” y “viejos”. El momento de confrontación más intensa tuvo lugar durante el régimen de Onganía, cuando el catolicismo integrista reaccionó más duramente contra la liberalización de las costumbres en general. La cruzada moralizadora de Onganía abarcó un

amplio espectro, desde las minifaldas y los pelos largos hasta el adulterio y los circuitos callejeros de homosexualidad, el psicoanálisis y la cultura de la calle Corrientes.

Por último, el conflicto interburgués: se trató de una disputa horizontal entre las distintas burguesías de la Argentina post 30, tal como lo analizó Juan Carlos Portantiero introduciendo el concepto de “empate hegemónico”. Tres burguesías de poder parejo se disputaron el trono de clase dominante: 1) la burguesía agroexportadora, 2) la burguesía nacional dedicada a las industrias sustitutivas de importaciones (ISI) livianas y sencillas, como la textil o los materiales de construcción, y 3) la burguesía transnacional dedicada a la “sustitución difícil” de importaciones, como la industria automotriz o la petrolera. Esta última burguesía, internacional y concentrada, intentará un “desempate”: avanzar posiciones sobre las otras para imponer el rumbo económico por medio del golpe de Estado de 1966.

Cualquier conflicto es, en general, intenso cuando los contrarios son medianamente equivalentes en su fortaleza, o al menos imaginan serlo y actúan como si lo fueran, calculando incorrectamente la relación de fuerzas. En cualquier caso, cuando las fuerzas de la opresión someten a la resistencia, el conflicto disminuye o desaparece. Por el contrario, un conflicto adquiere una dinámica de crecimiento cuando los contrarios suben la apuesta, ya sea porque



disponen del potencial para hacerlo o bien porque así lo suponen. Esto hizo a su turno cada uno de los contrarios implicados en los conflictos que veremos.

Tomemos como ejemplo el primero: peronismo/antiperonismo. En 1955 una parte de las fuerzas armadas se propuso eliminar al peronismo de la Argentina, erradicarlo de la faz política, sindical y simbólica. Era un desafío elevado teniendo en cuenta las profundas raíces sociales de la experiencia histórica que planeaban extirpar del mapa y del recuerdo. Consiguieron lo contrario: la resistencia peronista respondió al desafío reforzando su identidad, desplegando múltiples formas de protesta que acabaron desestabilizando a los gobiernos proscriptores de Frondizi e Illia, lo que dio lugar a un nuevo redoble en la disputa. En 1966, Onganía proyectó una embestida más profunda y prolongada de disciplinamiento y

desperonización: una dictadura de largo aliento que anulaba la semidemocracia anterior, pensando que así se acabarían los conflictos. No fue eso lo que sucedió. Distintos actores políticos y sociales doblaron la apuesta del dictador: el peronismo, la izquierda no peronista, los jóvenes rebeldes, el sindicalismo clasista, todos se rebelaron a un mismo tiempo conformando el torrente social que provocaría la caída de Onganía (1970) y luego del régimen militar en su conjunto (1973).²⁴ Las imágenes del ejército en retroceso durante el Cordobazo quedarían en las retinas de una generación como el fracaso de la última carga de la caballería militar, una retirada equivalente a la de los cosacos zaristas ante las fuerzas revolucionarias en Rusia. Muchos se convencieron de que la dinámica histórica se definía a favor del torrente. A causa de esta certeza se volcaron a la lógica del “todo o nada”. Entre 1973 y 1975 los actores buscaron apurar ese desti-

²⁴ Tomo esta imagen del “torrente” de Nicanoff-Rodríguez, “La Revolución Argentina y la crisis de la sociedad posperonista”, en *Pasados presentes. Estado, economía y conflicto social en Argentina contemporánea*, Dialektik, Buenos Aires, 2006.

no. Pero en 1976 otra dictadura aumentaría el embate contrarrevolucionario con métodos infinitamente más crueles para vengar el fracaso de 1955 y 1966.

Una dinámica similar encontraremos en cada uno de los conflictos. El sindicalismo clasista automotor se rebeló a los intentos de mayor explotación relativa por parte de las empresas, los gobiernos proscriptores y la burocracia sindical. Los pelos largos y transgresores de las calles se

autoafirmaron con mayor rebeldía ante el comisario Margaride, que los perseguía. Esto, la fortaleza equivalente de los contrarios, paridad real o imaginada, en una dinámica de enfrentamiento creciente, diferencia este período de los años posteriores, en que las fuerzas reaccionarias vencieron al menos transitoriamente a sus oponentes. Tratemos de medir lo parejo de las fuerzas contrapuestas en cada conflicto.



Peronismo-antiperonismo

La fuerza militar que el Ejército desplegó en sus intervenciones golpistas de 1955, 1966 y 1976 estableció una progresión en la agresividad empleada para des-peronizar a la sociedad. En ningún caso se trató de una mera fortaleza militar, sino de la capacidad de articular consensos con otros factores de poder internacionales y nacionales, incluyendo a buena parte de los sectores medios.

¿Qué hizo del peronismo un movimiento resistente que impidió la consolidación de toda fórmula proscriptora, ya fuera semidemocrática o abiertamente dictatorial? Lo decisivo consistía en las múltiples formas de articulación que unieron a los trabajadores en la resistencia. La articulación sindical les permitió coordinar huelgas y tomas de fábricas a gran escala. Descabezada la conducción, los grandes gremios fueron más que antes “la columna vertebral del movimiento”. También era fuerte la articulación política y barrial, y más aún, la estructura de sentimientos que motorizaba la resistencia. Con este término nos hemos referido en el capítulo anterior a una red de lazos identitarios. Como analizó Daniel James, el período abierto en 1955 demostró hasta qué punto estos sentimientos de pertenencia peronista adquirirían mayor fortaleza en las circunstancias más desfavorables. El proceso de santificación de Evita en los dobles fondos de hogares peronistas, como respuesta a los ultrajes de su cadáver, es un ejemplo de cómo la fidelidad se robustecía en proporción a los ataques recibidos.

A esto hay que agregar lo inviables que fueron los sistemas políticos que se ensayaron

DECRETO LEY 4.161...

...5 de marzo de 1956 (Acuerdo de Ministros) - Prohibición de elementos de afirmación ideológica o de propaganda peronista (Boletín Oficial 9/3/1956)

...Por ello, el presidente provisional de la Nación Argentina, en ejercicio del Poder Legislativo, decreta con fuerza de ley:

Art. 1º - Queda prohibida en todo el territorio de la Nación:

a) La utilización, con fines de afirmación ideológica peronista, efectuada públicamente, o propaganda peronista, por cualquier persona, ya se trate de individuos aislados o grupos de individuos, asociaciones, sindicatos, partidos políticos, sociedades, personas jurídicas públicas o privadas, de las imágenes, símbolos, signos, expresiones significativas, doctrinas, artículos y obras artísticas, que pretendan tal carácter o pudieran ser tenidas por alguien como tales pertenecientes o empleados por los individuos representativos u organismos del peronismo.

Se considerará especialmente violatoria de esta disposición la utilización de la fotografía, retrato o escultura de los funcionarios peronistas o sus parientes, el escudo y la bandera peronista, el nombre propio del presidente depuesto, el de sus parientes, las expresiones “peronismo”, “peronista”, “justicialismo”, “justicialista”, “tercera posición”, la abreviatura P.P., las fechas exaltadas por el régimen depuesto, las composiciones musicales “Marcha de los Muchachos Peronistas” y “Evita Capitana” o fragmentos de las mismas, y los discursos del presidente depuesto o su esposa o fragmentos de los mismos. [...]

Art. 3º - El que infrinja el presente decreto-ley será penado:

a) Con prisión de treinta días a seis años y multa de m\$n 500 a m\$n 1.000.000;

b) Además, con inhabilitación absoluta por doble tiempo del de la condena para desempeñarse como funcionario público o dirigente político o gremial;

c) Además, con clausura por quince días, y en caso de reincidencia, clausura definitiva cuando se trate de empresas comerciales.

Cuando la infracción sea imputable a una persona colectiva, la condena podrá llevar como pena accesoria la disolución.

Las sanciones del presente decreto-ley será refrendado por el excmo. señor vicepresidente provisional de la Nación y por todos los señores ministros secretarios de Estado en acuerdo general.

Art. 5º - Comuníquese, etc. - Aramburu - Rojas - Busso - Podestá Costa - Landaburu - Migone. - Dell’Oro Maini - Martínez - Ygartúa - Mendiando - Bonnet - Blanco - Mercier - Alsogaray - Llamazares - Alizón García - Ossorio - Arana - Hartung - Krause.

para sobrellevar la proscripción, tal como lo analizó Marcelo Cavarozzi. Desde 1955 sólo

RECUERDOS DE LA PROHIBICIÓN

En realidad, todo esto lo supe más tarde, después de la caída del peronismo y de la recaída de mi familia junto con tantas otras en la fatalidad de su destino. Lo supe casi adivinándolo, a partir de esos recuerdos dudosos de la primera infancia, que nunca se sabe si son recuerdos o son invenciones. Porque en casa nunca se volvió a hablar del pasado. La Revolución Libertadora bajó un telón infranqueable, tejido con las hebras del sueño vergonzante de haber querido ser clase media, sueño que a partir del despertar se revelaba tan impúdico como una fantasía sexual. Además, habría sido incómodo hablar de ese pasado porque la palabra “Perón” había sido prohibida por decreto, y la prohibición fue respetada hasta en la intimidad de los hogares. Mis padres no la pronunciaron nunca. Nadie la pronunció, y yo me pregunto cómo supe que esa palabra existía. Evidentemente la había oído mucho durante mis primeros seis años de vida, y después su anulación (yo tampoco la pronuncié, ni siquiera en el pensamiento) la puso en un lugar especial. Tan completa fue esta anulación que recuerdo perfectamente la primera vez que la oí, muchos años después, cuando ya estaba terminando la primaria: una chica, una compañera de escuela, dijo “Perón”... Sentí como si se abriera un abismo, en el que se precipitaba toda mi vida.

[...] Esta anulación, si bien se dio en todos los hogares del país, en mi familia tenía un antecedente que la hacía más lógica, o si se quiere más fatal. Esto fue anterior a la Revolución Libertadora, de modo que se me pierde más aún en las brumas de la primera infancia. Cuando empecé a enterarme, mucho después, fue una completa novedad para mí, y no encontré ningún recuerdo confirmatorio. Sucedió que mi padre en su juventud había sido católico militante; más que eso: fanático. Hombre de iglesia, de comunión diaria, creyente devoto, soldado de las huestes de María... Pero después de los hechos de 1954, cuando la ruptura de Perón con los curas, no volvió a pisar una iglesia nunca más en todo el resto de su vida. Puede parecer raro, pero en el conflicto de lealtades entre cristianismo y peronismo, ganó el segundo. Si en Pringles hubiera habido quema de iglesias como en Buenos Aires, él habría ido con la antorcha.

César Aira, *El tilo*, Beatriz Viterbo Editora, Rosario, 2003, pp. 19-21.

se acumularon fracasos institucionales en un ciclo de gobiernos cortos y golpes intermitentes. Las tensiones básicas de la sociedad se potenciaron con estos fracasos políticos. Las variantes de proscripción que se improvisaron a lo largo de dieciocho años fracasaron todas en reconstituir un orden político debido al contrasentido que cada uno de estos ensayos escondía desde su concepción.

Esos dieciocho años se habían iniciado con la denominada “Revolución Libertadora”: una dictadura que se presentaba como manumisora del yugo peronista, pero contradictoriamente pretendía seducir a los sectores populares al tiempo que emprendía embates represivos y ultrajes simbólicos contra sus sentimientos políticos. Lejos de conseguir la desperonización, despertaría el instinto más herético de la identidad ofendida. El contrasentido era mayor en la medida en que se pretendía desencantar a

los trabajadores de la experiencia política anterior, al mismo tiempo que se llevaba a cabo una revancha clasista en las fábricas y en materia de redistribución del ingreso.

Luego las fórmulas de Frondizi (1958-62) y de Illia (1963-66): dos semidemocracias fundadas en la proscripción de la mayoría popular. A su turno y a su modo, los radicales intransigentes y los radicales del pueblo habían creído posible legitimarse a pesar de la exclusión de un colectivo popular mayoritario. No se trataba de sectores medios urbanos desarticulados entre sí como los que, en 1930, habían observado en soledad la caída de Yrigoyen, su líder histórico. Se trataba esta vez de un colectivo popular unido como no lo había imaginado el antiperonismo. Sobrevino después la llamada “Revolución Argentina”, conducida en primera instancia por Onganía. Una dictadura que también presentaba contradicciones básicas entre sus medios y sus objetivos: al mismo tiempo que pretendía avanzar política y económicamente sobre la clase obrera, planeaba contenerla mediante un pacto con burócratas sindicales que en los hechos traicionaban visiblemente a Perón. El arreglo corporativo de Onganía y Vandor fue otra de las astucias políticas que acabaría derrumbándose. También era contradictorio el pretender sitiar a los sectores más resistentes de la sociedad con las fuerzas armadas desunidas, al ser apartadas del gobierno y del cogobierno.

Que la Argentina sin Perón era ingobernable tardó en aceptarlo el Ejército antiperonista. Cuando lo hizo, la inercia del conflicto fue inmanejable aun para el propio líder de las clases trabajadoras, quien durante los dieciocho años de proscripción había estimulado fuertemente al ala izquierda del peronismo sin descuidar a los sectores de derecha

Capitalismo-socialismo

Globalmente hablando fue el enfrentamiento ideológico más sustancial y de mayor escala que haya conocido la historia. Nunca antes la totalidad del planeta había estado envuelta en un conflicto bipolar en el que se opusieran tan integralmente dos sistemas económicos, dos concepciones de hombre y sociedad esencialmente antagónicas, decididas a cambiar la configuración del mundo a su imagen y semejanza. La expansión del socialismo soviético en Europa del Este al final de la guerra y la revolución comunista China en 1949 constituyeron la mayor amenaza que el capitalismo había enfrentado hasta el momento. Ya en la década del 50, la Guerra Fría recrudeció ante una nueva oleada de revoluciones socialistas de liberación nacional en el Tercer Mundo: Argelia (1956) y Cuba (1959) serían las más resonantes en un principio. Pero el escenario mundial más intenso de la Guerra Fría y la lucha por la



descolonización tendría lugar en Vietnam. La humillante derrota de Estados Unidos en 1975 potenciaría la crueldad de los ejércitos contrarrevolucionarios en las periferias del mundo. Por los métodos que se aplicaron en lo sucesivo, Eric Hobsbawm describió al siglo XX como una centuria de recrudescimiento de la “tortura política”.

La revolución cubana fue para nuestro continente un suceso equivalente al que la revolución rusa había sido para la Europa de su tiempo. La llegada del comunismo al poder avivó la esperanza revolucionaria y generó réplicas convencidas, que, a pesar de su rápido desarrollo, no lograrían vencer la oleada de reacciones anticomunistas. El modelo de la revolución cubana, a los ojos de una pequeña organización revolucionaria, era más alentador que las revoluciones en países gigantescos como Rusia y China, atravesados por la guerra y la ocupación extranjera. El cálculo de las proporciones era más sencillo de hacer sobre la base de la experiencia de la isla: bajo una dictadura impopular, un grupo de noventa y dos militantes convencidos podía crecer a



E. y Che en la Sierra, 1958
El Che luego de la batalla de Santa Clara (1959).

Velatorio de los
fusilados en
Trelew (agosto 1972)



una guerrilla revolucionaria de 3.000 combatientes capaces de vencer a un ejército regular de 10.000 efectivos con aviación y marina.

Pero en Latinoamérica los ejércitos regulares pronto se adecuaron al combate que las guerrillas planteaban. En el catolicismo integrista y el nacionalismo conservador buscaron ideales para motivar a sus efectivos y a buena parte de las clases subalternas contra el “comunismo ateo e internacional”. En la Doctrina de Seguridad Nacional encontraron formas de adaptación estratégica para la nueva lucha antiinsurgente y argumentos para justificar el lanzamiento de los ejércitos a la toma del poder. En lo sucesivo, predicaba esta doctrina, las fuerzas armadas debían disponerse a librar batallas ya no contra otras fuerzas regulares de las naciones limítrofes, sino contra los focos guerrilleros en el interior de la propia nación. En el Cono Sur, la iniciativa de tomar el poder para

librar la lucha anticomunista mediante el control directo del Estado la tuvo, en esta nueva oleada de golpes, el ejército brasileño en 1964. Lo siguieron pronto los ejércitos del resto de los países. La influencia golpista en la región alcanzaría su mayor radio a mediados de los 70, cuando las dictaduras militares proliferaron en todos los países a excepción de Colombia y Venezuela. Las fuerzas contrarrevolucionarias contaron con ampliados recursos estatales y paraestatales en el marco del mayor encuentro de colaboración anticomunista que hayan coordinado los Estados Unidos. Las fuerzas revolucionarias, en cambio, intentarían compensar la inferioridad de sus recursos materiales y militares con una estrategia adaptada al ocultamiento en la geografía rural o urbana, y con el mayor compromiso de sus militantes sobre la base de una ética del coraje sostenida en el convencimiento revolucionario. Pero que el foco guerrillero prosperase, como en Cuba, o quedara reducido a sí mismo, como en Bolivia, dependía de su capacidad de establecer lazos con las poblaciones explotadas hasta el punto de ser concebido por ellas como la vanguardia armada de su liberación.

En la Argentina, este conflicto se conjugó tan estrechamente con los otros que resultaría difícil distinguirlos. A lo largo del período, la parte más activa y voluntariosa del torrente social obrero, confesional, juvenil y estudiantil se fue reorientando en función de la contienda mundial.



Muchos de los militantes peronistas anti-proscriptores en 1958 eran decididamente antiimperialistas y anticapitalistas en 1973.

Un primer mapa de las organizaciones políticas con miras revolucionarias revela cuatro categorías, sobre la base de dos grandes cortes. Un primer corte distingue a las organizaciones que se reivindicaban peronistas de las que se mantenían distantes y críticas. Las primeras fusionaron la identidad peronista con diferentes dosis de marxismo y nacionalismo popular revolucionario, retomando las interpretaciones del pasado propias del revisionismo histórico. Las segundas se mantuvieron en el carril de la tradición marxista revolucionaria, sin creer que el peronismo pudiera ser convertido alguna vez en un vehículo hacia la revolución social. El otro corte que suele establecerse, distingue a las organizaciones que apostaron a la lucha armada, siguiendo el modelo guevarista del foco guerrillero, de las que se abstuvieron de militarizar su

organización política. Una parte significativa de estas últimas se atuvo a la estrategia leninista ortodoxa: lucha social desarmada, con miras a conformar un partido de militantes revolucionarios que reprodujera la relación que el partido bolchevique había logrado entablar con los *soviets* de Rusia en vísperas de la revolución de octubre.

En cuanto a las guerrillas, su nacimiento sólo puede comprenderse en relación con el cúmulo de conflictos convergentes. Sin embargo, es preciso remontarse específicamente al inicio de la espiral de violencia con los bombardeos de 1955 y los fusilamientos de 1956. Estos sucesos darían inicio a una dinámica de acciones y respuestas por parte de la resistencia y la dominación. Las primeras tentativas de organizaciones guerrilleras habían tenido lugar a comienzos de la década del 60, alentadas por los ejemplos de la resistencia argelina y luego de la revolución cubana.²⁵ Ninguna de ellas prosperó pero sentaron una base de experiencia que confluía en las organizaciones guerrilleras de fines de los 60 y comienzos de los 70. Entonces tendría lugar el choque armado de mayor envergadura desde las guerras civiles del siglo XIX: el enfrentamiento entre las organizaciones político-militares de izquierda con identidad peronista o sin ella (Fuerzas Armadas Revolucionarias, Fuerzas

²⁵ Sergio Nicanoff y Axel Castellano, *Las primeras experiencias guerrilleras en la Argentina. La historia del Vasco Bengochea y las Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional*, Centro Cultural de la Cooperación, Cuaderno 29, Buenos Aires, enero de 2004.

Armadas de Liberación, Fuerzas Armadas Peronistas, Ejército Revolucionario del Pueblo y Montoneros) y las fuerzas represivas estatales y paraestatales.

Voluntarismo, idealismo, convencimiento basado en la inevitabilidad del triunfo socialista, son elementos de la mentalidad revolucionaria que afloraron con fuerza en los años 60 y 70, y que suelen ser referidos con los términos “subjetividad de los 70” o “setentismo”. Hasta el día de hoy, los estudiosos de esta lucha revolucionaria discuten acerca del grado de “ilusión” o “realismo” de aquellos actores con certezas tan firmes en su vuelco vanguardista a la lucha armada.

Las posturas más reivindicativas plantean la dificultad que existe para que una “época de revoluciones” sea comprendida por otra más conservadora y temerosa, incapaz de ubicarse en las circunstancias favorables de un período marcado por la opresión y la crisis de dominación de una clase sobre otra. Las posturas más críticas consideran que los enfoques vindicativos empobrecen la reflexión sobre la experiencia armada setentista, en la medida en que la reivindicación del costado heroico debilita la crítica del costado ilusorio, violento o militarista que terminó por separar a las guerrillas de las clases populares.



El conflicto capital-trabajo

La disputa entre el capital y el trabajo creció vinculada a los conflictos anteriores. El recurso más efectivo del peronismo para desestabilizar a los gobiernos proscritores lo constituían las huelgas y sabotajes a la producción. Las fábricas eran el primer lugar de encuentro de los trabajadores y de sincretismo entre los contenidos heréticos del peronismo y las ideas revolucionarias o antiimperialistas que se integraban ahora.

A esto se sumaban las causas estrictamente laborales, generadas en el propio terreno de la producción industrial, inherentes a la puja por el ingreso. Puede afirmarse que a partir de 1955 los trabajadores se enfrentaron a una pérdida relativa en materia de salario real, condiciones de trabajo, prestaciones sociales y poder sindical. Esto haría que el período de la redistribución peronista fuera idealizado más aún, elevado en el recuerdo de los trabajadores a la categoría de “años más felices” en oposición a las nuevas circunstancias. El concepto “deprivación relativa” refiere a esta pérdida de lo que alguna vez se había tenido y permanecía instalado como expectativa. A la luz de esta nueva dicotomía temporal en el imaginario peronista, las caídas salariales que a su turno implementaron los gobiernos de Frondizi y Onganía potenciaron la protesta obrera.

De esta manera quedó bloqueada toda posibilidad de conciliación basada en el arbitraje del Estado. El conflicto de clases aumentaba en el seno de una sociedad con movilidad social todavía ascendente, pero que en los distintos momentos de la lucha redistributiva presentaba movimientos

sensibles de ascenso y descenso social relativo entre los sectores altos, medios y bajos.²⁶ Entre 1955 y 1976, el desempleo promedio no superó el 4 % anual. Sin embargo, ciertas tendencias anunciaban la precarización del empleo y el empobrecimiento de los estratos más bajos de la sociedad. Debido a la aceleración de las migraciones internas y desde los países limítrofes, se había duplicado la población en las villas miserias, al tiempo que decaía la calidad de las prestaciones sociales, y en los sectores medios bajos crecía el cuentapropismo inseguro. Los picos de tensión tendrían lugar en los períodos hiperinflacionarios, como el año 75, cuando la carrera entre precios, salarios y tarifas llevaría a un aumento sin antecedentes del número de huelgas y tomas de fábricas.



Toma del frigorífico
Lisandro de la Torre (enero 1959)

²⁶ Ricardo Aroskind, “El país del desarrollo posible”, y Javier Auyero y Rodrigo Hobert, “¿Y esto es Buenos Aires? Los contrastes del proceso de urbanización”, en *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1966)*, *Nueva historia argentina*, tomo IX, dirigida por Daniel James, Sudamericana, Buenos Aires, 2003, p. 224.



Una estanciera de Industrias Kaiser Argentina S.A. en la línea de montaje. Comenzaron a fabricarse en 1957.

Los estudiosos del Cordobazo sostienen que allí se produjo la rebelión obrera de mayor dimensión debido a otros factores que concurrieron en el nuevo polo industrial de la Argentina, expandido durante los momentos desarrollistas de Frondizi y Onganía.²⁷ La fortaleza de los contrarios fue particularmente pareja en este choque. El capital industrial concentrado de las automotrices intentó avanzar de múltiples maneras sobre el poder obrero en las fábricas más modernas, fragmentando el poder sindical mediante un nuevo régimen de asociaciones gremiales que intentaba atomizar a los grandes sindicatos (por actividad) en pequeñas organizaciones (por planta industrial). Se buscaba con esto mermar el poder obrero para aumentar la productividad acelerando los ritmos de trabajo. Cadenas de montaje que corrieran más veloces impondrían un mayor manejo de las gerencias sobre los procesos de trabajo. La tecnología fordista-taylorista buscaba

reducir al mínimo los restos de poder obrero sobre el control de los ritmos, disciplinar el trabajo por medios impersonales como las líneas de producción.



Agustín Tosco: el sindicalismo de base.

Pero lo que el despliegue empresarial encontraría del otro lado no tardaría en sorprender a los promotores del fraccionamiento sindical. ¿Qué hizo de los obreros de la industria automotriz de Córdoba el actor que llevaría adelante la insurrección obrera más explosiva? Se trataba de obreros colectivos de grandes plantas, calificados, conscientes de la riqueza que producían, articulados en los barrios obreros y, sobre todo, unidos por un nuevo sindicalismo combativo. Contrariamente a lo planeado, el nuevo régimen de sindicatos por fábrica generó conducciones de base ligadas a la asamblea de cada planta que no serían neutralizadas por las burocracias sindicales. La figura emblemática de este nuevo estilo de conducción fue el secretario general de Luz y Fuerza, Agustín Tosco. La confrontación fue entonces más intensa entre el capital industrial concentrado y el sindicalismo combativo que paradójicamente había crecido en las industrias desarrollistas que más empeño habían puesto en fraccionar el poder sindical. En cuanto a su capacidad de oponer resistencia a los avances más decididos del capital concentrado en su búsqueda por incrementar la ganancia mediante nuevas tecnologías, la clase obrera anterior a la última dictadura no sería igualada en el futuro.

²⁷ James Brenan, *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba 1955-1976*, Sudamericana, Buenos Aires, 1996.

El conflicto generacional

Según Eric Hobsbawm, la historia jamás había registrado un cuestionamiento tan fuerte de una generación a su antecesora. En 400 descendencias (una cada veinticinco años) que pueden contabilizarse durante 10.000 años de poblaciones sedentarias, no se supo que alguna vez los hijos hayan impugnado tan radicalmente el modo de vida de sus padres, ni que los colores de su vestimenta hayan contrastado tanto.²⁸ El mundo occidental asistía al más resonante cruce de costumbres, valores e identidades. La cultura joven desarrolló diversas formas transgresivas tensionadas entre sí. El modelo del rebelde sin causa política, con sus transgresiones pautadas por los héroes discográficos del mundo anglosajón, fue probablemente el más generalizado. Su desapego a lo establecido se limitaba en este caso a un movimiento de caderas, a una inconformidad sin discurso, a peinados y patrones de vida que chocaban con la generación anterior de un modo finalmente inofensivo, como en las películas de Sandro. El modelo del “hippismo” o *power flower* planteaba, en cambio, formas de vida corridas del capitalismo: vivir en comunidad, la vuelta al campo en busca de una espiritualidad, escape del trabajo asalariado y del consumo mercantil con prácticas artesanales.²⁹ Por último, el

joven militante encaminado a la “revolución social”, cuya figura modélica era Guevara. Esta variante alcanzaría en la segunda mitad de los años 60, su mayor desarrollo frente a las otras opciones, lo que se potenció con la inédita movilización del estudiantado universitario en el mundo capitalista y comunista, a medida que se ampliaban las matrículas. También salía a la superficie el más convencido proceso de liberalización moderna en torno de la sexualidad y las prohibiciones fundadas en la religión. Se aceleraba el deterioro de diversos baluartes de la tradición que, en la visión de sus defensores, constituían las bases inamovibles del orden social. El divorcio y el imperativo de una sexualidad plena vinculada por la psicología a la salud mental se extendieron en esta década más rápido que en las anteriores.

Esta revolución de las costumbres, iniciada en las primeras sociedades de consumo modernas del capitalismo central, tuvo un fuerte impacto en la Argentina. En los años 60 los jóvenes proliferaron en las grandes ciudades y, de ahí en más, los dictadores del momento no vacilarían en reprimirlos. Pero las prohibiciones de Onganía no harían más que incitar la resistencia juvenil. Como arriesga Sergio Pujol,

²⁸ Eric Hobsbawm, *Historia del siglo xx*, véase el capítulo XI “La revolución cultural”. Del mismo autor véase también *Años interesantes. Una vida en el siglo xx*, cap. 15, “La década de los sesenta”, Crítica, Buenos Aires, 2003.

²⁹ Sergio Pujol, “Rebeldes y modernos. Una cultura de los jóvenes”, en Daniel James (comp.), *Nueva historia argentina*, tomo IX, ob. cit., pp. 314-321.

el costado marginal de la cultura juvenil no se hubiera desarrollado en igual medida sin la provocación de un contrario moralista sin capacidad de imponer el terror. A diferencia de la última dictadura, la de Onganía no atemorizó a los transgresores sino que duplicó su sentimiento de libertad en cada acto.

Es difícil de medir en qué proporción lo estrictamente juvenil de estas rebeldías influía en la conflictividad general de una época colmada de impugnaciones a la desigualdad social, a las formas de vida y de alienación cultural, a la contaminación del planeta y al menoscabo de las libertades en general. Para Onganía y los militantes del catolicismo integrista que lo acompañaban, todo formaba parte de una misma amenaza: el relajamiento de las costumbres y la impugnación al capitalismo eran en su visión consustanciales. A diferencia del discurso publicitario que interpelaba a los jóvenes sin temerles a las nuevas modas, el

discurso moralista de Onganía juzgaba que los pilares del sistema se veían amenazados por los nuevos hábitos. En su visión los conflictos entre padres e hijos, alumnos y profesores, obreros y patronos, formaban parte de una misma propensión al cuestionamiento: los jóvenes que empezaban cuestionando la vestimenta, seguirían con la institución familiar y más tarde impugnarían la propiedad privada.

El tiempo demostraría que incluso un capitalismo más desigual que aquel de los años 60 era capaz de convivir con estas transformaciones y nutrirse de ellas como adelantadamente había intuido el discurso publicitario. Con el tiempo otros discursos del capitalismo liberal irían comprendiendo que la sociedad de clases no peligraba con estos cambios en las formas de vida, y que incluso podía verse fortalecida, en la medida en que se abría un espacio de realizaciones individuales que no entraba en contradicción con el *statu quo* social.³⁰



³⁰ Paradójicamente, más perjudicial resultaría la prohibición de estos cambios en los regímenes comunistas, menos flexibles a darles cabida. Homosexuales o transexuales, por ejemplo, encontrarían mayor permisividad en el capitalismo que en los socialismos reales.

El conflicto interburgués

Tres burguesías de similar poder se disputaron el lugar de clase dominante, procurando imponer el rumbo económico en su beneficio.

La burguesía agrícola-ganadera era partidaria de una moneda devaluada, bajas retenciones a las exportaciones y economía

abierta para agrandar sus mercados externos. La burguesía ISI, en cambio, promovía los lineamientos del Primer Plan Quinquenal: salarios más altos para incrementar el consumo interno, subsidio estatal a los aumentos salariales y protección de las industrias livianas con aranceles altos

Burguesía agroexportadora.	Burguesía transnacional de industrias difíciles (automotriz, petróleo) sencilla, alimentos)	Burguesía nacional de industrias fáciles, sustitutivas de importaciones (textil, metalmecánica)
Exportadora, crecimiento hacia afuera.	Dirigida al mercado interno, sectores medios y altos.	Dirigida al mercado interno, sectores populares.
Bajas o nulas retenciones a exportadores.	Retenciones altas a exportadores para financiar obras de infraestructura.	Retenciones altas a exportadores para subsidiar aumentos salariales.
Economía abierta (aranceles bajos).	Economía abierta (aranceles bajos).	Economía semicerrada, proteccionista (aranceles altos).
Salarios bajos.	Salarios bajos, para fortalecer el mercado interno.	Salarios más altos,
Peso devaluado.	Peso sobrevaluado.	Peso devaluado.
Ventaja relativa para imponerse en algún momento del ciclo económico: aporta divisas necesarias para equilibrar la balanza de pagos y realizar las importaciones necesarias.	Ventaja relativa para imponerse en algún momento del ciclo económico: resuelve problemas energéticos y tecnológicos complejos.	Ventaja relativa para imponerse en algún momento del ciclo económico: genera empleo y cadena de consumo. En ciertas circunstancias aminora el conflicto social, en otras lo agrava en la medida en que la baja del desempleo aumenta la capacidad de resistencia obrera.
Presidencias favorables: Lonardi, Aramburu, Guido.	Presidencias favorables: Frondizi, Onganía.	Presidencias favorables: Illia, Levingston, Perón (1974).

que limitaran la llegada de artículos importados. La burguesía multinacional concentrada de las industrias difíciles planteaba por el contrario salarios bajos, dólar barato y retenciones altas a los exportadores agrícolas para financiar grandes obras de infraestructura.

De modo que, como sucede en cualquier capitalismo, había intereses contrapuestos entre las burguesías diversas. Lo singular de este período fue que ninguna de las tres logró imponerse sobre las otras por un tiempo prolongado. La pulseada entre ellas no terminaba de definirse debido a lo que Juan Carlos Portantiero alcanzó a ver con nitidez en 1973: el **empate hegemónico y bloqueo recíproco** entre las burguesías se debían a que el funcionamiento del ciclo capitalista en la Argentina demandaba cambios en la política económica que alternativamente favorecían a cada una de las tres fracciones.³¹ Cuando el problema más acuciante de la economía era la falta de divisas, la propia situación promovía las políticas que eran favorables a la burguesía agroexportadora, la única que producía bienes exportables y aportaba divisas. Cuando el problema más urgente para la continuidad del sistema económico era resolver un “cuello de botella industrial” ante, por ejemplo, la falta de recursos energéticos,

llegaba el momento en que las transnacionales petroleras imponían las medidas económicas. Por último, cuando las tensiones sociales eran muy agudas, la burguesía que mayores efectos benéficos solía derramar para apagar el incendio la constituían las ISI livianas generadoras de empleo, aumentos salariales y cadena de consumo.

Estos conflictos en la cumbre de la pirámide social aportaron a la inestabilidad política del período. Los gobiernos duraban poco, no sólo debido a los conflictos verticales capital-trabajo y peronismo-antiperonismo, sino porque el propio frente antiperonista-burgués se encontraba dividido por disputas económicas que no terminaban de definirse. Los gobiernos caían, y con ellos también caían sus políticas económicas, por lo cual se producía un viraje llamativo en esta materia. En 1955 la política económica se inclinó a favor de la burguesía agroexportadora. En 1958 y 1966, fue el turno de las transnacionales dedicadas a las industrias complejas: petróleo, automotores, medicamentos. Frondizi y Onganía contestaron sus demandas con la promesa desarrollista de un “despegue industrial autosostenido”. Los momentos favorables a la burguesía ISI tuvieron lugar durante las presidencias de Illia y Levingston.

³¹ Juan Carlos Portantiero, “Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual”, en Oscar Braun (comp.), *El capitalismo argentino en crisis*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1973.

La confluencia de los conflictos, una visión en perspectiva

Sobre el final del período, la disputa entre el peronismo y el antiperonismo iría cediendo su lugar al enfrentamiento entre la izquierda revolucionaria y la derecha restauradora. En los años 74 y 75, el conflicto capitalismo/socialismo desplazaría la disputa doméstica entre el peronismo y el antiperonismo. Los nuevos alineamientos unían a la derecha peronista y antiperonista en un mismo bando represivo, y a la izquierda peronista junto a algunas organizaciones de la tradición trotskista revolucionaria, en un frente aliado de insurgencia.

Para algunos analistas, lo que sólo era una crisis de hegemonía política, de gobernabilidad, entre 1955 y 1966 había derivado en una crisis orgánica de dominación entre las clases, preludio de una situación revolucionaria entre 1969 y 1975.³² Particularmente en 1973, el torrente social impugnador vivió momentos culminantes de euforia. Vistos en perspectiva histórica, a la luz de los resultados posteriores donde las fuerzas reaccionarias se impusieron en casi todos los ámbitos, los actores del torrente setentista que doblaron la apuesta

parecen obnubilados por el espejismo de la revolución inminente. La dictadura de 1976 inauguró un ciclo de concentración de la riqueza considerablemente más abrupta. La etapa democrática que siguió a la dictadura, lejos de retrotraer la desigualdad, la acentuó fuertemente. También en el mediano plazo todo indica que los objetivos del torrente quedaron cada vez más lejos. Sin embargo, es difícil para los historiadores de un período tan reciente evaluar los resultados de las revoluciones o primaveras de los pueblos que “fracasaron” en el corto plazo. Todavía hoy, no podemos medir el legado de las impugnaciones setentistas, en la medida en que siguen generando efectos. Como se ha dicho respecto de la Revolución Francesa, los años 70 no han terminado, en la medida en que el excedente utópico producido en esos años no se ha disuelto. En la expectativa de un número no despreciable de actores contemporáneos, la concreción de buena parte de los reclamos sigue pendiente. Diciembre de 2001 puso de manifiesto que una parte del horizonte de expectativas del torrente setentista era capaz de revivir y languidecer con múltiples mutaciones.

³² Nicanoff-Rodríguez, ob. cit., pp. 23-25 y “Conclusiones”.





La hora de los hornos. **Los ojos de la resistencia peronista**

En su estudio sobre el uso de la imagen como documento histórico, Peter Burke nos previene del “efecto realidad” que las imágenes fílmicas suelen generar en los espectadores.³³ Ser conscientes de que siempre estamos frente a una interpretación del período, y no frente al período mismo, es un buen punto de partida para el análisis del contenido histórico de cualquier película. El “efecto realidad” es mayor cuando se trata de un relato visual con imágenes tomadas por cámaras viajeras que sorprenden a la realidad, como sucede en buena parte de *La hora de los hornos*. La imagen cinematográfica adquiere un sentido testimonial aún mayor cuando las cámaras se entrometen en el cotidiano. Contrastar este documental-ensayo con otras interpretaciones del período nos permitirá captar lo singular de la mirada de Solanas y Getino, explorar las condicionantes ideológicos, generacionales, artísticos e intelectuales que en 1966-67 determinaron su visión de la Argentina, iluminándoles ciertos aspectos de la realidad y oscureciéndoles otros.

A modo de *collage*, el documental emplea una multiplicidad de recursos yuxtapuestos, por momentos a gran velocidad: tomas originales de la realidad reforzadas con citas de otros filmes, textos de los propios autores y de luchadores sociales destacados en el

mundo. A veces los textos se presentan en forma escrita, a veces narrados por distintas voces, favorables o irónicas según el caso. Otro recurso utilizado es el reportaje a prototipos sociales y culturales que el documental reivindica o deplora: el indio Don Ambrosio, los oligarcas del remate ganadero, el escritor Manuel Mujica Lainez, los seguidores del arte abstracto y el pop, frequentadores de *happenings* en el Instituto Di Tella. Por medio de la edición y el montaje, los recursos se combinan en función de componer un ensayo integral sobre la Argentina. El montaje musical también recarga las imágenes de significado.

La primera parte del documental-ensayo presenta una visión de la Argentina de los años 60 que por momentos no se ajusta a las coordenadas de los cinco conflictos que hemos trazado sobre la base de la visión de los analistas Portantiero, James, Pujol, Brenan y Nicanoff-Rodríguez, quienes estudiaron el período con una mayor perspectiva de tiempo. En verdad, la segunda parte del tríptico, “Acto por la liberación”, refleja en mayor medida el panorama de conflictividad social planteada por aquellos autores.

Pero hemos elegido la primera parte de *La hora...*, en lugar de la segunda, precisamente porque en su búsqueda de los fundamentos ancestrales de la identidad nacional

³³ Peter Burke, ob. cit., pp. 209-213.

se expresa, a nuestro criterio, cierta “distorsión” en la mirada autoral (corregida en la segunda parte) al momento de retratar la sociedad argentina de 1966 y sus conflictos. Esta “distorsión”, si se nos permite el término, es muy reveladora en la medida en que refleja mejor la visión de la resistencia peronista y de buena parte del campo popular acerca de quién era esencialmente el enemigo antiperonista, quiénes eran los contrarios implicados en la lucha por la liberación. La riqueza de esta primera parte del tríptico consiste no sólo en su capacidad de mostrarnos aspectos de aquella sociedad atravesada por contrastes sociales y múltiples formas de dominación, sino en revelarnos cómo se visualizaba al campo amigo y al campo enemigo desde el prisma de la resistencia peronista. Los aciertos y las posibles distorsiones de esa mirada son igualmente importantes para nosotros en la medida en que la historia debe ocuparse no sólo de los procesos de cambio, sino de cómo esos procesos eran percibidos por los protagonistas. La propuesta consiste entonces en analizar esta primera parte teniendo en cuenta ambos planos: el plano de la realidad histórica que la película refleja y el plano de la observación de esos procesos por parte de los autores-partícipes del tiempo narrado.



Todo el documental (sus tres partes) es en sí mismo un testimonio del tenor revolucionario que la resistencia peronista fue adquiriendo al calor de la proscripción, de la ofensa sim-

bólica, de los embates represivos, del auge de la revolución en el mundo y de la privación del ingreso en la Argentina. Las primeras imágenes muestran la represión y el enfrentamiento descarnado, transmitiendo una visión positiva de la violencia popular: “Un pueblo sin odio no puede triunfar”, “El hombre colonizado se libera en y por la violencia”, “Todo espectador es un cobarde o un traidor”. Estas citas de Frantz Fanon remiten al convencimiento acerca de la legitimidad de la lucha armada en tanto forma superior e inevitable de la lucha de clases. Tal vez no hubieran sido formuladas de un modo tan concluyente en otras décadas del siglo XX que no fueran las del 60 y 70. Con imágenes de una manifestación por el 17 de octubre de 1965 en Parque Patricios, el filme descarta abiertamente la posibilidad de alcanzar conquistas populares por la vía de la democracia burguesa. La legitimación de la guerrilla en estos años es una evidencia de cómo la formación más tardía del ERP y Montoneros había sido precedida por un proceso de elaboración más amplio.

Otro aspecto de la época, visual y textualmente reflejado, es la dimensión planetaria del análisis, la conciencia acerca de la vinculación mundial de los conflictos. El filme establece estrechas relaciones entre las luchas sociales en la Argentina y en el Tercer Mundo, cuyo escenario más revelador de la ofensiva neocolonial es Vietnam. Las imágenes presentan a EE.UU. como “enemigo del género humano”. La intercalación de imágenes nacionales, continentales,



les y mundiales refleja cómo en los años 60 el internacionalismo revolucionario había adquirido una identidad tercermundista. Unida a la concepción internacionalista del conflicto, se globaliza la percepción de la izquierda. El grupo Cine Liberación se formó luego del estreno de *La hora...* proclamando su pertenencia al “tercer cine”. Con este término se incluía en el “cine militante” al servicio de la descolonización, entre cuyas obras de referencia en el nivel mundial se había destacado *La batalla de Argel* (1966), de Gillo Pontecorvo, estrenada en la Argentina en el mismo año que el filme de Solanas-Getino. *La hora de los hornos* plantea un conflicto único entre el neocolonialismo y el Tercer Mundo, sin hacer mención del Segundo Mundo, lo que puede explicarse a partir de las incompatibilidades esenciales del peronismo para el comunismo soviético, al cual creía haber superado en una síntesis histórica.

La hora de los hornos se abstiene de buscar belleza en la carencia. Si contrastamos la crudeza de las imágenes del matarife con las composiciones plásticas del propio Fernando Solanas en obras muy posteriores como *El exilio de Gardel* (1985) o *Sur* (1988), queda de manifiesto el cambio de estética propiciado en cada momento por el

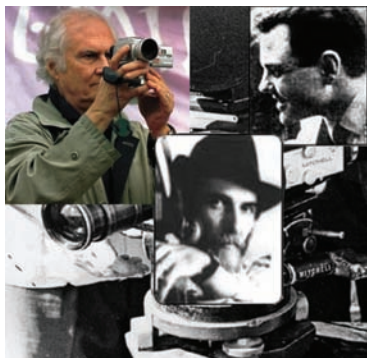
imperativo político. La única poesía que reivindicaba *La hora...* se vinculaba a la lucha y el sacrificio revolucionario. Las imágenes del matarife (tomadas del corto de Humberto Ríos, *Faena*, 1960) se intercalan con publicidades modernas que buscan acentuar una mirada de la barbarie encubierta en el progreso. Las tomas en Villa Sapito, acompañadas con la canción “escolar” *Aurora*, desmienten la versión educativa de la realidad de un modo más implacable que la canción de Moris, *Ayer no más* (1967).³⁴ A diferencia de Moris o de la serie plástica de Antonio Berni, *Juanito Laguna*, *La hora...* no cuenta historias individuales; sus imágenes denuncian la violencia estructural (“Mueren más chicos de hambre que en Hiroshima y Nagasaki”) mostrando sujetos colectivos como en el cine soviético. Con un montaje veloz que en su momento fue visto como una revolución sintáctica, se presenta un mapa social y estadístico de la Argentina tras quince años de bajas salariales.

Con respecto al conflicto generacional, es evidente que el documental no simpatiza con las transgresiones culturales modernas, a las que retrata como meramente distractivas y funcionales al sistema. Esta visión de las estéticas relajadas de lo político refleja las tensio-



³⁴ Moris o Mauricio Birabent; la canción fue estrenada por Los Gatos.

Ayer no más en el colegio me enseñaron, / que este país es grande y tiene libertad. / Hoy desperté / y vi mi cama y vi mi cuarto / en este mes no tuve mucho que comer.



nes que atravesaban a una generación que con el tiempo sería erróneamente identificada como una cultura juvenil homogénea. Si bien Solanas y Getino no eran del todo jóvenes en los criterios de 1967 –tenían 31 y 32 años respectivamente– podemos ver en ellos un ejemplo de la identidad juvenil militante cuyo paradigma por seguir era Guevara. Los jóvenes de la disquería o del Instituto Di Tella son mostrados como parte de una deformación cultural meramente discográfica, una caricatura de sí mismos, igual que los *snobs* que consumen el arte abstracto.

Sobre el final, el documental se detiene en la imagen del cadáver del Che, presentado como un ejemplo de vida y entrega. Es el inicio de un discurso sacrificial que tendrá un intenso desarrollo. La imagen del Che muerto, con reminiscencia de la representación cristiana, equivalente a su reverso, el “Cristo guerrillero”, nos introduce a otro giro ideológico de la época que evidencia el modo en que el conflicto capitalismo/socialismo había ingresado también al interior del cristianismo, lo que dio lugar a una nueva lectura socialista de los evangelios.³⁵ El Movimiento de Curas Tercermundistas en torno de la teología de la liberación hizo su aporte en la Argentina al torrente social que enfrentó a Onganía. Muchos jóvenes llega-

ron al socialismo a partir de esta relectura de los evangelios, punto de apoyo del giro ideológico desde el cristianismo hacia la revolución social.

Para no distorsionar nosotros la visión de Solanas y Getino, debemos cuidarnos de sacar conclusiones sobre la base de la primera parte del tríptico sin contrastarla con las otras, al menos con la segunda. Al compararlas, pueden establecerse diferencias muy significativas en la composición de imágenes de la realidad social que quedan planteadas en cada una. Es llamativo en la primera parte del documental lo poco que aparecen referidos los actores fundamentales de la lucha de clases más intensa del período: el trabajador industrial de plantas modernas y la burguesía transnacional de esas mismas industrias sustitutivas de importaciones difíciles. A menos de un año para el Cordobazo, la primera parte del documental-ensayo muestra muy pocas imágenes de estos actores que al poco tiempo forzarían la caída de Onganía. En cuanto a las fuerzas insurgentes, en la primera parte casi no aparece el sindicalismo clasista que pronto irrumpiría en el Cordobazo.

Tampoco el estudiantado universitario es destacado por el momento, y las referencias al espacio académico son muy negativas. La universidad es caracterizada como una ins-

³⁵ Para una aproximación a estas representaciones puede consultarse Roberto Amigo, “Letanías en la Catedral. Iconografía cristiana y política en la Argentina: Cristo Obrero, Cristo Guerrillero, Cristo Desaparecido”, en *Studi Latinoamericani / Estudios Latinoamericanos*, N° 1, Mario Sartor (cur.), *Esperimenti di Comunicazione*, Forum, Udine, 2005.

tancia de dominación intelectual aliada al neocolonialismo: “El más profundo instrumento de la colonización”, lo que refleja la cuenta pendiente del peronismo con los espacios intelectuales en general, que en 1955 habían asumido el comportamiento político del grueso de la clase media, adherida al antiperonismo.

Lo mismo sucede con los sectores medios. En la primera parte la óptica es enteramente negativa. La visión de las clases medias que Arturo Jauretche plasmó en *El medio pelo en la sociedad argentina* (1966) aflora en cada referencia a este sector. Las capas medias son retratadas como un corotonto de las clases dominantes, un aliado de la oligarquía obnubilado por la zanahoria de un estatus inalcanzable. Las capas medias son vistas como el “principal receptáculo” de ideas extranjeras, sin distinción entre el sector conservador y los significativos sectores de clase media corridos a la izquierda del espectro político.

Tampoco se repara por el momento específicamente en la fracción burguesa que desde 1966 dominaba en la nueva alianza de poder, si bien se mencionan el “desarrollismo” y el “tecnocratismo”. En cuanto a las fuerzas dominantes, la primera parte del documental no recalca que en esos años la burguesía transnacional concentrada de industrias complejas imponía las políticas económicas durante el onganiato, con el consecuente desplazamiento de la burguesía

agroexportadora de esa función. Las retenciones al agro implementadas por el gobierno de Onganía con el objeto de financiar obras de infraestructura para el nuevo salto industrial son una muestra de cuál era la fracción burguesa que dominaba en la nueva alianza de poder, tal como lo observó Juan Carlos Portantiero. En 1966 el producto de la industria equivalía a 2,2 veces el producto del agro, con una marcada tendencia al crecimiento relativo, si bien el predominio agrícola de las exportaciones seguía siendo acentuado.³⁶ En la primera parte del filme hay una mención oral de los grupos industriales, pero las imágenes remiten todas a la oligarquía ganadera, cuya representación en el imaginario popular estaba seguramente más establecida. En este punto el documental usa imágenes reconocibles, no busca crear nuevas representaciones: acentúa los rasgos del terrateniente pampeano, cuya voz en *off* nos recuerda las parodias de Carlos Perciavale en los años 60.

La primera parte del documental presenta una visión un tanto anacrónica de la polaridad social que alimenta los principales conflictos. De un lado, la oligarquía ganadera, aliada primordial del neocolonialismo. Del otro, los sectores populares, que en las imágenes son casi siempre encarnados por pobladores del interior profundo de la Argentina. En su intento por recuperar los orígenes esenciales y trascendentes del “pue-



³⁶ Ricardo Aroskind, ob. cit., p. 72.



blo”, la cámara viajera se concentra en los vestigios de las comunidades indígenas, como una toldería de indios matacos parcialmente expropiada de la naturaleza y enteramente marginada del progreso. La mayor parte de las imágenes de sectores populares que esta primera parte del documental contrapone a la oligarquía ganadera, no remite a los obreros fabriles, ni a los migrantes internos instalados en el mundo industrial del conurbano antes del peronismo y durante él, sino a quienes permanecieron en sus comarcas de origen resistiendo la desintegración de su cultura. Los trabajadores de la resistencia peronista que en sindicatos y reuniones clandestinas verían la primera parte de *La hora...*, se encontrarían menos a ellos mismos que a sus “antepasados” (en el caso de los migrantes internos). Las tomas de trabajadores industriales (textil y papel) requisados y controlados por el reloj marcador de tarjetas y una toma fugaz de la industria automotriz son las únicas imágenes de las novedosas formas de explotación capitalista que se estaban imponiendo.

El enaltecimiento de una esencia nacional ligada a los pueblos originarios que prevalece en la primera parte, es sin dudas heredero de la corriente intelectual denominada revisionismo histórico. *El hombre que está solo y espera* (1931), de Scalabrini Ortiz, fue tal vez el más sonoro manifiesto de esta búsqueda de reservorio de valores y honestidad en las comarcas más pobres de la Argentina, restos de pureza nacional, del “espíritu de la tierra” que pudieran redimir

a las ciudades contaminadas por lo foráneo. La contraposición moral entre Buenos Aires y el interior profundo es un tópico reiterado en la primera parte: la antítesis entre el indio y los rascacielos modernos domina la composición de imágenes.

Con tono siempre irónico, Buenos Aires es presentada con tomas del puerto demasiado abierto a lo que Europa le acercara: mercancías, formas de explotación, ideas y modos de vida antinacionales. Ciudad adentro comienza el desfile de los dispositivos alienantes, estéticamente dependientes de las modas europeas y norteamericanas. La ciudad es vanidosa, emuladora, alejada de lo nacional, sin identidad, intermediaria y acaparadora de la riqueza rural: una cabecera del puente mediante el cual el neocolonialismo domina a la Argentina toda. A excepción de una toma en un café de barrio, musicalizada con el tango *Sur*, el documental no rescata elementos de la cultura porteña. Las luces de la ciudad determinan un espacio de frivolidad “de espaldas al país”, deformación cultural y corrupción encubierta detrás de las ventanas de los edificios corporativos. Como antecedente muy cercano en el tiempo, prácticamente contemporáneo, de esta indentificación entre la ciudad cosmopolita y la dominación extranjera, podría contemplarse la revolución cultural china en su revaloración del mundo campesino como agente depurador de las recaídas capitalistas del espacio urbano-intelectual.

Sin embargo, es factible que en Solanas y Getino haya pesado más la cuenta pendiente del peronismo contra la Capital Federal, el distrito más difícil para el régimen. A su vez, la identificación de lo popular especialmente con lo indígena tiene otro destinatario que en la primera parte de *La hora...* no es tan evidente como en la segunda: la izquierda de tronco marxista crítica del peronismo. En la segunda parte del tríptico son muy reiteradas las críticas a la izquierda tradicional, vista como una formación ideológica no menos negadora de lo popular y lo nacional que la derecha conservadora. Elegir al indio como sujeto privilegiado de enaltecimiento, empezar el ensayo rescatando a este sujeto antes que al proletariado moderno, implicaba una opción más enfática por lo popular-nacional, contra la modernidad del marxismo no peronista. Según Sergio Nicanoff, estudioso de la relación entre estas dos izquierdas durante el período, la visión de *La hora...* es cabalmente representativa del modo en que el grueso de la resistencia peronista conceptuaba todavía a la izquierda marxista. El puente hacia el acercamiento entre las dos vertientes se daría, poco después, en la CGT de los Argentinos en 1968 y en la experiencia compartida durante el Cordobazo, a partir del cual se multiplicaron los acercamientos, conexiones y sincretismos.

Otro legado del revisionismo histórico (una de las corrientes intelectuales más exitosas del siglo XX en la Argentina) es el permanente uso del espejo de la historia para vincular el presente con el pasado, desmintien-

do la historia estatal-escolar, funcional a la ignorancia del pasado para bien de la dominación neocolonial (“Es falsa la historia que nos enseñaron”). En la búsqueda de constantes a través del tiempo, en *La hora...* casi todo es ligado con la historia: el Consejo de Seguridad de la ONU equiparado a la diplomacia de Canning. De un mismo lado, Rivadavia, Onganía y el presidente norteamericano Johnson; del otro, Bolívar y el Che. Este juego de opuestos se refiere a una independencia “traicionada en los orígenes”. Otro elemento es la noción de patria grande latinoamericana, presente en los contenidos y en el tono neutro con un matiz de voz panlatinoamericana en el narrador principal. Las villas miseria, conventillos, cantegriles, cayampas, favelas y ranchadas son variantes de una misma realidad.

Sobre el final de esta primera parte, el documental se concentra en rechazar masivamente la cultura occidental en reivindicación de las raíces precolombinas: “Se acerca la hora en que los incivilizados educarán a los civilizadores” (Fernández Arregui). El Partenón, Hegel y el arte abstracto son rechazados, en tanto “bajo el mito de una cultura universal se produce la imposición de una civilización sobre otra”. Incluso entre los habitantes del noroeste existen embaucadores populares que, con sus engaños y supersticiones, son funcionales al neocolonialismo.



PINO SOLANAS...

40 años después. Entrevista, revista Ñ, 26 de agosto de 2006.

Estética y ensayo histórico-político

La hora de los hornos fue un proceso complejo: por un lado era mi primera película y, por otro, representaba el combate personal de hacer algo creativo, con el gran inconveniente de que en nuestro medio no existía un referente de cine ensayo histórico-político de carácter documental. Ésa fue la simiente de lo que se llamó Cine Liberación: empecé a armarla en el 65 y se dio en un contexto histórico-político complicado, porque en esa época llegaron el golpe de Onganía a Illia, la Noche de los Bastones Largos, el contexto latinoamericano con varios países ya sometidos a las dictaduras militares... Todo esto derivó en que mi generación pensara que la realidad no podía cambiarse a través de las instituciones y las reglas de funcionamiento democrático. Desde el golpe del 55 hasta que empecé a darle forma a la película habían pasado once años de democracias tuteladas. Estábamos descreídos de que el voto fuera respetado.

En la película confluyeron el desafío creativo –yo vivía con la influencia de la vanguardia creativa, el cine ruso, el mudo, la plástica de la década del 20– y la aspiración de hacer un cine absolutamente contestatario al sistema represivo imperante. La filmé bajo la consigna “Hacerla con la misma libertad con la que se escribe un ensayo”. Se hizo como una producción clandestina, con la iniciativa de armar un fresco histórico (junté material filmico desde principios de los 60), porque el peronismo filmado estaba prohibido.

¿Tiene herederos ese cine en la actualidad? Pienso que la crisis social argentina que tuvo su epicentro a finales de 2001 impactó profundamente y motivó el retorno al género documental, que a lo largo de los 90 un contexto de tilingüería discursiva y fácil acceso a la tecnología digital hizo que los que se formaban como cineastas por entonces creyeran que sólo había que filmar como Tarantino.

A los jóvenes no les agrada demasiado reconocer la herencia. En ese sentido, nosotros teníamos más gratitud. Las películas que me resultan más interesantes son aquellas que tienen una vocación social. Las que miran la realidad, y en eso hay gente talentosa: Pizza, birra y faso, las otras películas de Caetano, Lucrecia Martel y Mundo grúa, de Trapero, son buenos ejemplos.

Segunda parte: “Acto para la liberación”

En la segunda parte se desarrolla una visión menos esencialista y más próxima a los conflictos determinantes del período tal como los conocemos hoy. Los recursos compositivos y ensayísticos que en la primera parte buscaban las raíces ancestrales de la identidad popular nacional, ceden ahora a una crónica histórico-analítica del período 1945-1966, enfocada en buscar testimonios de la resistencia peronista tras la caída del régimen. Las formas de encuestar la realidad

mutan de lo general, abstracto e idealista de la primera parte, a lo más concreto, real y detallado de la segunda: del *collage* cargado de simbolismos a testimonios directos de la resistencia. Así el documental-ensayo aborda, ahora sí directamente, los conflictos primordiales protagonizados por los trabajadores fabriles de las industrias modernas. Dirigentes gremiales como Martiniano Martín (automotor), Ángel Perelman (metalúrgico) o Raimundo Ongaro (gráfico) se explayan sobre el proceso de conversión de los gremios, de organizaciones paraestatales a “motores de la resistencia”. La cámara ingresa para cubrir, por ejemplo, la toma del establecimiento textil La Bernalesa, con autogestión obrera de la producción. La voz ensayística y panorámica de los narradores y la composición de significados sobre la base del montaje intercalado de imágenes y textos pierden importancia frente a la voz de los actores. La visión de los narradores es ahora menos transhistórica y más enfocada a captar lo singular de los conflictos desde 1955. De este modo el documental se instala en el ámbito del conurbano, y abandona la contraposición entre el interior profundo y la ciudad cosmopolita que prevalece en la primera parte.

En cuanto a los sectores dominantes, en esta segunda parte la visión se actualiza otro tanto. Ahora se distingue una burguesía industrial desarrollista, asociada a EE.UU., así como la oligarquía tradicional lo había estado a Gran Bretaña. El narrador la ve escalando posiciones en los años

de Frondizi, pero no llega a percibir la pretensión de autonomía o “desempate” de esta fracción con respecto a la burguesía agroexportadora.

Donde más diferencias encontraremos entre la primera y la segunda parte es con respecto a la valoración de los sectores medios y el movimiento estudiantil. En la primera parte estos actores eran presentados como esencialmente dependientes de la oligarquía, apartados de las luchas populares. En la segunda parte se contempla un proceso de conversión de las capas medias y estudiantiles, de instrumentos pasivos del sistema de dominación a actores crecientemente comprometidos con el campo popular, recién llegados a la lucha antiimperialista que el peronismo trabajador habría emprendido antes. El documental registra una corriente de impugnación significativa contra la cual había reaccionado el onganiato en la Noche de los Bastones Largos (1966). La resistencia peronista comenzaba a tener aliados dentro del estudiantado de clase media. El documental da cuenta del desclasamiento de un sector significativo de jóvenes que en el marco universitario adquiría una conciencia social antagónica al conservadurismo de sus padres. Pero siempre en la medida en que estos sectores comprenden por primera vez el valor histórico del peronismo, admiten su error y se incorporan al campo popular. Los dirigentes estudiantiles entrevistados hablan de esta conversión, criticando la actitud anterior contraria al peronismo.

Algo similar advierten los narradores con respecto a sectores más vastos de la clase media, que, al calor de las experiencias posteriores a 1955, comienzan a independizarse de la oligarquía. También se saluda el surgimiento de un nuevo perfil del intelectual de izquierda que por primera vez rompería con los esquemas europeos sin permanecer al margen de las luchas populares.

En la primera parte, la carga contra la izquierda crítica del peronismo se fundamenta en el enaltecimiento de una esencia nacional y popular encarnada por sectores no pertenecientes al proletariado moderno. Raíces identitarias que la izquierda europea no podría incorporar en su figuración abstracta e idealista de la clase obrera. En la segunda parte, la embestida a la izquierda no peronista cambia de eje. El nuevo sujeto de enaltecimiento para diferenciarse de la otra izquierda es la resistencia obrera peronista del conurbano, un proletariado moderno pero nacional ante todo, igual de incomprendido por la izquierda de raíz europea. La discordancia de la izquierda tradicional en ambos casos se vincula a su matriz extranjera. En los términos de *La hora...*, la única conciliación posible con el marxismo europeo en la Argentina tendría lugar si esas formaciones ideológicas comprendieran su error. En ninguno de los testimonios o intervenciones de los narradores se plantea la posibilidad de que la izquierda peronista tenga algo que aprender de las críticas que la otra izquierda le había formulado al peronismo por su costado bonapartista.





Actividades

1. Comparar los siguientes grafitos del Mayo Francés,³⁷ con los eslóganes de La hora de los hornos. La actividad apunta a detectar elementos comunes y diferenciales entre dos retóricas revolucionarias contemporáneas, correspondientes al centro y la periferia del capitalismo. En cuanto a los contenidos, las principales diferencias giran alrededor de la visión sobre el arte vanguardista (surrealismo, dadaísmo) y el rol de la imaginación utópica, y la importancia de la liberación en los hábitos personales.

“Cuando la asamblea nacional se convierte en un teatro burgués, todos los teatros burgueses deben convertirse en asambleas nacionales.” (Odeón)

“¡Viva la comunicación! ¡Abajo la telecomunicación!” (Odeón)

“Gracias a los exámenes y a los profesores el arribismo comienza a los seis años.” (Sorbona)

“No hay pensamiento revolucionario. Hay actos revolucionarios.” (Nanterre)

“Olvidense de todo lo que han aprendido. Comiencen a soñar.” (Sorbona)

“Se decreta el estado de felicidad permanente.” (Ciencias Políticas)

“La imaginación toma el poder.” (Sorbona)

“En los exámenes responda con preguntas.” (Sorbona)

“Abajo el realismo socialista. Viva el surrealismo.” (Condorcet)

“No queremos un mundo donde la garantía de no morir de hambre se compensa por la garantía de morir de aburrimiento.” (Odeón)

“Sean realistas: pidan lo imposible.” (Censier)

“Nuestra esperanza sólo puede venir de los sin esperanza.” (Ciencias Políticas)

“Dios: sospecho que eres un intelectual de izquierda.” (Liceo Condorcet)

“Graciosos señores de la política: ocultáis detrás de vuestras miradas vidriosas un mundo en vías de destrucción. Gritad, gritad; nunca se sabrá lo suficiente que habéis sido castrados.” (Sorbona)

“Prohibido prohibir. La libertad comienza por una prohibición.” (Sorbona)

“Un solo *week-end* no revolucionario es infinitamente más sangriento que un mes de revolución permanente.” (Fac. de Lenguas Orientales)

“Cambiar la vida. Transformar la sociedad.” (Ciudad Universitaria)

“La emancipación del hombre será total o no será.” (Censier)

“La novedad es revolucionaria, la verdad también.” (Censier)

“La pasión de la destrucción es una alegría creadora. Bakunin.” (Sorbona)

“La libertad es la conciencia de la necesidad.” (Plaza de la Sorbona)

“No me liberen, yo me basto para eso.” (Nanterre)

“Todo es dadá.” (Odeón)

“Abraza a tu amor sin dejar tu fusil.” (Odeón)

“Las jóvenes rojas cada vez más hermosas.” (Medicina)

“La revuelta y solamente la revuelta es creadora de la luz, y esta luz no puede tomar sino tres caminos: la poesía, la libertad y el amor. Breton.” (Facultad de Derecho - Assas)

“Aprende a cantar La Internacional.” (Barrio Latino)

“No puede volver a dormir tranquilo aquel que una vez abrió los ojos.” (Nanterre)

“La acción permite superar las divisiones y encontrar soluciones. La acción está en la calle.” (Ciencias Políticas)

“El levantamiento de los adoquines de las calles constituye la aurora de la destrucción del urbanismo.” (Sorbona)

“Acumulen rabia.” (Nanterre)

“Exagerar, ésa es el arma.” (Censier)

“La belleza será convulsiva o no será. Breton.” (Sorbona)

2. Sería interesante buscar artículos periodísticos de la época que den cuenta de los conflictos analizados en el módulo con el objeto de que puedan ser utilizados para trabajar con los alumnos.

Sugerencias fílmicas para ampliar y contrastar

Los inundados, Fernando Birri, 1960.

Este es el romance del Aniceto y la Francisca, de cómo quedó

trunco, comenzó la tristeza... y unas pocas cosas más... Leonardo Favio (1965)

Los traidores, Raymundo Gleyzer, 1973.

Los hijos de Fierro, Fernando Solanas, 1975.

³⁷ Citados en <http://www.galeon.com/elortiba>.

Bibliografía

- BASCHETTI, Roberto, *Documentos de la Resistencia Peronista 1955-1970*. Puntosur Editores, Buenos Aires, 1988.
- BRENAN, James P., *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba 1955-1976*, Sudamericana, Buenos Aires, 1996.
- CAVAROZZI, Marcelo, *Autoritarismo y democracia (1955-1966). La transición del Estado al mercado en la Argentina*, Ariel, Buenos Aires, 1997.
- GILLESPIE, Richard, *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Grijalvo, Buenos Aires, 1987.
- GIUNTA, Andrea, *Vanguardia, internacionalismo y política. Arte argentino en los años 60*, Paidós, Buenos Aires, 2001.
- JAMES, Daniel, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976*, Sudamericana, Buenos Aires, 1990.
- JAMES, Daniel (compilador), *Nueva historia argentina*, tomo IX, Sudamericana, Buenos Aires, 2003.
- MATTINI, Luis, *Hombres y mujeres del PRT-ERP de Tucumán a la Tablada*, Ed. de la Campana, La Plata, 1995.
- NICANOFF, Sergio y CASTELLANO, Axel, *Las primeras experiencias guerrilleras en la Argentina. La historia del Vasco Bengochea y las Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional*, Centro Cultural de la Cooperación, Cuaderno 29, Buenos Aires, 2004.
- NICANOFF, Sergio y RODRÍGUEZ, Sebastián, “La Revolución Argentina y la crisis de la sociedad posperonista”, en *Pasados presentes. Estado, economía y conflicto social en Argentina contemporánea*, Editorial Dialektik, Buenos Aires, 2006.
- O’DONNELL, Guillermo, *El Estado burocrático autoritario*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1996, 2ª edición.
- PUJOL, Sergio, *La década rebelde*, Emecé, Buenos Aires, 2002.
- SABATO, Jorge y SCHVARZER, Jorge, “Funcionamiento de la economía y poder político en la Argentina: trabajar para la democracia”, en Jorge Sabato, *La clase dominante en la Argentina moderna: formación y características*, Imago Mundi, Buenos Aires, 1991.
- SCIRICA, Elena, “Proscripción, modernización capitalista y crisis”, en *Pasados presentes. Estado, economía y conflicto social en Argentina contemporánea*, Editorial Dialektik, Buenos Aires, 2006.
- SIGAL, Silvia, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Puntosur, Buenos Aires, 1991.
- TERÁN, Oscar, *Nuestros años sesenta: la formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina 1956-1966*, Puntosur, Buenos Aires, 1991.
- VEZZETTI, Hugo, *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002.



La última dictadura (1976-1983)

***Tiempo de revancha,*
Adolfo Aristarain, 1981**

Introducción

A treinta años de la última dictadura, *Tiempo de revancha* ha quedado establecida como un hito del deshielo cultural, la voz del cine que rompió el silencio a través de una escena paradójica: frente al espejo Pedro Bengoa se enmudecía para siempre obligándose a resistir en su guerra de silencio. La resistencia de un hombre solo, del individuo aislado frente a un sistema corporativo, representaba la experiencia de silencio y reclusión bajo la dictadura. Treinta años después, *Tiempo de revancha* vuelve a introducirnos en ese aspecto de la vida totalitaria: la soledad y el temor frente al Estado represivo que patrulla los rincones de la sociedad.

Sin embargo, la película que hemos seleccionado podría transmitir una imagen fragmentaria del cotidiano en la última dictadura si no la completáramos con otros materiales que reflejen el reverso de la relación Estado-sociedad durante esos años: la comunicación permanente que el régimen ponía en juego, articulando empresas colectivas de escala nacional a través de los medios para lograr concitar una masiva y exaltada convocatoria. Curiosamente, la dictadura que buscó aislar a los individuos interviniendo sindicatos y clausurando una buena cantidad de organizaciones civiles,

promovió con éxito lugares de “reencuentro nacional”, movilizaciones que resultaron masivas cuando el régimen pulsó la tecla del nacionalismo. Las plazas llenas de la dictadura durante los festejos del Mundial 78 y durante Malvinas son la contracara de la soledad de Bengoa. *La fiesta de todos*, película que el régimen militar encargó al director Sergio Renán, puede resultar un buen complemento para examinar la compleja relación entre el régimen y buena parte de la sociedad argentina. La soledad del hombre-masa que llenó las plazas de la dictadura es muy diferente de la de Bengoa, un ex sindicalista que poseía un mundo propio resistente para contraponer al régimen. La dictadura que podía aislarlo de su presente, no podía separarlo de su pasado.

Tiempo de revancha nos vincula también con las dos embestidas más feroces del último régimen militar: el genocidio y la desindustrialización selectiva en función de un giro financiero de la economía. La empresa Tulsaco perteneciente al Grupo Ventura es un arquetipo de las agrupaciones económicas más beneficiadas durante la dictadura, de acuerdo con los más recientes estudios compilados por Alfredo Pucciarelli: adjudicaciones estatales en condiciones muy ventajosas (privatización periférica) y especulación financiera.³⁸ La simulación productiva de esta empresa nos

³⁸ Alfredo Pucciarelli, *Empresarios, tecnócratas y militares. La trama corporativa de la última dictadura*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2004.



remite con detalles al modelo de acumulación económica que se instaló en la gestión de Martínez de Hoz, actualmente denominado “valorización financiera”. La empresa finge buscar cobre donde no lo hay, con el verdadero propósito de acceder a créditos internacionales para volcarlos a la “bicicleta financiera”, es decir, a las altísimas tasas de interés que daban los bancos locales. Cuando se estrena la película en julio de 1981, las consecuencias de este mecanismo especulativo ya eran perceptibles: desindustrialización, endeudamiento estatal, desocupación, fuga de capitales, financiamiento por comunidad de la fiesta especulativa. Tulsaco y el Grupo Ventura con sus “42 empresas líderes”, tenían la inserción propia de las burguesías locales que se hicieron dominantes: un pie en la “patria contratista” y otro en la “patria financiera”.

Menos explícitos son los recursos mediante los cuales el filme de Aristarain nos introduce en el mundo del terror que construyó la última dictadura. Realizaciones posteriores como *Garage Olimpo* (1999) pudieron abordar sin alegorías el espacio de dominación totalitaria más absoluto que el régimen construyó en los más de 360 centros clandestinos de detención, tortura y asesinato de prisione-

ros. Pero en 1981 *Tiempo de revancha* debió valerse de mecanismos más sutiles para referir al Estado terrorista, una estrategia de alusión que Aristarain denominaría más tarde “trampa narrativa”, destinada a sortear la censura. La película es en sí misma un testimonio de las estrategias narrativas que debían emplearse para llegar a circuitos de comunicación más amplios y mostrar desde allí lo que el cerco oficial de información negaba explícitamente, al vincular esas denuncias con una supuesta “campaña antiargentina”. La automutilación de Bengoa quedaría grabada en el imaginario histórico como un modo paradójico de romper el silencio.

Pero no todas las denuncias de *Tiempo de revancha* buscan protegerse en un modo figurado de referir a la dictadura. La escena en que desde un Ford Falcon color verde el escuadrón paramilitar de la corporación Ventura arroja a los pies de Bengoa el cadáver del compañero que había testificado a su favor, mostraba de un modo prácticamente explícito el accionar de los grupos de tareas, los comandos del ejército nocturno que llevaron a cabo la empresa de secuestro y asesinato de miles de personas categorizadas como “subversivos” por el Estado terrorista. Lo más asombroso de *Tiempo de revancha* no es tanto su “trampa narrativa” sino lo mucho que denuncia de un



modo no explícito pero sí evidente. Que no haya sido prohibida en 1981 tal vez sea lo primero que sorprenda. A pesar de la estrategia narrativa del filme, consistente en no implicar al Estado en el accionar delictivo del Grupo Ventura, no deja de ser asombroso que *Tiempo de revancha* haya sorteado la censura.

¿Cuál pudo haber sido la lectura de los censores que la dejaron pasar? Especular sobre una hipotética interpretación desde las necesidades del régimen puede ser revelador del particular momento de deshielo, intento de reconciliación y pérdida del control sobre las voces opositoras que atravesaba la dictadura en 1981, bajo la presidencia de Viola. Del mismo modo, analizar con los alumnos la recepción de la crítica en la semana del estreno puede resultar una eficaz actividad de acercamiento a la visión del público de aquel entonces. ¿Eran las pistas y alusiones de *Tiempo de revancha* sobre los crímenes represivos y económicos de la dictadura tan evidentes como hoy nos resultan? ¿O bien, en el contexto de una sociedad no enterada del todo, “pistas” como la del Ford Falcon no aludían categóricamente al genocidio, como sucedería años después? Estos ejercicios resultan útiles para intentar reconstruir la visión predominante que la sociedad tenía del régimen en aquellos años, sin confundirla con la visión mayoritaria que esa misma sociedad elaboraría tiempo después.

A continuación presentaremos ciertas coordenadas para abordar la última dictadura sobre la base de los estudios que más



se han destacado en los últimos treinta años. Sólo entonces podremos interrogar la riqueza histórica de *Tiempo de revancha* en tanto testimonio de la época más cruenta de la Argentina. No existe un período histórico de nuestro país que haya sido abordado por el cine más que éste. El grueso de los directores nacionales de mayor renombre han abordado algún aspecto de la dictadura militar: Aristarain, Ayala, Murúa, Olivera, Solanas, Puenzo, Agresti, Piñeyro. Los aspectos tratados han sido en verdad múltiples, desde la euforia especulativa y consumista que vivió la clase media con el dólar barato (*Plata dulce*, 1982), hasta el oficio de la censura (*El censor*, 1995) y la vida en el exilio (*El exilio de Gardel*, 1986; *Mirta de Liniers a Estambul*, 1987). El tratamiento cinematográfico en torno del genocidio, los desaparecidos y la memoria del pasado siniestro ha constituido un verdadero campo temático dentro del cine nacional. Lo mismo sucedió a propósito de la guerra de Malvinas y su posguerra, como veremos en el siguiente capítulo.



Llamativamente, a diferencia de los cineastas, los historiadores se han ocupado en muy escasa medida de la última dictadura. A treinta años del golpe no se ha configurado un campo historiográfico sobre el período. Dejando de lado los trabajos de Guillermo O'Donnell, hasta la reciente publicación de *La dictadura militar*, de Marcos Novaro y Vicente Palermo, no sobresalían aportes sustanciales a la interpretación global de la dictadura iniciada por Rodolfo Walsh en 1977 y completada más tarde por las investigaciones periodísticas de Uriarte, Verbitsky, Seoane y Muleiro, entre otros. A diferencia del periodismo de denuncia y de la literatura de ficción, que en más de un aspecto se enriquecieron con el tratamiento de la dictadura, el campo estricto de la historia y la historiografía de nuestro país se ha nutrido muy poco con el abordaje de la experiencia más totalitaria de la Argentina. La marca del terror se hizo sentir en las revisiones del pasado nacional,

pero rara vez han sido los historiadores quienes delinearon esas visiones. Su intervención ha sido tangencial. A diferencia de sociólogos y politólogos, los historiadores de la primera línea del campo académico que han abordado el tema lo han hecho de una manera subsidiaria de otros temas. Las historias inte-

grales de la dictadura no han sido escritas por ellos, y algunos han alegado la imposibilidad de hacerlo a tan poco tiempo de la experiencia traumática. Desde luego que existen discusiones subyacentes y aun explícitas en distintos tipos de materiales, como la que, por ejemplo, podríamos recomponer sobre el final del régimen: ¿caído o derrocado? ¿Transición a la democracia conquistada desde abajo, o por derrumbe desde arriba, es decir, “democratización por colapso”?³⁹ Otro punto de debate se ha dado en torno del desguace económico, que ha sido visto como “intencional” por algunos y como “indeliberado” por otros. Pero estas “líneas de fractura” apenas hoy comienzan a convertirse en contraposiciones más desarrolladas.

Si, en un intento por adelantarnos a lo que pudiera deparar la incur-



39 Guillermo O'Donnell y Philip Schmitter, *Transiciones desde un gobierno autoritario*, vol. 4: *Conclusiones tentativas sobre democracias inciertas*, Paidós, Buenos Aires, 1988.

sión demorada de los historiadores, nos preguntásemos qué podría aportar la perspectiva histórica a la comprensión de un período tan abordado por otros saberes, géneros y disciplinas, deberíamos empezar por la capacidad que los historiadores suelen desarrollar con más conciencia: su entrenamiento para ir y venir en la línea del tiempo, rastreando rupturas y continuidades subterráneas; su capacidad para complejizar las explicaciones causales a partir de la contemplación de una multiplicidad de factores.

Colocar el último régimen militar en el espejo de la historia no implica solamente compararlo con otras dictaduras, especialmente la dictadura de Onganía y la chilena de Pinochet. Implica además comprobar en qué medida pueden resultar reveladoras ciertas preguntas que algunos estudiosos se han hecho a propósito de casos históricos más alejados en el tiempo y el espacio, como la Alemania nazi, por muy distintos que sean los contextos y las finalidades. Poner a prueba perspectivas y saberes contruïdos en relación con otras dictaduras contrarrevolucionarias puede ayudar a desentrañar lo específico de la dictadura argentina que más evidenció ciertas formas y contenidos propios de los regímenes denominados “totalitarios”.

Los trabajos de Hugo Vezzetti y de Novaro y Palermo, publicados en 2002 y 2003 respectivamente, tal vez preludien una regeneración de los estudios centrados en la dictadura.⁴⁰ El primero ofrece un mapa de las representaciones sobre el Proceso y los años previos construidas colectivamente en el período de la democracia. El segundo libro presenta como principales aportes una detallada reconstrucción de las contradicciones dinámicas del régimen en el plano político y económico, así como un complejo rastreo de los apoyos y resistencias que concitó una dictadura mucho menos solitaria de lo que prefirió recordar el imaginario histórico configurado en 1983.

Introducción al análisis de la última dictadura

El eje de los cinco conflictos

El eje de los cinco conflictos que planteamos como guía del período 1955-1973, es ahora conducente para aproximarnos a la última dictadura. El “proceso de reorganización nacional” puede ser visto como una ofensiva derivada de cada uno de los conflictos que hemos examinado en el capítulo anterior. El propósito del régimen era comandar una ofensiva final de las

⁴⁰ Hugo Vezzetti, *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002. Marcos Novaro y Vicente Palermo, *La dictadura militar 1976-1983. Del golpe de Estado a la restauración democrática*, Paidós, Buenos Aires, 2003.



fuerzas reaccionarias contra la diversidad de las fuerzas insurgentes, contestatarias y críticas del orden económico dominante.

1) Fue sin duda la ofensiva más cruenta de las fuerzas represivas anticomunistas contra las organizaciones armadas de izquierda y contra todo el arco de la protesta social post Cordobazo. Nunca antes el Estado militarizado había montado una maquinaria de secuestro y exterminio dirigida a eliminar a una categoría de personas delimitada y difundida por la propaganda oficial.

2) La última dictadura intentó llevar a cabo la desperonización más profunda de la sociedad y de la economía, vengando así el fracaso de las dictaduras de 1955 y 1966. A los ojos de los militares del 76, aquéllas habían sido intervenciones superficiales e insuficientes para eliminar la experiencia peronista de la Argentina. El Ejército se proponía ahora un embate incomparablemente más abarcador y terrorífico para disciplinar la estructura social desde los cimientos, eliminando las diversas protestas que en ella latían. Para arrinconar lo más revolucionario del peronismo de izquierda contarían con la asistencia de las formaciones del peronismo de derecha que habían comenzado la contrarrevolución a partir de 1974.

3) La última dictadura fue también la contraofensiva más decidida del capital industrial intensivo contra el sindicalismo clasista y los trabajadores. En algunas plantas automotrices fue secuestrada y asesinada la totalidad de los integrantes de las últimas comisiones internas. El amordazamiento y la inmovilidad sindical hasta 1981 no tuvieron antecedentes en la historia argentina del siglo XX. Muy pronto los salarios cayeron cerca de un 40 %.

4) Respecto del conflicto interburgués analizado por Juan Carlos Portantiero, la política económica de Martínez de Hoz puede ser conceptuada como la tentativa más decidida de “desempate” que las burguesías desarrollista, financiera y agrícola emprendieron contra la burguesía de industrias sustitutivas nacionales y livianas (ISI).

5) Por último, esta dictadura superó a la de 1966 en su intento de congelar las transgresiones culturales y todo relajamiento de las pautas tradicionales en las formas de vida. El catolicismo integrista contó esta vez con un marco de terror a su favor para intentar moldear a los jóvenes. El “apagón cultural” enterró los circuitos de la cultura contestataria y los obligó a sobrevivir en estado de larva hasta el des-

helo de 1980. El sector esnob que siempre ocupa un lugar dentro del amplio espectro de la cultura joven, fue en los primeros años de la dictadura un componente dominante: la subcultura “cheta” escaló posiciones e impuso la pauta musical, de vestimenta y de accesorios entre 1977 y 1980.

1966 y 1976: elementos comunes y diferenciales

Otro eje consiste en comparar esta dictadura con su antecesora en función de captar los rasgos singulares de cada una. Sin duda que hay elementos comunes entre ellas: eran dos dictaduras militares anticomunistas que pretendían clausurar el espacio electoral por tiempo indeterminado. Dos dictaduras sintonizadas en la Doctrina de la Seguridad Nacional, que trazaba coordenadas de acción a los ejércitos golpistas del continente, aunque desde luego Onganía y Videla comandaron escaladas represivas de muy distinto calibre.

Otra diferencia consistió en que la dictadura de 1966 se había basado en un esquema presidencialista. Rodeado de tecnócratas civiles, Onganía había procurado una imagen civil ante la sociedad, por eso apartó del gobierno y la administración a las fuerzas armadas. Por el contrario, el esquema de poder y reparto institucional de la última dictadura se basó en un gobierno pleno de las fuerzas armadas, un copamiento masivo de los militares sobre las instituciones del Estado que superó al

del golpe de 1943. El involucramiento administrativo de las tres fuerzas fue poco menos que una obsesión de la conducción golpista que comandaba al Ejército en la nueva toma del poder. La corresponsabilidad en las tareas de gobierno a través de un reparto burocrático equitativo tenía como fin afianzar la comunión entre las fracciones militares dispuestas a llevar a cabo el genocidio clandestino y a mantener indefinidamente un pacto de silencio en torno de él. Desde luego, los miembros de las fuerzas armadas no alcanzaron a cubrir ni la mitad de los cargos públicos relevantes. Los llamados “amigos del Proceso” —reclutados en la derecha del peronismo, del radicalismo, y en partidos conservadores provinciales— ocuparon embajadas, intendencias, ministerios y empresas estatales.

Otra diferencia significativa entre las dos dictaduras la encontraremos en torno del proyecto económico. A diferencia del plan desarrollista de 1966, basado en el despegue de industrias difíciles bajo el patrocinio de las transnacionales, el Proceso de 1976 configuró un modelo de valorización financiera y desindustrialización selectiva que, como veremos, implicaría el desguace de significativas parcelas de la industria argentina. Si bien pueden establecerse continuidades entre los grupos económicos





locales más beneficiados en una y otra dictadura, y en los mecanismos de “privatización periférica” basados en adjudicaciones de privilegio en uno y en otro caso, hay en principio dos puntos contrastantes. La dictadura de 1966 no abrió violentamente la economía en contra de las vulnerables industrias livianas de capital nacional. El énfasis había estado puesto en el salto industrial cualitativo, y no en reducir las “industrias artificiales”, que para la conducción golpista de 1976 constituían la cantera de la indisciplina obrera. Mientras Onganía y Krieger Vassena habían seguido el camino industrialista de la dictadura brasileña lanzada al poder en 1964, Videla y Martínez de Hoz tenían como referencia la dictadura de Pinochet (1973), aconsejada directamente por el principal exponente de la escuela económica de la Universidad de Chicago, Milton Friedman, quien en 1976 recibiría el Premio Nobel.

Proceso se dio el gusto de hacerlo en más de una oportunidad, mientras funcionaron sus ficciones nacionales. Implementó dispositivos consensuales abrumadores. A partir del control de los medios se dirigió a la sociedad argentina como ningún otro régimen lo había hecho. Intentó movilizar continuamente a los argentinos contra enemigos que la corporación militar determinaba internamente y luego proyectaba a la nación toda: subversión, campaña antiargentina, Chile, Inglaterra, a su turno fueron llevados al primer plano de la enemistad nacional. Este eje de convocatorias nacionales confrontativas será analizado en el siguiente capítulo de aproximación a la guerra de Malvinas y su posguerra, a través del documental *Locos de la bandera*.

Genocidio: el grado sumo de la premeditación



En segundo lugar, a diferencia del ensayo corporativista previsto por Onganía para perpetuarse en el poder, la última dictadura apeló a un modo inédito de entablar conexiones con la sociedad. A diferencia de las dictaduras de 1955 y 1966, que nunca habían logrado llenar una plaza de rostro popular a su favor, el

Un genocidio no es sólo una matanza masiva de personas. En un sentido estricto, implica la puesta marcha de engranajes dirigidos a una matanza colectiva, mecanismos previstos para llevar adelante lo que se ha llamado “matanza administrada” o “fábrica de la muerte”. Se trata de un crimen masivo de personas previamente cercadas por el Estado en una categoría (étnica, nacional, religiosa, ideológica) establecida a los efectos de ser eliminada. En el caso argentino no correspondía a categoría religiosa ni se trató de una “limpieza étnica”. El común

denominador de las víctimas fue su participación en la lucha política y social, armada o desarmada, con miras revolucionarias o resistentes: guerrilleros, sindicalistas y obreros afines al clasismo, militantes barriales, estudiantes e intelectuales consustanciados con el amplio espectro de la izquierda impugnadora del orden social imperante.

El primer paso de todo genocidio consiste en precisar la categoría de quienes serán eliminados y en difundir su demonización en el seno de las instituciones represivas que lo llevarán a cabo. Luego actúan los escuadrones de captura y separación de los prisioneros del resto de la sociedad, por lo común en espacios clandestinos. Algunos genocidios procedieron rápidamente al exterminio de los cautivos, pero otros, como el argentino, interpusieron una etapa de reclusión y suplicio, donde se construyó el espacio más cruel destinado directamente a los prisioneros e indirectamente a la población externa. En la maquinaria de secuestro, reclusión y muerte intervienen una multitud de individuos que alternan en las tareas dirigidas al exterminio: escuadrones de secuestro, carceleros de los centros de detención, torturadores, encargados de la ejecución final. La maquinaria de la muerte implica entonces instancias ideológicas y materiales, administrativas e incluso técnicas, como la fabricación del somnífero “pentanaval”, que sería suministrado a los prisioneros arrojados al océano Atlántico o al río de la Plata en los



llamados “vuelos de la muerte”. Un genocidio conlleva un inmenso despliegue de logística, instalaciones y planificación institucional. Implica un tiempo extendido de elaboración, y es aquí donde reside uno de sus mayores agravantes: no se trata solamente de un crimen masivo llevado adelante por el Estado de manera clandestina, sino de un engranaje de la muerte extremadamente premeditado en circunstancias propicias para la reflexión y el arrepentimiento. Una cadena de mandos que en un tiempo extendido planifica el engranaje y luego concreta su funcionamiento en un período también prolongado (años 76, 77 y verano del 78), perfeccionando el método. En la tortura física y psicológica, sistemáticamente preparada, y en el largo período de premeditación, reside la carga de mal superlativo que hace incomparable el genocidio de la última dictadura con otros crímenes políticos que se habían producido en la Argentina.

Se ha estimado que uno de cada diez militares participó directamente en las instancias de captura, reclusión, tortura y muerte, siendo parte activa del “ejército



nocturno”, que respondía a los más altos mandos del “ejército diurno”. Dentro de las fuerzas armadas estos miembros tenían el estatus de “formaciones de élite”, vinculadas al núcleo duro de la ideología anticomunista que dominaba en las tres armas. Los altos mandos habían acordado el plan de acción durante el año 75, en reuniones donde participaron la totalidad de los brigadieres, generales y almirantes.

La demonización del insurgente revolucionario se remonta a las escaladas represivas de 1909 y 1919, los primeros “pánicos rojos” dirigidos contra militantes anarquistas en el contexto de una exaltación nacional contra las “clases peligrosas” provenientes del extranjero.



Los golpes de Estado de 1930, 1943, 1955 y 1966 también emprendieron incursiones represivas contra grupos ten-

dencialmente revolucionarios ligados al sindicalismo de izquierda. La lenta conformación de una ideología potencialmente genocida es por tanto rastreable a través del tiempo. Pero el grado sumo de la demonización necesaria para que la “solución final” se llevara a cabo encontró sus factores de potenciación a partir de 1973. El momento se corresponde con la mayor

intensidad de la confrontación entre el capitalismo anticomunista y las organizaciones guerrilleras revolucionarias en el nivel mundial, continental y nacional. La figuración del insurgente revolucionario como un “virus” de expansión incontrolable era cada vez menos metafórica en el seno de las fuerzas armadas. Sectores bien establecidos del peronismo de gobierno habían iniciado la cacería de los años 74 y 75. Empresarios de grandes corporaciones, políticos conservadores, Henry Kissinger en representación de Estados Unidos y otros factores de poder habían dado el visto bueno. La jerarquía de la Iglesia brindó los argumentos y la asistencia religiosa que los militares católicos necesitaron para llevar adelante el plan. Además de los capellanes del Ejército, algunos obispos elaboraron la teoría de que el alma de las víctimas estaba siendo salvada por su sangre, de que la Argentina era redimida a través de ese dolor.

Otro factor que explica las matanzas masivas de prisioneros del año 77 y verano del 78 fue la competencia interna por el poder. Como señaló Claudio Uriarte en su biografía de Massera, la lógica que funcionaba en la competencia entre la conducción Videla-Viola, por un lado, Massera y los llamados duros del Ejército, por el otro, repercutió en una mayor intensidad del genocidio: quien más prisioneros tenía y más a fondo iba en la persecución y en el exterminio, adquiría más prestigio en el seno de la corporación, y así aumentaban



sus chances de concitar el apoyo de las fuerzas armadas, al mostrarse fiel y decidido a cumplir el pacto corporativo establecido en 1975.⁴¹

Dictadura y sociedad: complicidad, sometimiento y resistencia

Dos imágenes distorsionadas compiten por llegar a las generaciones posdictadura sobre aquella época. La imagen de una sociedad cómplice, o la de una sociedad enteramente inocente, frente a una dictadura solitaria. En consonancia con la primavera cívica de 1983, la resonante película dirigida por Miguel Pérez, con guión de Luis Gregorich y producción de Enrique Vanoli, *La República perdida*, alegó esta pureza de la sociedad civil y de su clase dirigente no conservadora. La integridad del pueblo se proyectaba al pasado a propósito de todos los golpes militares.⁴² Según los términos que el propio Gregorich utilizaba en su texto base, en 1976 las minorías “agresivas y carentes de votos” se habían impuesto una vez más sobre los partidos de “las mayorías nacionales”, que al fin de cuentas habían encontrado en el radicalismo y en el peronismo a “los intérpretes más adecuados de la voluntad nacional”.⁴³ El

reciente estudio de Novaro y Palermo nos permite superar las imágenes dicotómicas, al distinguir una amplia gama de actitudes complejas y cambiantes a lo largo de los casi ocho años que duró el Proceso:

I. El apoyo “propositivo”, entusiasta y duradero de la Iglesia, los partidos conservadores provinciales, los medios de comunicación apologeticos, buena parte de las asociaciones empresariales y ejecutivos partícipes de la represión en las fábricas. De un segmento significativo del peronismo de gobierno partícipe de la cacería estatal de 1975. De dirigentes territoriales del PJ y de la UCR que conformaron un buen porcentaje de los intendentes.

II. El respaldo condicional, oportunista, dosificado y negociador de las figuras más relevantes de los partidos mayoritarios (UCR, PJ, PI, DC), del Partido Comunista argentino y de buena parte de los medios de comunicación masivos, que contribuyeron al “espejismo” de acompañamiento. De artistas e intelectuales vinculados al “apagón cultural”.

III. El respaldo inicial de buena parte de la clase media, angustiada por el escenario violento, que vio en la primera aparición televisiva de la junta militar a “un gobierno de caballeros”.⁴⁴

41 Claudio Uriarte, *Almirante Cero. Biografía no autorizada de Emilio Eduardo Massera*, Planeta, Buenos Aires, 1991.

42 Marcos Novaro y Vicente Palermo, ob. cit., p. 519.

43 Luis Gregorich, *La República perdida. Crónica ilustrada de medio siglo de desencuentro argentino 1930-1983*, Sudamericana-Planeta, Buenos Aires, 1983.

44 La expresión pertenece a Jorge Luis Borges.



IV. El respaldo ocasional y eufórico de millones de argentinos manipulados por la comunicación, que apelaba al sentimiento nacional durante el Mundial 78 y Malvinas.

V. La “pasiva conformidad” de buena parte de la sociedad, doblemente condicionada por lo que Novaro y Palermo denominan “el mundo del temor” y el “mundo de la seguridad”; mundos superpuestos que propiciaron las “transacciones mentales” tendientes a “preferir no saber” o a “culpa-bilizar a las víctimas” (“Por algo será”).

VI. La resistencia silenciosa o “periférica” de diversos sectores de la clase obrera, antes y después del hundimiento económico de 1981. Las protestas sociales en los barrios periféricos contra el deterioro de la economía a partir de 1980. La resistencia sobre la base de pequeños gestos transgresores en espacios del rock nacional, y de lo que se ha dado en llamar la “cultura de las catacumbas”, en referencia a los círculos artísticos e intelectuales que emergieron lentamente a partir del aflojamiento de la censura en 1979 y 1980.

VII. La resistencia pública de las agrupaciones de derechos humanos, que surgieron en los años más duros de la represión y que perdurarían tras la caída del régimen.

VIII. La resistencia clandestina y armada de las organizaciones guerrilleras hasta que fueron definitivamente derrotadas. La resistencia clandestina de las agrupaciones de izquierda desvinculadas de la lucha armada.

IX. Y sobre el final, el grito social reprobatorio que estalló tras la derrota de Malvinas y que en gran medida fue canalizado por la Multipartidaria.

Valorización financiera y desindustrialización selectiva

Entre los analistas existe un consenso acerca de que bajo la dictadura se instaló un nuevo modelo de acumulación que se diferenciaba de los anteriores por sus constantes destructivas: desindustrialización selectiva, desocupación estructural, descenso social de las clases subalternas, desguace del patrimonio estatal, decadencia de las prestaciones sociales, endeudamiento extremo, fuga de capitales, primacía de las ganancias financieras, concentración del ingreso. La polémica principal gira en torno de lo que podríamos denominar “el problema de las intenciones”. ¿Cuánto de lo que sucedió fue deliberado, y cuánto se fue produciendo descontroladamente, contra las intenciones de la alianza entre militares y economistas liberales que comandó el golpe desde el comienzo? Los últimos estudios acerca de la economía bajo la dictadura nos permiten afirmar las siguientes precisiones sobre el proyecto y los resultados de la gestión de Martínez de Hoz.

1) **¿Existió el plan de volver a la Argentina preindustrial?** Una visión instalada en el imaginario histórico más extendido adjudica a la alianza militar-liberal de 1976 la intención de forzar un desmante-



lamiento de la Argentina industrial con el objeto de volver al país agrario anterior a 1930. Retrotraerlo cuarenta años, restaurando la supremacía de los negocios agrícolas y potenciando los financieros en desmedro de los industriales. Según esta interpretación, Videla y Martínez de Hoz habrían apuntado al desguace industrial debido a que los herederos de la burguesía terrateniente no habían encontrado la forma de dominar al proletariado urbano ni los conflictos de la Argentina industrial.

El punto débil de esta visión es que no contempla que entre los ganadores de la última dictadura habría que contar a las industrias más avanzadas del país,⁴⁵ al mismo tiempo que la política de atraso cambiario (dólar barato) de Martínez de Hoz no favoreció sostenidamente al agro, pese a la empatía de clase que lo vinculaba al sector. La noción de **desindustrialización selectiva** se ajusta mejor a los planes de Martínez de Hoz (ex director de Acindar), de los grupos económicos que serían llamados “capitanes de la industria” en los años 80 y de las industrias multinacionales establecidas en la Argentina. El objetivo de largo plazo de estos grupos dominantes no era destruir las fuentes de su ganancia industrial, sino imponerse en este espacio de la producción. Reducir indiscriminadamente la industria hubiera implicado la autodestrucción de un sector

de la burguesía perteneciente al “bloque civil” más encumbrado de la dictadura.

En todo caso, lo que los liberales del 76 de algún modo sí se habrían propuesto era volver al curso industrial planteado por el Plan Pinedo de 1940: un crecimiento basado en industrias de bienes exportables que fijara límites a la sustitución de importaciones con el objeto de recuperar los mercados externos. Es decir, avanzar en industrias con ventajas comparativas, y volver al modelo de economía abierta y crecimiento hacia afuera. La conducción de la dictadura habría estado dispuesta a desmontar o transformar, apertura económica mediante, todo lo que había crecido a contrapelo de esos principios, con el agregado de que esta vez la liberalización de la economía recompondría la dominación patronal en las fábricas. Más allá de algunas enunciaciones nostálgicas contra el mundo industrial y moderno plagado de conflictos, la meta de la conducción política y económica no habría sido otra que disciplinar a los trabajadores mediante la coacción económica y extraeconómica. Las principales corporaciones económicas que impulsaban al régimen se parecían mucho menos a una nobleza nostálgica que a una burguesía capitalista dispuesta a todos los triunfos sobre la clase obrera. La reducción del número de obreros ocupados en la economía se concretaría por un proceso selectivo

⁴⁵ Las industrias que más crecieron fueron las de bienes intermedios y capital concentrado: celulosa, siderurgia, aluminio, petroquímica, cemento.



al cabo del cual decrecerían las industrias de tecnología precaria basadas en la adición del trabajo, al mismo tiempo que se desarrollarían las industrias de capital intensivo y mano de obra escasa. El sometimiento del trabajo se lograría combinando un ataque represivo y un golpe de gracia tecnológico estimulado por la apertura económica. El orden social sería reimpuesto en cada fábrica eliminando los restos de control obrero en los ritmos de trabajo. Se fomentaría la dispersión geográfica de los polos industriales mediante regímenes de promoción impositiva que alentarán el traslado de las plantas hacia las provincias menos pobladas del territorio nacional.

2) ¿Fueron deliberados el giro financiero, el endeudamiento masivo y el derrumbe de las industrias sustitutivas? ¿O se trató más bien de una situación descontrolada que condujo a resultados no buscados por la conducción militar y económica?

Un país que recibe una enorme masa de capitales y que, lejos de ampliar su economía, destruye una parte considerable de su capacidad productiva: en la historia del capitalismo es difícil encontrar un caso tan pronunciado de valorización financiera y demolición industrial selectiva.

¿“Plan deliberado” o “desmanejo económico”? Algunos críticos que recorren la gestión en cortos tramos y cotejan cada una de las medidas con las urgencias del equipo económico y la interpretación oficial, centran las explicaciones del derrumbe en la ineficacia, los condicionamientos, el descontrol y los efectos paradójales que desataron los instrumentos utilizados.⁴⁶ Otros, que como Eduardo Basualdo alzan la vista en una perspectiva extendida, atribuyen los resultados destructivos a un plan articulado en el tiempo, con unidad de acción, que habría contemplado el modo en que, más tarde o más temprano, serían favorecidos los grandes grupos con privatizaciones como las que finalmente se concretaron en los años 90.

Así esbozadas, cada postura presenta sus atractivos y dificultades. Las tesis basadas en el “error” y en la “ingenuidad liberal” no logran explicar ni la persistencia de las políticas que condujeron al quebranto económico, ni por qué las consecuencias, nocivas para el conjunto social, beneficiaron casi siempre a los mismos sectores. La tesis basada en la idea de un “plan deliberado” enfrenta el desafío de responder de qué manera la conducción política y económica del régimen pensaba perdurar en el poder después de un “fracaso” tan rotundo.

⁴⁶ Véase, por ejemplo, Juan V. Sourrouille, Bernardo P. Kosacoff y Jorge Lucangeli, *Transnacionalización y política económica en la Argentina*, Centro Editor, Buenos Aires, 1985, cap. 2: “La política económica del gobierno militar”. Otro exponente de esta visión sería Alberto R. Jordán, *El Proceso 1976-1983*, Emecé, Buenos Aires, 1993, pp. 222-223.

Determinar con precisión qué destrucciones fueron deliberadas y cuáles no, aunque unas y otras beneficiaron a los mismos grupos y contribuyeron de todas formas al empobrecimiento de las clases subalternas, es relevante para conocer mejor las características de los poderes capitalistas de la Argentina, habida cuenta de que incluso otras dictaduras contemporáneas del Cono Sur no produjeron destrucciones equivalentes de sus economías, y que el enriquecimiento de sus grupos dominantes deparó mayores inversiones industriales.

Novaro y Palermo plantean que, entre los siguientes cuatro destinos de la economía argentina, “una economía desarrollista y quebrada”, “una economía desarrollista y pujante”, “una economía abierta y quebrada”, “una economía abierta y pujante”, la conducción política y económica del régimen habría preferido la última opción, aunque el resultado de la gestión haya sido claramente “una economía abierta y quebrada” en la cual sólo se habrían cumplido los objetivos destructivo-disciplinarios.⁴⁷ Para estos autores los resultados de la política económica sí pueden ser leídos en términos de “fracaso”. Sencillamente, no eran los resultados que la conducción se había propuesto, sino derivaciones fallidas que se habían originado en el desmanejo y en las tensiones internas del régimen. Las improvisaciones que surgían de la necesidad de subsanar las

fricciones internas fueron creando una compleja cadena de contingencias y remedios inconsistentes que acabarían siendo letales para los planes procesistas de continuidad en el poder. El régimen no habría destruido voluntariamente sus medios de perpetuación; sólo habría fracasado en su intento de compatibilizar las visiones tensionadas que pervivían en su seno.

Muy distinta resulta la visión de Basualdo, fundamentada en una mirada sistémica del período iniciado en 1976 y los veinte años posteriores. Conceptuar la última dictadura como una “fase preparatoria” de los 90, lo induce a descubrir el desarrollo pautado de un modelo de acumulación que habría proyectado valorizar el capital financiero, de acuerdo con el plan inaugurado por la conducción cívico-militar del 76. El objetivo consciente de esa conducción habría sido entonces una economía “financista y quebrada”. El declive económico de la Argentina habría sido previsto por ella y ejecutado con unidad de criterio a lo largo de los últimos veinticinco años. Desde el inicio, según esta visión, las metas principales eran: endeudamiento, fuga de capitales, disciplinamiento social y las privatizaciones que se concretarían en los años 90, cuando los acreedores internos y externos obligaran a que el Estado respondiera con sus activos más valiosos, aceptando los bonos de la deuda al 100 % de su valor nominal.

47 Novaro y Palermo, ob. cit., p. 339.



Contraponiendo los enfoques de Basualdo y de Novaro y Palermo, podemos acotar más aún la cuestión por dilucidar a los siguientes términos: ¿por qué los grupos dominantes del capitalismo argentino optaron por una “economía concentrada, financiera y quebrada”, y no por “una economía concentrada, abierta y pujante”? ¿Era el camino antiproduktivo de las peripecias financieras, el endeudamiento y la fuga de capitales, potencialmente más rentable, cómodo o preferible a los ojos de dicha burguesía? En tal caso, ¿cómo lograría recomponer su hegemonía sobre la base de resultados meramente destructivos para las clases subalternas? La pregunta es relevante aun teniendo en cuenta que no siempre las burguesías actúan conforme a una estrategia que lo contempla todo, y que no necesariamente la dominación de una clase sobre otra se edifica mediante construcciones positivas asociadas a la imagen de progreso nacional. La destrucción de la economía puede implicar mecanismos extorsivos de sometimiento como el endeudamiento externo en el momento de fijar políticas, o el disciplinamiento de los trabajadores por medio de la desocupación, la hiperinflación y la pauperización general.

A lo largo de sus trabajos Jorge Schvarzer ha desarrollado una explicación igualmente alejada del “maquiavelismo” o la “ingenuidad”.⁴⁸ Considera que el conjunto de las

decisiones marca una tendencia inequívoca del equipo económico, lo que, sumado a los antecedentes de la experiencia chilena y a la persistencia de las políticas pese a los resultados negativos, elimina la posibilidad de “ingenuidad” o “error”, sin que ello signifique que la política económica haya sido “puramente maquiavélica”. En su opinión, lo que condujo al derrumbe económico de 1981-82 fue el resultado de “un proceso de tanteos”, avalados por una ideología que iba tolerando los “errores de corto plazo” en la medida en que no dejaban de propiciar oportunidades de enriquecimiento en el sector financiero. Al mismo tiempo, todo contribuía al “camino de cornisa” que aseguraba la continuidad de Martínez de Hoz y de su equipo como timoneles de tormenta.

3) ¿En qué puntos fue neoliberal la política económica de la dictadura?

Durante la gestión de Martínez de Hoz, la política económica no fue el resultado de un plan monolíticamente establecido por la visión de una conducción atada a un solo interés ni a un solo credo económico. Por el contrario, sería el resultado de una transacción entre diversas posiciones tensionadas:

a. La inclinación neoliberal del equipo económico y de los nucleamientos del *establishment* que promocionaron a Martínez de Hoz proclamando privatizaciones, disciplina fiscal y, en definitiva, la “vuelta al mercado”.

⁴⁸ Jorge Schvarzer, *La política económica de Martínez de Hoz*, Hispamérica, Buenos Aires, 1986, pp. 139-142.



b. El nacionalismo económico y el desarrollismo aún vigente en ciertos sectores de las fuerzas armadas reacios a las privatizaciones y a toda merma industrial, para quienes, como señalan Novaro y Palermo, la dictadura “desarrollista” de Brasil constituía en estas cuestiones un referente más imitable que la “neoliberal” de Chile.⁴⁹

c. La necesidad política que tenía un autoritarismo sin recursos carismáticos de evitar ciertos niveles de imagen negativa a causa de su política económica, para lo cual debía multiplicar las obras públicas exhibiendo eficacia y, al mismo tiempo, impedir que el desempleo fuera muy alto. Sumada a estos requerimientos que elevarían los gastos del Estado debemos incluir la compra de armamentos para satisfacer las ambiciones profesionalistas de las fuerzas armadas, en función de las empresas belicistas, que, como veremos en el capítulo siguiente, eran vitales para el régimen de acuerdo con cómo sus conductores imaginaron la continuidad en el poder.

Tomando en cuenta su plan antisindical, la apertura económica y la eliminación de subsidios e intervenciones estatales anticíclicas, el discurso de Martínez de Hoz estuvo inspirado en las ideas hostiles a la economía keynesiana formuladas por Von Hayek y Milton Friedman. Sin embargo, la dictadura argentina no alcanzaría a convertirse, des-

pués de Chile, en el segundo experimento integral de las ideas neoliberales anterior a la llegada de Margaret Thatcher al poder (1979). Distintos fueron los condicionamientos que la corporación militar le impuso a su ministro de Economía, lo cual lo apartó de la renaciente ortodoxia.

En primer lugar, la conducción militar era reticente a privatizar las empresas estatales, punto de partida de cualquier agenda neoliberal-antikeynesiana. El gobierno militar promovería la filtración subterránea de la tercerización de actividades rentables, pero no concretaría privatizaciones ostensibles. La conducción encabezada por Videla no estaba dispuesta a pagar el costo simbólico que significaba la enajenación de los patrimonios nacionales, ni el costo político de la desocupación, que inevitablemente aumentaría con el traspaso de las empresas. Existen testimonios que indican que la desocupación preocupaba a la conducción del golpe. Que Videla estaba dispuesto a la baja de salarios que el capital concentrado pretendía, pero no a la imposición de la “tasa natural de desempleo” que a puertas cerradas ya proponían los seguidores de Thatcher dentro del Partido Conservador inglés. A pesar de que se trataba de una dictadura, para la conducción militar no era sencillo asumir la pérdida patrimonial, ni ante la sociedad, ni ante las

49 De 1968 a 1974 la tasa de crecimiento medio de la economía brasileña fue del 10 % y los productos manufacturados desplazaron al café como principal producto de exportación. Thomas E. Skidmore, Peter Smith, *Historia contemporánea de América Latina*, Crítica, Barcelona, 1999, p. 199.

**Pasaje de Carta abierta de Rodolfo Walsh a la Junta Militar,
Buenos Aires, 24 de marzo de 1977.**

... 6. Dictada por el Fondo Monetario Internacional según una receta que se aplica indistintamente al Zaire o a Chile, a Uruguay o Indonesia, la política económica de esa Junta sólo reconoce como beneficiarios a la vieja oligarquía ganadera, la nueva oligarquía especuladora y un grupo selecto de monopolios internacionales encabezados por la ITT, la Esso, las automotrices, la U.S. Steel, la Siemens, al que están ligados personalmente el ministro Martínez de Hoz y todos los miembros de su gabinete. Un aumento del 722 % en los precios de la producción animal en 1976 define la magnitud de la restauración oligárquica emprendida por Martínez de Hoz en consonancia con el credo de la Sociedad Rural expuesto por su presidente Celedonio Pereda: "Llena de asombro que ciertos grupos pequeños pero activos sigan insistiendo en que los alimentos deben ser baratos".

El espectáculo de una Bolsa de Comercio donde en una semana ha sido posible para algunos ganar sin trabajar el cien y el doscientos por ciento, donde hay empresas que de la noche a la mañana duplicaron su capital sin producir más que antes, la rueda loca de la especulación en dólares, letras, valores ajustables, la usura simple que ya calcula el interés por hora, son hechos bien curiosos bajo un gobierno que venía a acabar con el "festín de los corruptos".

Desnacionalizando bancos se ponen el ahorro y el crédito nacional en manos de la banca extranjera, indemnizando a la ITT y a la Siemens se premia a empresas que estafaron al Estado, devolviendo las bocas de expendio se aumentan las ganancias de la Shell y la Esso, rebajando los aranceles aduaneros se crean empleos en Hong Kong o Singapur y desocupación en la Argentina. Frente al conjunto de esos hechos cabe preguntarse quiénes son los apátridas de los comunicados oficiales, dónde están los mercenarios al servicio de intereses foráneos, cuál es la ideología que amenaza al ser nacional.

Si una propaganda abrumadora, reflejo deforme de hechos malvados no pretendiera que esa Junta procura la paz, que el general Videla defiende los derechos humanos o que el almirante Massera ama la vida, aún cabría pedir a los señores Comandantes en Jefe de las tres armas que meditaran sobre el abismo al que conducen al país tras la ilusión de ganar una guerra que, aun si mataran al último guerrillero, no haría más que empezar bajo nuevas formas, porque las causas que hace más de veinte años mueven la resistencia del pueblo argentino no estarán desaparecidas sino agravadas por el recuerdo del estrago causado y la revelación de las atrocidades cometidas. Estas son las reflexiones que en el primer aniversario de su infausto gobierno he querido hacer llegar a los miembros de esa Junta, sin esperanza de ser escuchado, con la certeza de ser perseguido, pero fiel al compromiso que asumí hace mucho tiempo de dar testimonio en momentos difíciles.

propias fuerzas armadas, dentro de las cuales el pensamiento económico no era homogéneo, aun cuando los liberales se habían establecido en la cima del Ejército. Las privatizaciones chocarían con el matiz nacionalista y desarrollista que pervivía entre los militares, y

particularmente Videla, cuyo liderazgo no era comparable al que había construido Pinochet en Chile, priorizaba la unidad del frente militar para evitar fracturas que agravaran la competencia por el poder. Mantener las empresas en manos del Estado también le permitía incrementar el botín burocrático para las tres fuerzas, lo que contribuía al involucramiento total de cada una de ellas.

En segundo término, la corporación militar tampoco constituía el instrumento más adecuado para la aplicación de un programa monetarista debido a que, lejos de reducir los gastos deficitarios para desinflacionar la economía, necesitaba aumentarlos para rearme y obras públicas. Armas para satisfacer las inquietudes profesionales de las FF. AA., y autopistas y represas para jactarse de su eficacia operativa ante la sociedad. Según el Instituto de Estocolmo de Investigaciones para la Paz, el gasto en armamentos de la dictadura argentina entre 1980 y 1982 superó los 15.000 millones de dólares.⁵⁰ A estos gastos se sumó el peso deficitario de las empresas estatales, que en muchos casos aumentó por el auge de prebendas durante la privatización periférica. En este punto puede establecerse otra diferencia con la política económica implementada en Chile, donde el presupuesto estatal procuró reducirse en un 25 %, siguiendo los consejos de Milton Friedman en 1975.⁵¹

⁵⁰ Horacio Verbitsky, ob. cit., p. 235.

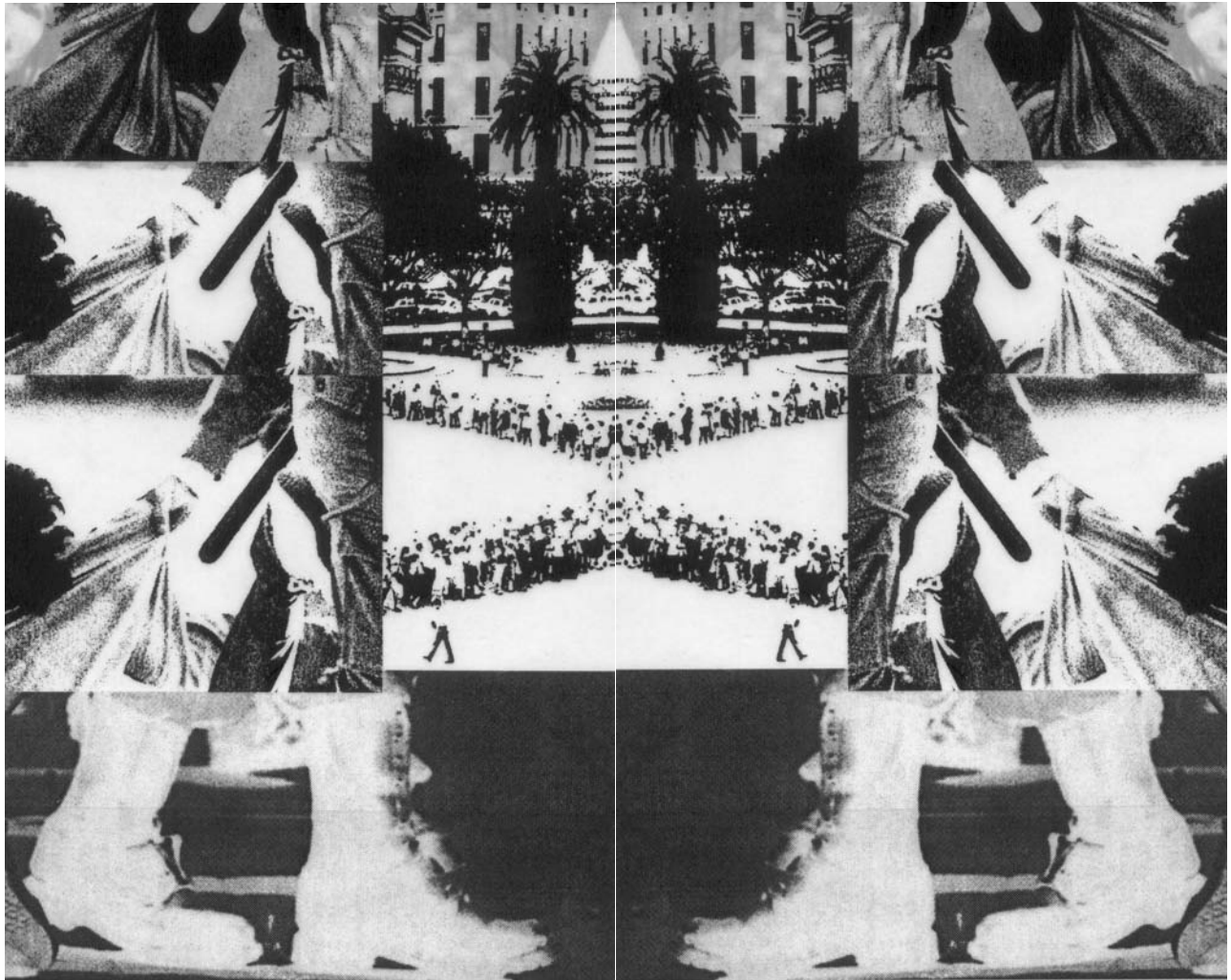
⁵¹ La reducción del gasto público y las privatizaciones constituyen las principales concreciones por las cuales el caso trasandino sería conceptuado como "modelo puro" en materia de programas neoliberales.

**Cuadro comparativo entre el modelo de acumulación basado en industrias sustitutivas de importaciones y el modelo de la valorización financiera.
Confeccionao por Ariel Filadoro.⁵²**

	ISI (1930-1976)	VALORIZACIÓN FINANCIERA (1976-¿2001?)
Sectores de importancia en estructura económica (generación)	INDUSTRIAL: Esfera de generación de valor en la industria sustitutiva	FINANCIERA: Esfera de la apropiación.
Nivel de industrialización	Relativamente creciente	Desindustrialización (decreciente)
Desempleo	Bajo 4%	Desempleo creciente (Destrucción de puestos de trabajo) más del 25% Precarización de las condiciones de trabajo
Endeudamiento	Bajo	Muy Alto
Distribución del ingreso	Más equitativa (entre 50/50 y 60/40) ⁵³	Regresiva (80/20 en la actualidad)
Dinámica social	Incluyente. Círculo virtuoso de crecimiento, ampliación de la demanda	Excluyente
Problema de Dólares (BDP)	Problemas estructurales: crisis de balance de pagos recurrente	Agravamiento
Propiedad de las empresas	Mayoritariamente local	Mayoritariamente extranjera
Actores	Empate hegemónico	Desempate hegemónico (revancha de clase)

⁵² Véase un desarrollo de esta comparación en Ariel Filadoro, “Los noventa: del éxito al fracaso... ¿de quién?, en *Pasados presentes. Política, economía y conflicto social en la historia argentina contemporánea*, Dialektik, Buenos Aires, 2006.

⁵³ Porcentajes del ingreso nacional de asalariados y no asalariados.



Tiempo de revancha: el exilio interno y la resistencia del hombre solo

En la primera escena de *Tiempo de revancha* queda presentada buena parte del “bloque de poder” que dominó en la dictadura junto a las instituciones militares: el edificio corporativo en Retiro, la bandera nacional y la faz religiosa. Así comienza una ficción muy intensa, cargada de referencias sobre “lo macro” y “lo micro”, los alcances represivos y la vida cotidiana bajo la dictadura a través de la historia de Bengoa y su exilio interno.

La primera conversación de Bengoa con el gerente de Tulsaco permite percibir los mecanismos sutiles de dominación que complementaron la embestida represiva. El gerente se da cuenta de que Bengoa fue sindicalista, y aunque éste se muestra amoldado (“La política es para los políticos”), le hace preguntas para ver cuánto se autohumilla. “Cinco años sin trabajar”, le reitera, y está todo dicho: era evidente que Bengoa había tenido un problema a partir del año emblemático: 1976. La conversación cínica sobre la dictadura nos introduce a mecanismos subrepticios de comunicación que el régimen desarrolló en forma paralela a las declaraciones oficiales. Para Ricardo Piglia existió en esos años un segundo plano de la comunicación que copiaba la estructura del relato del terror: el “decir todo y no decir nada”.⁵⁴ Los servicios habrían manejado modos de intimidar en clave. Los carteles “Zona de

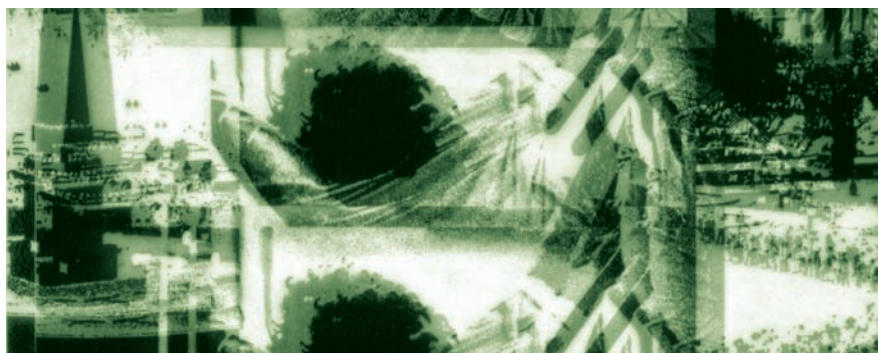
detención” que reemplazaron las viejas paradas de colectivos son un ejemplo de la comunicación elíptica. Otro ejemplo de doble sentido implícito era el eslogan “El silencio es salud”, que el intendente Osvaldo Cacciatore exhibió en el obelisco porteño con el supuesto propósito de disminuir el uso de las bocinas de los automóviles. Si se mira atentamente la luneta trasera del taxi en que viajan Bengoa y su abogado Larsen, podrá verse una calcomanía de esta campaña, mediante la cual el Estado sugería el “no te metás”. De igual modo, el lenguaje del gerente (Ranni) está cargado de amenazas que no se expresan.

El encuentro entre Bengoa y su padre, anarquista y encuadernador, nos habla de la resignación, y de los argumentos más comunes para autoexcusarse y sobrevivir en el exilio interior. “Fui al frente y me dejaron solo” nos remite a las transacciones mentales que Novaro y Palermo examinan cuidadosamente en su trabajo.⁵⁵ Para analizar este punto del retiro a la esfera privada son excelentes los trabajos de Guillermo O’Donnell.⁵⁶ Para este autor el repliegue al mundo privado habría comenzado dos años antes del golpe. Los ciclos de oscilación entre la participación en los asuntos públicos y el retraimiento a la esfera privada individual descubiertos por Albert Hirschman serían aplica-

54 Ricardo Piglia, *Crítica y ficción*, Seix Barral, Buenos Aires, 2000, pp. 44, 113-116 y 212.

55 Novaro y Palermo, ob. cit., véase el apartado “Seguridad y temor: la vida cotidiana en los primeros años del Proceso”, pp. 123-149.

56 Guillermo O’Donnell, *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Paidós, Buenos Aires, 1997, cap. 5.



bles al caso argentino. El desgaste y la sensación de paradoja de la acción que generó la violencia caótica habrían llevado a que muchos militantes sociales emprendieran la retirada. A esto se sumó la clausura impuesta por el régimen, que no sólo descansaba en métodos represivos sino también económicos, en la medida en que “la vuelta al mercado” reforzaba el individualismo como instinto de supervivencia.⁵⁷ Como le sucedía a Bengoa, las obligaciones familiares fueron también determinantes al desaparecer el sindicato que permitía compatibilizar la subsistencia y la militancia.

Tiempo de revancha, tiempo de deshielo

Como habíamos dicho, la película es en sí misma un exponente del “deshielo” cultural y del florecimiento de voces críticas que comenzó a partir de 1980, y que en 1981 el régimen ya no podía controlar. El silencio totalitario fronteras adentro de la Argentina lo habían roto antes los organismos de derechos humanos, en especial las Madres de Plaza de Mayo. Pero habían sido voces solitarias, fácilmente aisladas de la sociedad por los medios de comunicación y la euforia colectiva que desataron los triunfos futbolísticos de 1978 y 1979. En cambio, a partir de 1980 cobró solidez un proceso de tanteos y

avances cautelosos de voces solidarizadas.

Sólo en el contexto del año 81, atravesado por críticas y denuncias multiplicadas, puede explicarse que *Tiempo de revancha* no haya sido censurada. El Ford Falcon que arroja un cadáver cerca de la autopista era un modo demasiado evidente de referirse a los grupos de tareas. “Si tenés suerte te pegan un tiro en la nuca”: ¿cómo no interpretarlo como una mención del mundo de tortura que había desplegado el régimen militar?

En declaraciones periodísticas, Adolfo Aristarain ha revelado la “trampa narrativa” que empleó para sortear la censura: la denuncia está esparcida en toda la trama de *Tiempo de revancha*. Si cortaban algo, la historia no perdía el sentido. En todo caso, el régimen debía prohibirla toda asumiendo el costo que evidentemente eso tendría en 1981, cuando de algún modo la dictadura intentaba mejorar su imagen. A su vez, la película se protegía en actores conocidos: Federico Luppi, Haydée Padilla, Ulises Dumont, Julio de Grazia y Rodolfo Ranni. Y en el plano más literal, la historia no culpaba directamente al Estado por los crímenes de la corporación Ventura, sino que se trataba de una corrupción privada. Ni siquiera la policía estaba al tanto de los tejes y manejes. La única gorra que aparece en el filme es la de un guardia de tren. Cada vez que hay alguna mención de la fuerza públi-

57 Oscar Oszlak, “Privatización autoritaria y recreación de la escena pública”, en *Crisis y transformación de los regímenes autoritarios*, I. Cherensky (compilador), Eudeba, Buenos Aires, 1985, pp. 36-40.

ca es positiva. El juez es imparcial en el juicio y de hecho le da la razón a Bengoa. Es cierto que, en un plano menos literal, la corporación de don Guido Ventura representaba de alguna manera la política económica implementada desde el Estado, pero esto no está afirmado explícitamente.

Dejando de lado estos escudos contra la censura, ¿es posible especular con que los “ojos del régimen”, desde sus desvelos de 1981, no hubieran captado del todo la denuncia que el filme “escondía” en un segundo plano? Evidentemente no. Sin embargo, ¿qué lectura menos desfavorable a la imagen de la dictadura podrían haber hecho los funcionarios del ente censor?

En tren absolutamente especulativo, una interpretación de los censores pudo haber consistido en reducir la historia de *Tiempo de revancha* a la de dos sindicalistas estafadores, Di Toro y Bengoa, que junto al abogado Larsen conformaban un trío de típicos chantas argentinos. La variante cultural argentina: el embustero victimizado que busca dar el batacazo para salvarse de por vida.

También es factible que, dado el viraje en el discurso de los militares en 1981, el régimen quisiera demostrar que en la Argentina ya no había censura. Esta licencia era quizá un ejemplo de la apertura al diálogo, del “intercambio de pareceres” que el general Viola había anunciado en su discurso de asunción presidencial. De algún modo, la película planteaba el mismo problema que tenían los militares en 1981. ¿Qué hacer con

la vanguardia de izquierda que había sobrevivido a los primeros años de la dictadura? Si no había sido posible eliminarlos a todos entre 1976 y 1978, menos lo era en 1981. ¿Qué hacer con los familiares de los desaparecidos una vez fracasado el intento de aterrorizarlos mediante la infiltración y el asesinato? ¿Qué hacer finalmente con el deshielo y el coro de voces críticas que amenazaba con extenderse? Lo que la empresa Tulsaco intenta con Bengoa, “limpiarle su pasado” a cambio de colaboración, es lo que los militares hubieran querido hacer en 1981. Colateralmente *Tiempo de revancha* plantea una reintegración sobre la base del silencio que encajaba con los ensayos de Viola tendientes a un régimen más blando de reconciliación nacional.

Tulsaco y la valorización financiera

La empresa es claramente el mascarón de un grupo económico local volcado a la especulación financiera. El mecanismo de ganancia que planeaba no era otro que la “bicicleta financiera”, el más elemental manejo especulativo propio del nuevo modelo de acumulación basado en la valorización financiera. La empresa accedía a un crédito en el exterior, lo que en ese momento de gran liquidez internacional no era difícil de conseguir teniendo bienes para ofrecer como garantía. Tan rápido eran otorgados esos créditos provenientes de la banca mundial que fueron denominados “créditos jumbo”. Los



Glosario de la especulación

Desregulación financiera. La reforma de 1977 consistió en: 1) liberar las tasas de interés, que en lo sucesivo serían reguladas por la oferta y la demanda de créditos; 2) disminuir las exigencias estatales a las entidades financieras, lo que llevó a su multiplicación; 3) mayor permisividad a la entrada y salida de capitales de la Argentina. El equipo económico sostenía que así terminaría de configurarse un circuito lo suficientemente fluido como para atraer la liquidez mundial y facilitar el crédito, mediante el cual la industria se equiparía con el fin de afrontar la competencia de productos importados.

Tasas de interés positivas. En el corto y mediano plazo, la multiplicación de entidades financieras y la masiva toma de crédito por parte del Estado dieron lugar a tasas de interés extraordinariamente positivas, es decir, muy superiores a la inflación y a las tasas de los bancos internacionales. Estas tasas ofrecidas por bancos locales poco confiables atrajeron de todos modos a los capitales especulativos una vez que el Estado argentino dio la señal de que él mismo devolvería los depósitos en el caso de que las entidades financieras quebraran.

Garantía estatal de los depósitos bancarios. Se instaló como expectativa luego de la liquidación del Banco de Intercambio Regional en marzo de 1980, cuando, ante el peligro de que se extendiera la corrida bancaria, el Estado terminó por garantizar la devolución del 100 % de los depósitos a los 350.000 ahorristas del BIR.

bancos del capitalismo central estaban saturados de dólares debido a los depósitos de las burguesías árabes (petrodólares) y a una cuantiosa acumulación financiera del propio capitalismo central derivada de la larga onda expansiva entre 1950-1973. En este caso Tulsaco simulaba una inversión productiva de gran importancia y rentabilidad: proveer de cobre a todo el país, lo que facilitaría aún más la obtención del crédito. Una vez recibido el dinero, Tulsaco no lo invertía en la explotación minera, sino que mientras simulaba hacerlo utilizaba el crédito para especular en la bicicleta financiera. Más concretamente, convertía el préstamo recibido en dólares en pesos argentinos para depositarlos en alguno de los tantos bancos locales que ofrecían tasas de interés muy superiores a la inflación local y al interés del crédito contratado en el extranjero. La “tablita” y la garantía estatal de los depósitos le aseguraban a la empresa que no sería perjudicada por una

devaluación, ni por una eventual quiebra del banco local que Tulsaco eligiera para depositar el dinero. En síntesis, los reaseguros indispensables para que la especulación saliera bien eran los siguientes:

- 1) Las tasas de interés extraordinariamente positivas y superiores a las externas.
- 2) La garantía estatal de los depósitos bancarios ante la quiebra de un banco local.
- 3) La “tablita” oficial, que garantizaba cuál iba a ser la cotización del peso con respecto al dólar, lo que disipaba el temor de una devaluación abrupta.

Cuando se estrenó *Tiempo de revancha*, en julio de 1981, ya había colapsado el sistema de la tablita y el dólar barato. A lo largo de la corta presidencia de Viola, la devaluación llegaría al 500 %. Es probable que la dictadura haya querido ver en el filme una versión no del todo desfavorable para ella en cuanto a los mecanismos de especulación estimulados por la gestión de Martínez de Hoz entre 1976 y 1980. Los militares intentaban despegarse del desastre económico acusando a las corporaciones privadas y a la cartera económica.

Otro aspecto de la economía reflejado en la película se relaciona con los artefactos inútiles que encantaron a la clase media argentina a modo de espejitos de colores. La calculadora parlante es un buen ejemplo del tipo de mercancías de Hong Kong o Taiwán que llegaron al país debido a la apertura económica y el dólar barato.



Actividades

1. Proponemos analizar los elementos comunes y diferenciales que pueden establecerse entre el modelo económico durante la última dictadura y ejercicios democráticos posteriores.

La actividad está orientada a determinar las constantes económicas y sociales propias del modelo de acumulación basado en la valorización financiera, pero también los diferentes mecanismos políticos con que se implementó el modelo en cada fase, atendiendo a las diferentes circunstancias nacionales y mundiales. Sería interesante evocar o buscar publicidades que den cuenta de la política económica de cada una de las dos épocas.

2. Pensar una actividad a través de la cual los alumnos puedan comprender el mecanismo especulativo conocido como “bicicleta financiera”. Dicha actividad, además, debería permitirles reflexionar sobre las consecuencias y costos que produjo este mecanismo en la sociedad.

Por ejemplo, podría plantearse el siguiente ejercicio: reproducir el mecanismo especulativo que Tulsaco planeaba sobre la base de los siguientes valores ficticios:

- Crédito “jumbo” conseguido: 10.000.000 de dólares.
- Interés anual a pagar por el crédito al banco extranjero: 10 %.
- Tasa de interés anual percibida por Tulsaco al colocar los 10.000.000 de dólares convertidos en pesos en un banco local: 50 %.
- Devaluación anual de la moneda argentina anticipada y asegurada por la tablita: 10 %.

Preguntas:

- a) ¿A cuánto asciende la ganancia financiera de Tulsaco al cabo de un año, suponiendo que se vea obligada a devolver el crédito al banco extranjero?

10.000.000 dólares (crédito “jumbo”)
+ 5.000.000 de dólares (por tasa de interés local de 50% anual)

=15.000.000 de dólares

-1.500.000 dólares (pérdida por devaluación del peso frente al dólar a lo largo del año)

-11.000.000 de dólares (devolución de crédito al extranjero, capital e interés de 10 % anual)

=2.500.000 dólares (ganancia final)

- b) ¿A cuánto asciende la ganancia financiera de Tulsaco al cabo de un año, si decide no devolver el crédito al banco extranjero y asume la quiebra de la empresa minera semifantasma?

10.000.000 dólares (crédito “jumbo”) + 5.000.000 (por tasa de interés local de 50 %)

=15.000.000 de dólares

-1.500.000 dólares (pérdida por devaluación del peso frente al dólar)

=13.500.000 dólares (ganancia final, a la que habría que descontar el valor de los activos empeñados como garantía, pero como se trata de una empresa semifantasma no serían de gran valor)

- c) ¿A cuánto ascendería la ganancia financiera de Tulsaco si el Estado se hiciera cargo de la deuda privada de la empresa con el banco extranjero?

Lo mismo que en el caso b) pero sin la pérdida de los activos ofrecidos de garantía para lograr el crédito “jumbo”.

- d) ¿Quién pagaría en definitiva la fiesta especulativa? Al endeudarse el Estado, ¿sobre qué sectores de la comunidad recaerían los costos en el mediano y largo plazo?

3. Elegir otra película representativa del período y pensar cómo podría ser trabajada con los alumnos teniendo en cuenta los ejes de análisis propuestos en el capítulo.

Bibliografía

- BASUALDO, Eduardo, *Sistema político y modelo de acumulación en la Argentina. Notas sobre el transformismo argentino durante la valorización financiera*, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, agosto de 2001.
- BLAUSTEIN, Eduardo y ZUBIETA, Martín, *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso*, Colihue, Buenos Aires, 1998.
- CARDOSO, Oscar; Kirchbaum, Eduardo y Van der Kooy, Eduardo, *Malvinas. La trama secreta*, Buenos Aires, Planeta, 1992.
- CASTIGLIONE, Marta, *La militarización del Estado en la Argentina (1976-1981)*, Centro Editor, Buenos Aires, 1992.
- CAVAROZZI, Marcelo, *Autoritarismo y democracia (1955-1966). La transición del Estado al mercado en la Argentina*, Ariel, 1997.
- CONADEP, *Nunca más. Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas*, Eudeba, Buenos Aires, 1984.
- CORRADI, Juan, “La cultura del miedo en la sociedad civil: reflexiones y propuestas”, en *Crisis y transformación de los regímenes autoritarios*, I. Cherensky compilador, Eudeba, Buenos Aires, 1985.
- DUHALDE, Eduardo Luis, *El estado terrorista argentino. Quince años después, una mirada crítica*, Eudeba, Buenos Aires, 1999.
- GILLESPIE, Richard, *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Grijalvo, 1987.
- HALPERÍN DONGHI, Tulio, “El presente transforma al pasado: el impacto del reciente terror en la imagen de la historia argentina”, en *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Sudamericana, Buenos Aires, 1987.
- LEIS, Héctor Ricardo, *El movimiento por los derechos humanos y la política argentina* 1, Centro Editor, Buenos Aires, 1989.
- LÓPEZ JORDÁN, Alberto, *El Proceso 1976-1983*, Emecé, Buenos Aires, 1993.
- MATTINI, Luis o “Aldo Kremer” (pseudónimo de militancia), *Hombres y mujeres del PRT-ERP de Tucumán a la Tablada*, Ed. de la Campana, La Plata, 1995.
- NOVARO, Marcos y PALERMO, Vicente, *La dictadura militar 1976-1983. Del golpe de Estado a la restauración democrática*, Paidós, Buenos Aires, 2003.
- OSTIGUY, Pierre, *Los capitanes de la industria. Grandes empresarios, política y economía en la Argentina de los años 80*, Legasa, Buenos Aires, 1990.
- O'DONNELL, Guillermo, *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Paidós, Buenos Aires, 1997.
- PASSARELLI, Bruno, *El delirio armado. Argentina y Chile, la guerra que evitó el Papa*, Sudamericana, Buenos Aires, 1998.
- POZZI, Pablo, *Oposición obrera a la dictadura*, Contrapunto, Buenos Aires, 1988.

- QUIROGA, Hugo, *Estado, crisis económica y poder militar (1880-1981)*, Centro Editor, Buenos Aires, 1985.
- PUCCIARELLI, Alfredo (compilador), *Empresarios, tecnócratas y militares. La trama corporativa de la última dictadura*, Siglo XXI, Avellaneda, 2004.
- ROMERO, Luis Alberto, *Breve historia contemporánea de la Argentina*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2001, 2ª edición.
- SABATO, Jorge y SCHVARZER, Jorge, “Funcionamiento de la economía y poder político en la Argentina: trabajar para la democracia”, en Jorge Sábato, *La clase dominante en la Argentina moderna: formación y características*, Imago Mundi, Buenos Aires, 1991.
- SCHVARZER, Jorge, *La política económica de Martínez de Hoz*, Hispamérica, Buenos Aires, 1986.
- SCHVARZER, Jorge, *Implantación de un modelo económico. La experiencia argentina entre 1975 y 2000*, A-Z Editora, Buenos Aires, 1998.
- SEOANE, María y MULEIRO, Vicente, *El dictador. Historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla*, Sudamericana, Buenos Aires, 2001.
- URIARTE, Claudio, *Almirante Cero. Biografía no autorizada de Emilio Eduardo Massera*, Planeta, Buenos Aires, 1991.
- VERBITSKY, Horacio, *Malvinas. La última batalla de la tercera guerra mundial*, Sudamericana (edición corregida y aumentada), Buenos Aires, 2002.
- VEZZETTI, Hugo, *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002.





Guerra y posguerra de las Malvinas

Locos de la bandera, 2004

Introducción

Si la guerra de Malvinas fue la “fuga hacia adelante” de una dictadura arrinconada por sus fracasos, la posguerra puede ser figurada como una “evasión hacia el silencio” de la sociedad que no supo cómo elaborar el dolor y el sentimiento de culpa que le generó haber apoyado masivamente la reconquista militar. ¿Qué lugar concederle en su universo simbólico a una guerra tan extraña? ¿Cómo descomponer las partes del hecho histórico para ubicarlas entre lo puro y lo impuro, lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, lo falso y lo verdadero? El abandono público de una causa que tanta pasión había despertado puso en evidencia que la elaboración social de la experiencia de la guerra estaba cargada de dificultades, porque se trataba de una guerra mediada por circunstancias aniquiladoras del sentido: la imprevisión militar, que de la noche a la mañana había instalado una guerra imposible de ganar; la irracionalidad transmitida desde los cuarteles a la sociedad toda, que respondió eufóricamente, empujando con su aliento moral a los soldados argentinos.

Locos de la bandera es un intento de los familiares de caídos en Malvinas por dotar de sentido a esa experiencia contra la idea de

una “guerra absurda”, “el delirio de un borracho”. No dispuestos a aceptar que la muerte de 649 compatriotas y el sacrificio de muchos miles hayan tenido tan poco sentido como ése, los familiares y veteranos de guerra no reniegan de la importancia histórica de la reconquista territorial, ni del sentimiento patriótico del primer 2 de abril, cuya importancia para ellos debería trascender las especulaciones de la dictadura.

A diferencia del genocidio que la dictadura ejecutó clandestinamente, de espaldas a la sociedad, Malvinas se transformó en una “empresa colectiva” cuyo fracaso suscitó mayor culpa y negación en los millones de argentinos que la habían acompañado. No se trataría de una negación frontal, explícita, sino de una escapatória con la forma del silencio y la desatención. Las organizaciones de veteranos de guerra estiman que al día de hoy el “olvido de posguerra” pudo haber causado más muertes que la guerra misma, en la medida en que buena parte de los suicidios se habrían debido no sólo al trauma bélico sino al desasosiego posbélico, en la soledad del regreso.⁵⁸

En este capítulo abordaremos los aspectos más analizados acerca de la guerra de las Malvinas: sus causas y las dificultades posteriores de la sociedad para otorgarle un

⁵⁸ No se contabilizan en este cálculo los 323 soldados muertos en el hundimiento del Crucero “General Belgrano”. El número de soldados argentinos que se suicidaron en la posguerra se estima en una cifra cercana a 350. La proporción entre suicidios y bajas en guerra fue también de uno a uno entre los ex combatientes ingleses. La cifra de soldados ingleses caídos en combate, alrededor de 250, habría sido igualada por los suicidios de posguerra a pesar del triunfo.

lugar a esa experiencia. Afrontaremos la doble cuestión partiendo de la hipótesis de que ambos puntos, las causas de una “guerra imposible” y la “evasiva posterior” del conjunto social, están relacionados por ligaduras no del todo perceptibles. En primer lugar emprenderemos el análisis de los diversos móviles que empujaron a la dictadura a un lance belicista de este calibre. El ensayo histórico-periodístico de Horacio Verbitsky sigue siendo en este punto de gran ayuda para recomponer una dinámica de desarrollo que comienza en el genocidio y culmina en Malvinas.⁵⁹

En segundo lugar, abordaremos el problema de la memoria en torno de la guerra. *Locos de la bandera*, en diálogo con otros testimonios fílmicos de la guerra y la posguerra, nos permitirá acceder a dos principales líneas de memoria tensionadas entre sí.⁶⁰ Una sustentada en la denuncia de la “guerra imposible”, “absurda”, dominada por el engaño, el maltrato a los conscriptos y la imprevisión de los militares argentinos. Otra orientada a honrar la causa nacional por la cual los caídos dieron sus vidas por encima de todo. Para analizar estas vertientes de la memoria y el bagaje de representaciones que subyacen a

Malvinas, nos apoyaremos en los trabajos pioneros de Rosana Guber y Federico Lorenz, publicados recientemente.⁶¹ Estos autores nos ofrecen un extenso mapa de las representaciones y contextos políticos que influyeron en el modo de pensar la causa nacional de Malvinas. Los usos de “Malvinas”, anteriores y posteriores a la guerra, así como un análisis de las contradicciones latentes en los diversos modos de recordar la experiencia bélica. El relativo silencio en torno de la guerra es para ellos un síntoma de las dificultades sociales para pensar un hecho histórico en el que todo parece mezclarse y generar una variedad de sentimientos y pensamientos contradictorios. La abundante recopilación de testimonios llevada a cabo por Guber y Lorenz en sus respectivos trabajos nos permitirá tomar nota de aquello que obstaculiza la elaboración de un episodio tan doloroso y cargado de contradicciones. La guerra de las Malvinas, como todo hecho histórico, fue vivida y observada desde circunstancias sociales, geográficas e ideológicas muy disímiles que, con el correr del tiempo, dialogarían de distinto modo con los sucesos políticos de la posdictadura.

59 Horacio Verbitsky, ob. cit.

60 Como *Los chicos de la guerra* (1984) e *Iluminados por el fuego* (2005).

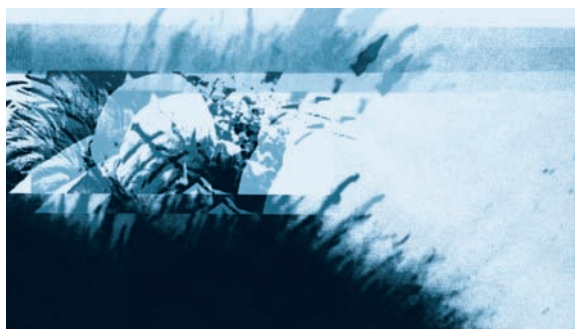
61 Rosana Guber, *¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2001; y *De chicos a veteranos. Memorias argentinas de la guerra de Malvinas*, Editorial Antropofagia, Buenos Aires, 2004. Federico Lorenz, *Las guerras por Malvinas*, Edhasa, Buenos Aires, 2006.

El largo camino a la guerra de las Malvinas: las convocatorias nacionales de la última dictadura

En retrospectiva, todos los caminos y los fracasos de la última dictadura condujeron a una apuesta tan riesgosa como la reconquista militar de las islas Malvinas. Un lance sujeto a la delgada posibilidad de que Inglaterra no iba a responder militarmente o que, si se decidía a hacerlo, EE.UU. se lo iba a impedir. Estas ilusiones, que desestimaban la historia del siglo XX y la de las guerras, hoy nos muestran hasta qué punto la más planificada de las dictaduras que hubo en la Argentina acabaría por convertirse en la experiencia de poder más improvisada. A medida que el régimen acumuló fracasos en su compleja interacción con los poderes mundiales, con la sociedad argentina y dentro de sus propias filas, dada la competencia de poder, la imaginación política apostó a convocatorias más lanzadas y megalómanas. El componente ilusorio de esta imaginación política creció sobre un terreno que no era nuevo para la última dictadura. Las ilusiones de perpetuación que los militares elucubraron eran parte de un recurso que el régimen venía ensayando desde el comienzo. En más de un sentido Malvinas fue la última estación de un camino largamente transitado por el régimen militar. No se trató de la primera convocatoria nacional confrontativa contra un enemigo proyectado desde el poder a la sociedad toda. La dictadura ya le había presentado enemigos a la sociedad en repetidas oportunidades. Lo había

hecho en la llamada “lucha antisubversiva”; luego, al convocar a los argentinos contra la supuesta “campana antiargentina”, y también, en el llamamiento belicista contra Chile. Fueron convocatorias a “empresas nacionales”, colectivas, belicistas y exaltadas, que apelaron a la unión sagrada de los argentinos en un clima triunfalista y de adulación paradójica del régimen al “pueblo argentino” sujetado y conducido. Desde marzo del 76 hasta Malvinas y la retirada del 83, el Proceso fue un “bloque” atravesado por una compleja dinámica de desarrollo en la que los primeros hechos fueron forjando impulsos que conducirían a los últimos. Malvinas, la última iniciativa de gran escala que emprendió la dictadura, sólo puede explicarse tomando en cuenta la interacción de episodios que conforman la serie, desde los crímenes iniciales a partir de los cuales se puso en marcha una progresiva fuga hacia adelante.

El último régimen militar buscó prolongarse en el poder con medios que las dictaduras anteriores de la Argentina no habían concebido. No sólo se distinguió de ellas por haber llevado a cabo una matanza administrada, ni por haber elaborado suplicios desconocidos, ni por haber contemplado una desindustrialización selectiva. Otra de las particularidades que distingue a la última dictadura de las anteriores y de sus contemporáneas del Cono Sur, consiste en que consecutivamente propuso



una empresa belicista o confrontativa, de convocatoria nacional, contra un enemigo por ella construido y transmitido a la Nación toda.

Como los anteriores golpes militares de la Argentina, a excepción del golpe de 1955, el primer enemigo contra el cual el régimen organizó su llamamiento nacional fue lo que denominaba la subversión internacional. Supuestamente “atea y apátrida”, era presentada como un enemigo de la Nación que debía ser aniquilado por la acción conjunta del Estado y la sociedad. En su discurso inaugural Videla ofreció “un puesto de lucha para cada ciudadano”. Como ha dicho Guillermo O’Donnell, la propaganda instaba a que la sociedad se “patrullara a sí misma”.

Más tarde, cuando las organizaciones revolucionarias habían sido derrotadas y la protesta social en buena medida desactivada, el régimen encontró un segundo enemigo en un lugar inesperado. El fallo del laudo arbitral inglés por el conflicto limítrofe en torno de las islas del Beagle le ofreció a la dictadura argentina un nuevo enemigo contra el cual volver a convocar. La guerra con Chile no llegaría a concretarse pero, a través de consignas y preparativos, el régimen instrumentó la inminencia de la guerra en distintos momentos de 1977 y 1978, para recrear condiciones de emergencia y movilización de la sociedad. Hubo apagones y adiestramiento de la población para la guerra, movilización de tropas y desarrollo de un clima bélico. Videla no quería una guerra con la

vecina dictadura aliada a la suya en la lucha anticomunista, pero la Marina de Massera y los cuerpos del Ejército al servicio de los generales llamados “duros” estuvieron a un paso de imponerla en su intento por escalar posiciones. Es probable que algunos militares belicistas no fueran del todo conscientes del recurso de poder personal y corporativo al que estaban apelando. Que incluso creyeran apasionadamente en la declarada custodia de la soberanía amenazada, pero existen evidencias de que los máximos impulsores de la invasión argentina concebían la guerra como una forma de proyectar su liderazgo en el cuerpo de generales del Ejército, lo que no quita que ellos mismos estuvieran dominados por la pasión nacionalista.

Al mismo tiempo y avanzando hacia 1979 y 1980, fueron proclamados enemigos nacionales quienes promovían la supuesta “campaña antiargentina”: familiares de desaparecidos y exiliados que denunciaban el genocidio desde el exterior, jugadores de selecciones extranjeras que se habían interesado por las Madres de Plaza de Mayo durante el Mundial 78, o los inspectores de la comisión de la OEA que arribaría al país en 1979. Los mundiales de fútbol de 1978 y 1979 fueron convertidos en empresas nacionales dirigidas contra este renovado enemigo. El régimen dio a los festejos el sentido de un reencuentro nacional que por primera vez en la historia creaba multitudes unánimes, íntegramente nacionales, sin descontentos ni mezquindades partidarias.

Y por último, la reconquista de Malvinas, una causa lo suficientemente instalada en los sentimientos nacionales como para que al régimen no le fuera dificultoso volver a convocar a los argentinos, aun cuando en el año 82 ya se habían derrumbado las ilusiones de un relanzamiento económico del país. Tampoco sería difícil que la sociedad viera a los usurpadores ingleses como un enemigo histórico.⁶²

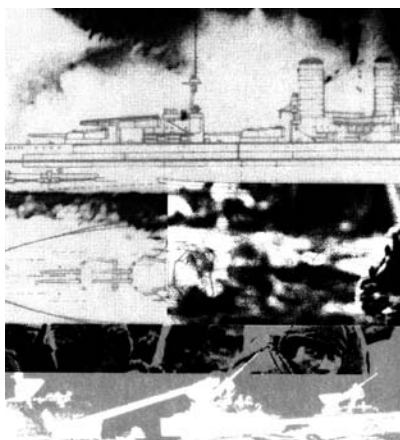
Desde el comienzo mismo de la centralización del Estado argentino por sobre los poderes provinciales, el sentimiento nacional había sido instrumentado en la lucha política. Sin embargo, las sucesivas apelaciones a la “causa patriótica” nunca habían llevado al enfrentamiento con otra nación, a no ser en el marco de la situación más frágil que había conocido el Estado en su período de formación moderna.⁶³ En cuanto a la construcción de “enemigos nacionales” en función de la permanencia en el poder, lo novedoso durante la última dictadura no fue su llamamiento contra la “insurgencia revolucionaria” ya demonizada por los golpes militares de 1930, 1943 y 1966. Lo singular en el punto de congregar un “nosotros nacional” en un marco de enfrentamiento lo constituyen las guerras planteadas contra otras naciones. Primero Chile y luego Inglaterra, dos países que, lejos de encarnar contrafiguras ideológicas como la “subversión marxista”,

constituían los modelos más cercanos de la dictadura argentina en lo que refiere a anti-comunismo dictatorial en el primer caso, neoconservadurismo en el segundo y neoliberalismo en los dos casos.

Las dictaduras son marcadamente más propicias a entablar guerras que las democracias, porque las necesitan más que aquellas para aplazar sus problemas, unificando el frente interno al invocar la “unión sagrada”. A lo largo de los siglos XIX y XX resulta difícil encontrar enfrentamientos bélicos entre dos naciones relativamente democráticas. Sin embargo, no todas las dictaduras necesitan de este recurso, y de hecho en la Argentina ninguno de los regímenes militares anteriores había llevado al país a una guerra, ni había estado cerca de hacerlo. La necesidad de presentar en todo momento un enemigo nacional frente al cual urgía la reacción conjunta debió ser muy fuerte en este caso, porque el último régimen militar rara vez se privó de este recurso y estuvo dispuesto a renovar sus enemigos en todo momento. Los impulsos que llevaron al régimen a mantener el movimiento sin discontinuar la convocatoria fueron diversos y no siempre evidentes. En la inspección de este costado del Proceso veremos que en buena medida la dictadura “más totalitaria” de la Argentina es susceptible de ser iluminada por algunos descubrimientos de

62 El sentimiento contra la usurpación estaba más instalado en la sociedad que en las fuerzas armadas. La principal fuerza promotora de la reconquista militar, la Marina de guerra, tenía históricas vinculaciones ideológicas y profesionales con la armada inglesa.

63 Nos referimos a la guerra del Paraguay, iniciada durante la presidencia de Mitre.



Hannah Arendt sobre los totalitarismos europeos, respecto de los cuales el caso local presenta elementos comunes y otros sustancialmente disímiles, incomparables.

Regímenes de excepción, aplazamiento del tiempo democrático

Los regímenes autoritarios en general necesitan justificar su permanencia en el poder aduciendo la existencia de grandes amenazas a la nación. Cuando esos enemigos se extinguen requieren encontrar otros para prorrogar su poder de facto en la medida en que se asumen como regímenes de excepción. En cierto modo, las dictaduras contemporáneas al reinado del principio de legitimidad que había comenzado a imponerse con la Revolución Francesa y las revoluciones democráticas del siglo XIX se sintieron obligadas a dar explicaciones y justificar su razón de ser “excepcional”. Nunca volverían a presentarse como despotismos “sin culpa”, asumidos como tales, autoafirmados en la fuerza represiva, en la tradición o en la voluntad divina, como la dictadura zarista negadora de la Revolución Francesa. Los historiadores han reparado en que incluso en la Alemania nazi, donde el principio de lide-

razgo natural del *Führer* sobre “las masas con instinto de rebaño” constituía el basamento implícito de la forma política, Hitler gobernó por medio de una legislación de excepción como la Ley de Plenos Poderes, que fue prorrogando sucesivamente.⁶⁴ Jamás derogó la Constitución de Weimar aunque era evidente que nunca volvería a tenerla en cuenta.

Una justificación equivalente fue sostenida por la dictadura argentina, que una y otra vez renovó el escenario de los “tiempos de emergencia”, en los que era necesario dejar de lado las disidencias internas. Desde el comienzo, el régimen proclamaba que la “democracia” era el sistema legítimo, natural, al que deseaba arribar una vez cumplidos los objetivos de la “reorganización”. El discurso de la dictadura estaba habitado por el contradiscurso, es decir que la democracia quedaba salvaguardada como ideal en las palabras, siguiendo la tradición de las proclamas militares a partir de 1955. Pero, para que el retorno de las elecciones se concretara, no sólo debían cumplirse los objetivos declarados en torno de la “reorganización nacional”. El plazo se extendería todo lo que demandaran las empresas nacionales. Aunque se trataba de una dictadura que dominaba el escenario político con su des-

⁶⁴ Karl Bracher, *La dictadura alemana*, Alianza, Madrid, 1995; véase el cap. 4: “La marcha al poder”.

pliegue represivo, para ella también había un “tiempo de descuento” que sin duda comenzaría a correr más rápido luego del hundimiento económico de 1981.

Las consideraciones de Arendt sobre el horror a la quietud y la necesidad de movimiento que experimentan los regímenes totalitarios son en buena medida aplicables a la última dictadura de la Argentina. Lo que la pensadora alemana llamaba “la paradoja del totalitarismo en el poder” consistía en que para estos regímenes llegar al poder significa “un enfrentamiento directo con la realidad”, “una preocupación constante” que lo impele a no detener el movimiento.⁶⁵ De ahí, explicaba ella, “la manía al desplazamiento perpetuo de los totalitarismos que sólo pueden hallarse en el poder mientras estén en marcha y pongan en movimiento a todo lo que haya en torno de ellos”.⁶⁶

Una presión de similares características pesaba sobre la dictadura argentina. En rigor, la sensación de “tiempo de descuento” se había activado para ella desde el primer día en el poder. A diferencia de los fascismos clásicos, el Proceso carecía de una etapa “utópico-movimientista” centrada en promesas anticapitalistas a las clases subalternas que no iba a poder cumplir. Sin embargo, el

cemento ideológico que cohesionaba a la corporación militar no estaba exento de ideas y nociones nacionalistas-populares que amenazaban con bloquear la refundación neoliberal que sustentaban Videla y Martínez de Hoz. Las tensiones internas de la dictadura también se veían aplazadas con los llamamientos mencionados; el propio frente militar suspendía así las diferencias ideológicas o meramente facciosas.

Acercamiento a la sociedad

Toda dictadura, por más feroz que sea, requiere provocar imágenes de consenso para luego transmitir las. La apelación a lo nacional permitía al régimen construir la imagen de una nación unida: “No te borres que te necesitamos”, “25 millones de argentinos jugaremos el Mundial”, “Unidos es más fácil”, rezaban las consignas en uno y otro momento. Esto era vital para un régimen que había descartado por igual los “plebiscitos del sí” y el corporativismo al que habían apelado las dictaduras de 1930, 1943 y 1966, aunque más no fuera para montar una ficción de comunicación con la sociedad, sustituta del sistema electoral clausurado. El régimen militar que nos

65 Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, Planeta-Agostini, Buenos Aires, Barcelona, 1994, vol. 2, p. 482.

66 *Ibid.*, p. 386.



ocupa carecía también de recursos carismáticos para ensayar una salida bonapartista.⁶⁷ De manera que, habiendo atomizado a la sociedad —destruyendo asociaciones de base y apelando al accionar del mercado—, ahora debía reunir a esos mismos individuos en otro tipo de convocatoria: en reencontros colectivos prefigurados por su voz rectora.⁶⁸ El régimen terminó de descubrir el mecanismo durante el Mundial 78; en un contexto de exaltación triunfalista era posible dirigirse a una multitud modelada por discursos adulatorios sin que el alma colectiva notara la contradicción que existía entre esos elogios y el cercenamiento del derecho a voto.

Para los militares argentinos el pueblo se convertía en merecedor de los mejores elogios sólo cuando se encontraba encarrilado en las empresas nacionales que proponían y comandaban sus autoridades. En estos casos, el discurso oficial no tenía reparos en imaginarlo maduro y responsable, y en olvidar la minoridad por la cual “las urnas estaban bien guardadas”.

La fiesta de todos (1978), película encargada por el régimen al director Sergio Renán, es un revelador documento de propaganda oficial donde puede apreciarse el modo en que el régimen interpelaba a los argentinos en estas convocatorias nacionales, dirigiéndose a un interlocutor

infantil, masificado. El relator habla de un “pueblo maduro, de pantalones largos”, lo que en la Argentina se decía a los chicos cuando se asomaban a la pubertad. La minoridad del pueblo era expresada de un modo asumido. Sólo en la medida en que los argentinos fueran dirigidos por los militares se comportarían en forma ordenada y responsable, y superarían sus vicios más idiosincráticos. Al comienzo de *La fiesta de todos* el periodista Roberto Maidana recalcaba que la Argentina había llegado a concluir la obras exigidas por la FIFA antes del plazo establecido, pese al pronóstico agorero de los “escépticos de siempre”, que el filme ridiculiza en la figura de “el Contra”, encarnada por Juan Carlos Calabró. El genio logístico de las FF.AA. sacaría al país de su decadencia. El Mundial era presentado como un “campo de batalla” donde se enfrentaban los optimistas y los contras eternos a quienes todos les parecía mal. La supuesta “campaña antiargentina” no está mencionada explícitamente pero se alude a ella una y otra vez. En una escena de oficina que recuerda a *La tregua* (un filme del mismo director) se reproduce este choque visiones donde la idiosincrasia “contrera” representa a la disidencia. La obsesión por la imagen del país ante el mundo (“El mundo nos mira”) atraviesa el discurso de la pelí-

67 Si bien algunos jefes procesistas como Massera proyectaron estrategias populistas de continuidad.

68 Luis Alberto Romero, *Breve historia contemporánea de la Argentina*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2001, 2ª edición, p. 211.

cula, sintomáticamente. Tras ella se escondían los mayores temores del régimen. A medida que el Mundial se había ido acercando, los militares debieron asumir que el país se llenaría de periodistas, mientras en Europa seguían proliferando las denuncias sobre la desaparición de miles de personas en la Argentina y Chile. En parte, las matanzas masivas de prisioneros del año 77 y del verano del 78 se habían acelerado debido a la urgencia de la dictadura por vaciar los centros clandestinos antes de que comenzara el Mundial. Sobre el final de la película hay una escena muy rica para indagar las ilusiones del régimen a propósito de las convocatorias nacionales. Desde un balcón elevado sobre los transeúntes que festejan el triunfo, el historiador Félix Luna afirma que por primera vez en la historia existía una “plaza de todos”: “Multitudes delirantes, limpias, unánimes, es lo más parecido que he visto a un pueblo maduro, realizado, vibrando como un sentimiento, sin que nadie se sienta derrotado, marginado, y tal vez por primera vez en este país, sin que la alegría de unos signifique la tristeza de otros”. Esta imagen de las “nuevas multitudes” que el régimen pretendía haber creado en su convocatoria, es toda una expresión del deseo político más fantasioso del Ejército relanzado al poder desde 1955: “remasterizar” el peronismo, generar multitudes comparables en tamaño pero sin su componente plebeyo, un peronismo para todo el país, pero de clase media, sin la irreve-

rencia obrera ni la suciedad de la política que divide. Por un instante, la dictadura adquiere el lenguaje del “peronismo” sin perder la “decencia del radicalismo”. Las multitudes descritas por Félix Luna remiten al proyecto empeñosamente pretendido de lograr lo que Videla había denominado “una descendencia civil” del Proceso.

El Proceso tenía necesidades bélicas muy similares a las del fascismo clásico de entreguerras, a pesar de las múltiples diferencias que pueden establecerse con aquel régimen. La dictadura argentina carecía de una etapa movimientista de clases subalternas seducidas por planteos antisocialistas y anticapitalistas a la vez. También carecía de impulsos ideológicos y estéticos supermovilizadores que la llevaran a plantear “una revolución contra la revolución”. Pero, aunque tampoco el régimen llegaría a consolidar un principio de jefatura indiscutida ni siquiera en el seno de la corporación militar, sí lograría masificar a los argentinos en plazas “enteramente nacionales” y así superar por poco tiempo las contradicciones esenciales de los autoritarismos en el mundo occidental contemporáneo. Mientras duraba la conexión en un clima triunfal, el régimen y buena parte de la sociedad podían olvidarse de que aquello era una dictadura que había secuestrado y asesinado a miles de argentinos y que estaba destruyendo la economía, asentando una dinámica que con el tiempo agrandaría explosivamente la pobreza y los núcleos duros de indigencia.

Como han señalado diversos analistas respecto de la guerra con Chile y la guerra de Malvinas, el Ejército “nocturno” podía transformarse en “diurno”, cambiando “guerra sucia” por “guerra limpia”, buscando un acercamiento con la sociedad que no había conseguido en su llamamiento contra la subversión.⁶⁹ El caso del teniente de navío Alfredo Astiz lo ilustra claramente: guerra mediante, el alias “Rubio” de la represión clandestina mutaba por unos días en conductor de los comandos “Lagartos Argentinos”, presentados como héroes de la resistencia nacional en las Georgias del Sur. Es posible que los jefes procesistas se hubieran conformado con el consentimiento pasivo de los argentinos, pero en los hechos buscaron un consenso activo que sacara a la sociedad del abstencionismo.

¿Fue continua la sucesión de convocatorias nacionales durante la última dictadura? El reciente trabajo de Novaro y Palermo nos permite analizar la desorientación que sufrió el régimen en lo que podríamos llamar la discontinuidad del año 81, durante la presidencia de Viola.⁷⁰ El desconcierto político que el régimen experimentó al perder la iniciativa de convocar, reveló lo necesarios que eran estos llamamientos para darle contenido a su poder. El inmovilismo en el poder

durante la presidencia de Viola coincidió con el fracaso de “enmendar” al Proceso justo en el momento en que se producían el derrumbe económico y un deshielo social y cultural que el régimen ya no lograría detener. Tan profunda fue la sensación de pérdida de rumbo que sintieron las fuerzas armadas estancadas en el poder, que por primera vez desde marzo de 1976 los “duros” del Ejército arrebataron el control a la conducción Videla-Viola y destituyeron a este último en favor de Galtieri: un general decidido a recuperar la iniciativa por medio de la más audaz de las citaciones nacionales.

Competencia interna por el poder

Como señala Claudio Uriarte en su biografía de Massera, ya en los años 76 y 77 la acumulación de poder dentro del partido militar se medía por el número de muertos y detenidos que podían adjudicarse los jefes de la represión: “Quien más reprimía, más poder tenía”.⁷¹ Lo que Massera intentaba era ganarse el apoyo de los duros del Ejército (Suárez Mason, Benjamín Menéndez, Saint-Jean y Galtieri) para desplazar a Videla y Viola tildándolos de “blandos”. Para eso, él mismo intentaría mostrarse como suficientemente “duro”. Esta competencia permanente en función de la mira-

69 María Seoane y Vicente Muleiro, *El dictador. Historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla*, Sudamericana, Buenos Aires, 2001, p. 391.

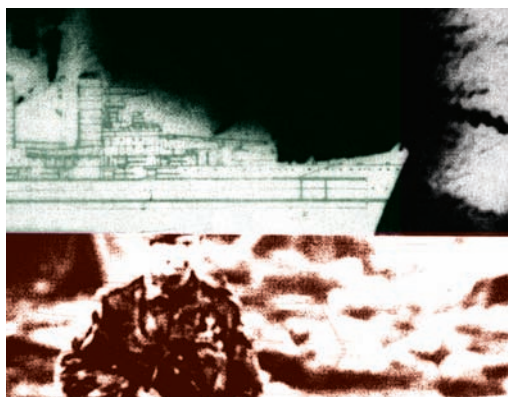
70 Marcos Novaro y Vicente Palermo, ob. cit., cap. V.

71 Claudio Uriarte, ob. cit., 1991, p. 110.

da corporativa explica la presencia de los altos mandos en las salas de tortura; para los militares significaba estar “al pie del cañón”. También explica por qué Suárez Mason se jactaba de tener en El Campito “todo un sótano lleno de hijos de militares” secuestrados por su vinculación con la guerrilla.⁷² Otra práctica de los que disputaban la conducción de Videla y Viola fue perjudicarla con el uso de cadáveres y detenidos cuya aparición con vida estuviera siendo reclamada por las voces mundiales que comenzaban a reprobear las violaciones a los derechos humanos en la Argentina.⁷³

A propósito de las guerras con Chile volvió a repetirse el mismo juego de competencia interna, sólo que dirigido contra nuevos enemigos nacionales. Otra vez los “duros” presionaron a los “blandos” para ganar posiciones, mientras éstos intentaron mostrarse no tan “blandos” con tal de conservar su liderazgo en las fuerzas. No es aleatorio que la guerra con Chile y la reconquista militar de Malvinas hayan sido promovidas por quienes disputaban la conducción del Proceso a la línea Videla-Viola.

La estrategia de Massera desde que el conflicto con Chile había quedado planteado, consistió en promover a Suárez Mason a la jefatura del Ejército y en emi-

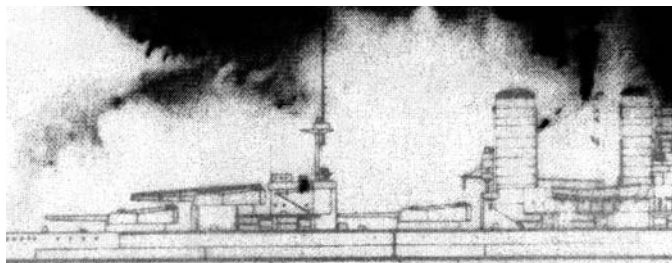


tir discursos belicistas en las bases militares del Sur con el objetivo de ganarse el apoyo de los jefes de cuerpos y regimientos. Mientras Videla apostaba a una solución diplomática mediada por el Vaticano y Estados Unidos, Massera entablaba contactos con el ejército de Bolivia en busca de un potencial aliado para la guerra. Presionando a la conducción de Videla, algunos cuerpos del ejército argentino comenzaron sus aprestos para el combate. Los “duros” lanzaron gritos de guerra y movilizaron tropas al tiempo que diseñaron el ataque argentino. Frente a ello, Videla evidenció su condición de mero *primus inter pares* entre los generales del Ejército cuando accedió a firmar el decreto que autorizaba la invasión denominada Operativo Soberanía, cuyo inicio se fijó para el 20 de diciembre de 1978. Entre las distintas hipótesis que contemplaba el alto mando figuraba la regionalización de la guerra en el caso muy probable de que Bolivia y Perú intervinieran contra Chile.⁷⁴

72 Seoane y Muleiro, ob. cit., p. 305.

73 El secuestro de Alfredo Bravo a poco de producirse la entrevista entre Videla y Carter es uno de los tantos ejemplos. Seoane y Muleiro, ob. cit., p. 321.

74 Bruno Passarelli, *El delirio armado. Argentina y Chile, la guerra que evitó el Papa*, Sudamericana, Buenos Aires, 1998, pp. 39-41.



¿Cuáles eran las principales motivaciones de los mandos que impulsaban una aventura de este calibre? Además del triunfalismo basado en una supuesta superioridad de la infantería argentina, compuesta por “soldados invictos”, existían desde luego otras razones. Como señalan Seoane y Muleiro, “la guerra era necesaria para crear un escenario donde reinaran quienes mandaban en sus armas”.⁷⁵

Luciano Benjamín Menéndez tomó el papel de “duro” desafiando a Videla en dos oportunidades. Primero lo hizo respecto del conflicto con Chile en 1978 y luego a propósito de la lucha contra la subversión en 1979, al exigir la renuncia del comandante en jefe Viola por “la situación de condescendencia inadmisible”. Al igual que Galtieri, quien en 1981 cerraría por su cuenta la frontera con Chile sin la autorización del presidente Viola.

En uno y otro momento, quien más decidido se mostrara seduciendo a las fuerzas con promesas de triunfos históricos, ganancias patrióticas y succulentos aumentos en la compra de armamentos ganaría apoyos en el lugar decisivo para dirimir la sucesión del más alto poder: el cuerpo de generales del Ejército. De hecho, obteniendo el apoyo de este cuerpo fue como Galtieri logró arrebatar la conducción a Viola. No obstante, la idea de reconquistar militarmente las islas Malvinas era un secreto bien guardado en el momento de la

asunción en diciembre de 1981, y lo siguió siendo en los altos mandos en torno de Galtieri hasta poco antes del 2 de abril.

Huida hacia adelante

Otro factor que impulsó el conflicto con Chile y más tarde la reconquista militar de las islas Malvinas se relaciona con los móviles comúnmente denominados “huida hacia adelante”. Cuando los militares supieron que más tarde o más temprano buena parte de la opinión pública mundial y de la sociedad argentina los iba a obligar a rendir cuentas por sus crímenes, la necesidad de permanecer en el poder apelando al nacionalismo con su manto de confusiones se hizo más urgente que nunca. A esto se sumaban el derrumbe económico declarado en 1981, el resurgimiento de la protesta obrera y el agravamiento de la competencia interna de poder, que amenazaba con fragmentar al régimen desde arriba. La acumulación de fracasos condujo a la dictadura a jugar su carta más arriesgada en Malvinas: 1) El fracaso para esconder el genocidio o consensuar su impunidad. 2) El fracaso económico, difícil de soslayar en una situación de bancarrota como la declarada en 1981. 3) El fracaso político en el momento de engendrar lo que el Videla denominaba “una descendencia del Proceso que no fuera el antiproceto”, sino su propia cría. La carga de frustraciones propias

75 *Ibíd.*, pp. 86-89.

quizás alcanzaría para explicar una manera tan riesgosa de afrontar la encrucijada. Pero el tamaño de la aventura que el régimen estaba dispuesto a emprender se correspondía también con la magnitud de las frustraciones golpistas anteriores a 1976: los fracasos de las dictaduras precedentes, que deben sumarse a los tres ya enumerados. La insoportable pesadilla que empujaba al Proceso a una acción como Malvinas estaba compuesta de las imágenes de 1969 y 1973: renacimientos de la protesta social que habían señalado el fracaso rotundo de los proyectos golpistas de 1955 y 1966. Esas imágenes eran nuevamente evocadas por el resurgir de la protesta en 1981 y 1982.

La intermitencia de golpes de Estado malogrados al momento de perpetuarse en el poder constituye un rasgo particular de la Argentina que diferencia su última dictadura en el concierto de las dictaduras latinoamericanas y europeas como la franquista. Junto con Bolivia, otro país de marcada intermitencia golpista, el caso argentino presenta la ambivalencia de un golpismo adelantado y reincidente, pero relativamente débil en el momento de prolongar su dominio sobre los sectores populares. La pesada carga de reparar los fracasos de las dictaduras de 1955 y 1966 contribuye a explicar el contraste entre el accionar precipitado de la última dictadura argentina que se autodestruyó en Malvinas, y la manera en que perduraron las dictaduras en Paraguay (1954-1989), Brasil (1964-1985) y Chile (1973-1989). Especialmente la última de

ellas controló los tiempos y la forma de la transición a la democracia del modo que hubieran deseado los militares argentinos.

Mientras duró, la confusión nacionalista permitió que el 2 de abril Galtieri fuera aclamado por añadidura en las plazas del país, en las escuelas y en los cafés, en los estadios de fútbol y en las colas de los bancos. La ceguera sería compartida por los militares y buena parte de la sociedad, que se limitó a actuar como si ignorara los peligros que se avecinaban. Unos y otros se aferraron a las ilusiones que habían germinado en ámbitos castrenses. Al principio, la ilusión de que Inglaterra no respondería. No se percibía que para la refundación conservadora liderada por Margaret Thatcher la guerra significaba una oportunidad espléndida para superar sus propios fracasos después de tres años de tozudo neoliberalismo.

Cuando se hizo evidente que Inglaterra sí respondería, que de hecho una de las armadas más poderosas del mundo estaba en camino con la asistencia de su aliado histórico, la conducción militar argentina no encontró la forma de evitar la guerra sin retroceder en la reconquista armada. Entonces se renovaron ilusiones basadas en la leyenda del soldado criollo, que nunca había perdido una guerra; o en el voluntarismo de los argentinos que, si era necesario “volverían a tirar aceite hirviendo desde los balcones como en 1806”. Si Malvinas implicó el apogeo de la irracionalidad transmitida de arriba hacia abajo, es importante distinguir su nacimiento den-

tro del ámbito militar de su irradiación triunfalista a la sociedad por medio del más penetrante operativo de comunicación.⁷⁶

La capacidad del régimen para instalar escenarios que prolongaran el tiempo de descuento provenía, como ya vimos, de su inmensa necesidad de enmendar los fracasos históricos del golpismo en la Argentina. Pero, ¿cómo fue posible que la lucha anticomunista librada por los militares argentinos en nuestro país, en Bolivia y en Centroamérica mutara a una guerra contra el centro hegemónico del anticomunismo mundial? No es sencillo explicar que quienes habían creído encarnar la reserva moral de “Occidente”, dada la supuesta defección de Estados Unidos de Carter, ahora enfrentaban al “Occidente” recuperado de Ronald Reagan y Margaret Thatcher, es decir, a sus aliados quintaesenciales. Respondiendo a este interrogante, Horacio Verbitsky concluye que Malvinas fue la culminación de una compleja serie belicista con cambios de matriz ideológica producidos por la huida hacia adelante y la competencia interna de poder. El modo en que esta guerra continuó la cadena de intervenciones iniciada por la lucha antisubversiva, el Operativo Soberanía y la Operación Calipso en Centroamérica demuestra, en palabras del autor, cómo “una idea surgida en un contexto específico y con objetivos bien acotados

podía convertirse en otro proyecto, una vez metabolizada en una matriz ideológica diferente”.⁷⁷ Por extraño que parezca, la guerra contra los líderes de la OTAN fue colateralmente provocada por los militares argentinos que estaban dominados por anteojeras ideológicas correspondientes al mismo bando de la Guerra Fría que el de sus repentinos oponentes. Por razones muy laterales se estaba tornando inevitable la paradójica “última batalla de la tercera guerra mundial”.

Lo paradójico del nuevo enfrentamiento nos permite plantear la siguiente pregunta: ¿hubo en la última empresa de la dictadura argentina algo análogo a lo que Timothy Mason denominó “primacía de la política” para referirse al predominio de los intereses político-ideológicos de Hitler y de su partido sobre los intereses económicos de la clase dominante alemana?⁷⁸ ¿En qué medida los intereses de la clase dominante argentina, que la dictadura estaba reconstituyendo desde 1976 —cosa que pretendía seguir haciendo con un neoliberalismo más integral como el que proponía el nuevo ministro de economía Roberto Alemann—, estaban representados en la aventura bélica?

En una primera instancia todo dependía del resultado de la guerra. Si por alguna circunstancia contraria a los hechos, la última dictadura hubiera usufructuado una victo-

76 Para Verbitsky el triunfalismo no había arraigado en la sociedad antes de la campaña mediática. Véase ob. cit., cap. 16.

77 *Ibíd.*, p. 53.

78 Véase Timothy W. Mason, “La primacía de la política: política y economía en la Alemania nacionalsocialista”, en *El fascismo europeo*, S. J. Woolf (comp.), Grijalbo, México, 1974.

ría similar a la que obtuvo Margaret Thatcher, sin que, por otra circunstancia contraria a los hechos, eso hubiera aislado a la Argentina del centro del capitalismo mundial, es de imaginar que este hipotético escenario podría haber permitido a los grupos económicos consolidar sus reformas tendientes a un neoliberalismo completo, con privatizaciones como las que propiciaba Alemann.⁷⁹ Lo cierto es que, siendo el resultado tan distinto, Malvinas pronto sería vista por los grupos económicos como una peligrosa aventura de los militares cuya permanencia en el poder se tornaba cada vez más imprevisible. En 1981, el embajador norteamericano Raúl H. Castro había reportado en un informe a su gobierno: “Si Massera llegara a ser alguna vez el nuevo caudillo de la Argentina es imposible imaginar qué política aplicaría”.⁸⁰ En 1982, era la corporación militar la que transmitía esa sensación a los gobiernos del mundo y a la clase dominante local. Curiosamente, dentro del espectro político argentino una de las voces más reacias a la guerra de Malvinas fue la de Álvaro Alsogaray, el más insistente mentor del neoliberalismo profundo al estilo Hayek, Friedman y Thatcher que existió en la Argentina.

A diferencia de la Alemania nazi, durante Malvinas no llegaría a implantarse una

economía de guerra en la que se implementarían contribuciones obligatorias que afectarían directamente a los sectores dominantes bien representados por el ministro Alemann. Por el contrario, a poco de asumir Galtieri otorgó luz verde a su ministro de Economía para llevar a cabo un plan de ajustes y privatizaciones a gran escala, mucho más directas que las privatizaciones periféricas llevadas a cabo por Videla y Martínez de Hoz.

No obstante, el marco de imprevisión había llegado tan lejos que en el seno del *establishment* económico comenzaba a instalarse la idea de abandonar a los “compañeros de viaje”. Según Eduardo Basualdo, “el partido militar” había dejado de ser funcional a la consolidación del nuevo modelo económico, que requería mantener en movimiento los flujos de capital con la banca internacional.⁸¹ Había llegado el momento de recuperar el control cedido a los militares. Los sectores dominantes podrían hacerlo, en parte porque no habían perdido su autonomía, y sobre todo porque los militares ya no tenían cómo sostenerse en el poder. A diferencia de la Alemania nazi, donde las burguesías más encumbradas habían perdido su control del Estado en manos del nacionalsocialismo, en la Argentina quedaba de manifiesto lo blanda y efímera que había sido la “primacía de la política” sobre los intereses

79 Siempre y cuando lo permitiera la consiguiente oleada nacionalista que la victoria traería aparejada.

80 Seoane y Muleiro, ob. cit., p. 355.

81 Eduardo Basualdo, *Sistema político y modelo de acumulación en la Argentina. Notas sobre el transformismo argentino durante la valorización financiera*, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, agosto de 2001, pp. 35-36.

económicos en el final de la dictadura. En este aspecto, el Proceso siempre había estado lejos de ser un “totalitarismo” independiente de la clase dominante, tal como Arendt o Mason concebían el régimen nazi.

El eje de las convocatorias nacionales es útil para indagar la relación entre el régimen y la sociedad argentina, que una y otra vez se vio envuelta en las empresas que sus captores le formularon. Las fantasías de éxito y de perduración en el poder que el Proceso fue concibiendo tuvieron buena acogida en vastos sectores de la sociedad: “Los desaparecidos no existen, son un invento de la campaña antiargentina”, la plata dulce y la invasión de artículos importados como señal de un relanzamiento económico del país, el triunfalismo de Malvinas, fueron los principales engaños de corta duración, pero de mucha intensidad, que el régimen logró instalar a través del control de los medios.

En los últimos años han proliferado estudios y relatos sobre la resistencia obrera, barrial, artística o estudiantil, pero muy pocos sobre los sectores atomizados, sobre los individuos que procesaron la propaganda oficial en soledad y llenaron las plazas durante el Mundial 78 y Malvinas: los efímeros hombres-masa del Proceso que absorbieron la propaganda oficial en el marco de lo que Arendt consideraba la soledad organizada por la dominación total. Reconstruir la recepción social de las ficciones que el régimen montaba es instalarnos en el cotidiano



mental de quienes se encontraban básicamente aislados de cualquier contradiscurso. Arendt señalaba que las masas de la sociedad totalitaria solían surgir no sólo de una sociedad aislada del mundo exterior, sino también de una sociedad muy fragmentada por la competencia interna; para ella “la característica principal del hombre-masa no era su brutalidad sino su aislamiento y su falta de relaciones sociales normales”.⁸²

Con respecto a la dictadura argentina, apenas ha comenzado a desarrollarse una “historia desde abajo”, socialmente discriminada, que contemple a su vez otras variables de recepción. Los distintos modos en que esa dictadura era interpretada no sólo se vinculaban con las “visibilidades” propias de cada lugar de la estructura social, sino también con la cercanía o lejanía de los circuitos de información alternativos que permitían poner en duda la propaganda oficial, trascender la “desinformación organizada” y la manipulación emocional.

Como sucedió con otras experiencias catastróficas acerca de las cuales se trata de determinar el grado de complicidad, oposición, resistencia, indiferencia, negación o evasión de los distintos sectores sociales, las imágenes sociales de la última dictadura importan tanto como el hecho histórico.

82 Arendt, ob. cit., vol. 2, p. 398.

Locos de la bandera: silencio y recuerdo en la posguerra

Locos de la bandera es un documental producido por la Comisión de Familiares de Caídos en Malvinas e Islas del Atlántico Sur, con el apoyo del Instituto Nacional del Cine y Artes Audiovisuales (INCAA). Fue estrenado en julio de 2005 de manera simultánea en cine y televisión.⁸³

“Veintidós años tratando de armar un rompecabezas”: con estas palabras Juan, el hijo de un soldado caído en Malvinas, nos introduce a una indagación del sentido de la guerra, estrechamente ligada a su búsqueda de identidad. Las interrogaciones de Juan guiarán la exploración que el documental propone: “Hay quienes necesitan inventar un pasado transparente donde sólo haya buenos y malos. Los que recuerdan así se anotan del lado de los primeros [...] Uno se parece a los recuerdos que elige conservar”. Estas palabras reflejan la necesidad de los familiares y excombatientes de otorgar un sentido positivo al hecho histórico. *Locos de la bandera* intenta desconectar el nacionalismo de sus portadores institucionales, las FF.AA. En su búsqueda por hallar un valor trascendente, encuentra su curso de acción en regenerar el patriotismo sobre la base del sacrificio de los héroes. Como la lucha por el reconocimiento y la dignidad no se puede apoyar ni en la dictadura, ni en la sociedad que reniega de ellos, invierte el sentido de la “patria” al asociarla con los caídos, su pureza y sacrificio, sin victimización. Pero, ¿los actos

de coraje en sí mismos le dan sentido al hecho histórico, o los soldados demostraron un patriotismo que no era acompañado por el hecho? Para los familiares entrevistados, hay una causa más allá de los militares, una dignidad generacional más trascendente que las especulaciones de una dictadura. La búsqueda de un universo de sentido alrededor de lo inexplicable llega también a Dios: “Me pide algo y se lo doy”, dice la madre de un soldado caído en la guerra.

En sus trabajos sobre las representaciones colectivas de la guerra de las Malvinas, Rosana Guber nos advierte que las dificultades de la sociedad argentina para asignarle al hecho un lugar en la historia sólo pueden explicarse llevando la vista más atrás en el tiempo, a los orígenes de la “causa nacional”, y haciendo recorrido completo hasta “la guerra absurda”. A diferencia de las otras “empresas nacionales” que propuso la dictadura, Malvinas era una causa fuertemente arraigada en la sociedad antes de que el régimen sorprendiera a todos con la recuperación militar. Una cadena de reclamos y episodios sonoros en torno de las islas acompañaba la historia de la Argentina moderna y generaba efectos sobre la opinión pública muy vinculados a las incidencias políticas: los reclamos de Rosas desde la ocupación inglesa en 1833; el alegato contra el olvido de José Hernández, quien en 1869 publica *Islas Malvinas. Cuestiones graves*, el libro de

83 En algunas notas periodísticas la película también es mencionada con el título *Locos por la bandera*.



Paul Groussac escrito en francés y publicado en 1910; la traducción de Alfredo Palacios al español acompañada por otro alegato de gran repercusión en el Congreso Nacional (1934); la articulación de la causa Malvinas con el revisionismo histórico, llevada a cabo por los hermanos Irasusta, y el operativo del Grupo Cóndor en 1966.

La llamada “malvinización” de la sociedad era previa a la dictadura. Las pocas horas que mediaron entre la mañana del 2 de abril de 1982 y el mediodía en que las plazas se llenaron demuestran lo instalada que estaba la causa en la estructura de los sentimientos nacionales. Como la figura unánime de José de San Martín, Malvinas ocupaba un lugar privilegiado en el imaginario histórico. Tenía, según Guber, el estatus de una causa nacional purísima con la que “no se podía especular”, aunque, precisamente por eso, era un tentador instrumento político. Entre los usos de Malvinas anteriores a 1982, la autora destaca el Operativo Cóndor, del 28 de junio de 1966.⁸⁴ La operación del grupo de jóvenes peronistas que en 1966 habían secuestrado un avión y lo habían hecho aterrizar en las islas para declararlas argentinas en un acto de reafirmación soberana, dirigido en primera instancia contra el usurpador inglés y, en segunda instancia, contra el usurpador interno, Onganía. Para Guber, la maniobra de “Los Cóndores” ya había puesto de

manifiesto el modo en que la causa nacional, supuestamente limpia de intereses partidarios, podía servir precisamente para dirimir los conflictos internos. Salvando las inmensas distancias, los operativos de 1966 y 1982 tuvieron en común su carácter abrupto y sorpresivo, así como la convicción de que la instrumentación política de Malvinas difícilmente podía ser denunciada como oportunista y especuladora sin que la denuncia pareciera ella misma una especulación mezquina. En palabras de Guber, “la extraordinaria vigencia de la reivindicación argentina de las islas Malvinas puede explicarse, entonces, y paradójicamente, como resultado de la representación de esta causa nacional como incontaminada por la política pero, a la vez, como una reivindicación que ha permitido expresar demandas políticas en un idioma considerado legítimo, aun bajo las más duras gestiones militares: el idioma de la Nación.”⁸⁵

Millones de argentinos manifestaron haber sentido el 2 de abril un llamado de la escuela primaria, un requerimiento cargado de pureza que había sobrevivido al tiempo tan blanca como un guardapolvo: desde aquella juramentación hasta las plazas llenas, el tiempo se acortaba en una intensa primavera nacional. La indignación que más tarde provocaría esa evocación tan cándida revertiría en mayor resentimiento contra el régimen que la había suscitado, que había espe-

84 Guber, *¿Por qué Malvinas...?*, ob. cit., pp. 90-106.

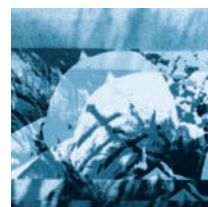
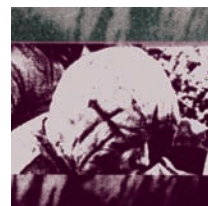
85 Guber, *ibíd.*, p. 107.

culado con ello, siendo tan astuto con los argentinos y tan torpe con el enemigo externo. Sin embargo, para Guber, el móvil principal de la “reacción anti-Malvinas” en la posguerra estuvo dado no sólo por el derrumbe de una ilusión triunfalista que había tomado un alto vuelo, sino principalmente porque en adelante los argentinos identificarían el hecho histórico con la dictadura.⁸⁶

Ningún otro anhelo nacional o ilusión colectiva sufrió un desplome tan abrupto como la recuperación militar de Malvinas, 74 días después de la reconquista. No fue sólo un final precipitado, sino el modo en que salieron a la luz las miserias en el frente interno. A los ojos de una sociedad que a partir de este momento se sentía liberada de la dictadura, la revelación de los engaños transformó a Malvinas en la “guerra irracional, inadmisible”. El sentido de “Malvinas” y de la “guerra” se desmoronó no sólo por el sentimiento de culpa colectiva de haber empujado a los soldados con mensajes exaltados. Malvinas revelaba que todo lo que dijera la dictadura ocultaba lo contrario, hundía para siempre las condiciones de posibilidad de su discurso. Al tiempo que implicaba una conmoción muy grande para los medios de comunicación. Los periodistas más identificados con el triunfalismo de Malvinas se esfumarían de los medios como pocas veces había sucedido en un país cargado de sueños públicos desengañados.

A diferencia de otras iniciativas de la dictadura, Malvinas tampoco llegó a convertirse en una causa enteramente repudiable, porque persistía el sacrificio entregado por los soldados, porque las Malvinas eran, a pesar de todo, argentinas, y porque el sentimiento nacional defraudado no se revelaba impuro. La ambivalencia del hecho generó entonces sentimientos contradictorios. La complejidad de tratar el tema sin considerar la de Malvinas como una “guerra absurda”, y sin menospreciar el sacrificio y el justo reclamo territorial, dejó el tema en un estado de latente postergación. En la propia mirada de los excombatientes la ambivalencia quedaría reflejada, aunque con el tiempo la reivindicación del hecho heroico se impondría en el balance, como podemos constatar en los testimonios de *Locos de la bandera*.

En su trabajo *Las guerras por Malvinas*, Federico Lorenz ha recogido una amplísima gama de testimonios formulados en el momento de la guerra y años más tarde de manera retrospectiva. Los relatos muestran que, a pesar del consenso mayoritario, existían contradicciones con la empresa súbitamente instalada por las FF.AA. Los siguientes testimonios recopilados por Lorenz ilustran cómo se visualizaba el hecho desde ámbitos muy singulares de recepción: el exilio, la detención, la pertenencia a una organización política armada, como Montoneros, o la cultura del rock nacional que por entonces emergía.



86 Guber, *ibíd.*, pp. 112-113.

Nosotros, desde México, habíamos sacado una declaración imperdonable, que, para peor, era algo más que una declaración, era una especie de estudio que yo quise creer que no iba a ser publicado, que no había sido escrito para que se le diera difusión pública. De todas maneras, yo estaba de acuerdo con lo que ahí se decía; las primeras respuestas críticas que recibimos nos hicieron ver lo errónea que era nuestra posición. Todavía no logro explicarme cómo pudimos escribir esa declaración. Fue quizá más que un grueso error. No era, por supuesto, una alabanza a la junta militar; se decía, por el contrario, que era una banda de asesinos, pero lo que se reafirmaba era que las Malvinas eran argentinas y que se habían recuperado... Esta declaración suscitó muchas discusiones y autocríticas. Si me preguntan ahora sobre Malvinas, yo me niego a hablar, porque ya lo hice y mal, así que prefiero que hablen otros.

**Emilio De Ipola (sociólogo en el exilio),
entrevista con Javier Trímboli y Roy Hora.
Citado por Lorenz, ob. cit. p. 44.**

Yo había participado muy activamente, entre estos grupos sueltos, en la organización de la movilización del 30 de marzo. Habíamos estado muy cerca de Ubaldini en ese episodio, en la organización [...] Habíamos puesto grupos bastante nutridos, no tanto de miembros de agrupaciones, porque no las teníamos, más bien de amigos. Fuimos nosotros, nuestras novias [...] fuimos reprimidos duramente [...].

Hasta la marcha gigante de Muñoz, yo estaba... ni siquiera en contra de la guerra: no me lo creía, no creía que esto estuviera ocurriendo [...] Los hitos son que no lo creía, que en algún momento cambió mi modo de mirar las cosas, juraría quizá que por lo masivo de la movilización aquella. Fuimos a esa marcha, y nos pasamos puteando todo el acto a Galtieri [...] Luego sí terminé, después del bombardeo del primero de mayo [...] Me anoté de voluntario [...]

Entrevistadora: ¿Cómo es eso?

Supongo que... que se activaron los antiguos fragmentos de nacionalismo popular revolucionario de izquierda, los aires latinoamericanistas... los montoneros exiliados diciendo que venían a combatir... los aviones de Perú ofrecidos a las FF.AA... Un combate antiimperialista clásico. Yo nunca había sido muy fervoroso partidario de la causa Malvinas, honestamente [...] Nunca fue para mí un tema que me llamara la atención [...] pero bueno, lo del bombardeo sí me parece más fuerte.

**Alejandro Cataruzza (por entonces militante peronista y estudiante de historia).
Citado por Lorenz, ob. cit., pp. 48-49.**

Malvinas fue un sacudón y una discusión muy grande [...] yo fui parte de los presos que decíamos que más allá de que nosotros éramos presos de la dictadura y combatíamos a la dictadura, éramos enemigos de la dictadura, éramos víctimas de la dictadura, etcétera, pero teníamos ese sentimiento de Malvinas que nos venía de nuestros viejos, de nuestra formación política, ideológica. Teníamos el orgullo del papel de Dardo Cabo, que fue aquel argentino que pisó Malvinas cuando secuestraron el avión en los años 60, que después mata la dictadura estando preso [...] siempre vimos Malvinas como parte de lo que es nuestra lucha nacional [...] Teníamos que ver de qué manera no permaneciáramos ajenos a la gesta de Malvinas.

**Jorge Giles (por entonces preso de la dictadura).
Entrevista citada por Lorenz, ob. cit., p. 54.**

Lo del Festival de la Solidaridad fue un invento de los managers del rock para hacer algo con el tema. Todo el mundo estaba participando pero el rock no quería formar parte del circo que fue lo de la guerra. Hasta que en un momento se decidió que había que aportar, pero no desde el triunfalismo sino desde la paz. Al menos ésa era mi posición. Me llamaron para cantar Sólo le pido a Dios, un tema que

los colimbas cantaban en las Malvinas, y solamente por eso fui. Pero me sentí muy mal, es el único recuerdo que tengo. No me acuerdo de los detalles ni de los otros músicos, ni de la gente que fue. Solamente me acuerdo de una sensación horrible y de los pibes de 18 años. Por lo demás, siempre me importó un carajo el tema del nacionalismo planteado en estos términos o la preocupación de dos islas de mierda perdidas en el mar. Lo único en lo que pensaba mientras cantaba Sólo le pido a Dios era en los pibes que estaban pasando hambre y frío sin posibilidades de hacer nada. Cuando terminó la guerra y supe que la comida no les llegaba, que los torturaron por robar un poco de comida o que los chocolates que la gente donaba en Buenos Aires aparecían en kioscos de Rosario confirmé todo lo que sospeché en ese momento. Me di cuenta de que los militares argentinos no sirven para nada, ni siquiera para la guerra. Y que la única vez que consiguieron un triunfo, por así decirlo, fue cuando torturaron y mataron a los indefensos, a los que no tenían más armas que la palabra o las ideas: los desaparecidos.

León Gieco, testimonio
citado por Lorenz, en ob. cit., p. 59.

Pero sin duda que las experiencias más intensas y dolorosas desde las cuales se configuraron distintas visiones de la guerra y la posguerra, las vivieron los 10.000 soldados argentinos que combatieron en Malvinas y sus allegados. Guber y Lorenz no sólo recogen y analizan sus testimonios sino que los ordenan de tal modo que pueda apreciarse el recorrido de la memoria y de la construcción identitaria de los excombatientes o veteranos de guerra, cuyo rumbo se direccionaría hacia la reivindicación de la expe-

riencia, como vemos en *Locos de la bandera*. Diversos testimonios del filme recomponen el recorrido de “chicos de la guerra” a “veteranos de guerra” autoafirmados en su condición de soldados. Guber analiza ese mismo proceso de construcción de la identidad excombatiente en los primeros diez años de posguerra. El modo en que las identidades atribuidas por el resto social no combatiente se basaba en considerarlos “chicos de la guerra”, víctimas de una “guerra absurda”, sería negado a partir de la construcción autónoma de una identidad propia.

Esta identidad de veteranos de guerra se desarrolló por oposición a la identidad atribuida primero por el Ejército y luego por la sociedad, que renegaba de la “guerra absurda”. El primer paso implicó romper con la obligación del silencio que los militares quisieron imponer a los soldados conscriptos, haciéndoles firmar un compromiso de no hablar, o conteniéndolos en instituciones dependientes del Ejército, como la Casa del Veterano de Guerra. Luego, analiza Guber, deberían romper con la mirada “victimizadora” de la sociedad, que los relegaba al lugar de “chicos” o de “locos de la guerra”. En relación con *Los chicos de la guerra* de Bebe Kamin, algunos excombatientes comenzaban a decir: “La película no nos satisface porque nos representa como estúpidos e infantiles. No éramos tan indefensos e inofensivos como nos muestran. En ese momento estábamos dispuestos a dar la vida y a matar” (Verri en *Clarín*, 9 de agosto, 1984).⁸⁷

⁸⁷ Citado por Guber, *De chicos a veteranos...*, ob. cit., p. 157.

La experiencia vivida en la guerra fue el punto de apoyo desde el cual los excombatientes se plantaron ante la sociedad argentina como sujeto político. La plataforma de una construcción identitaria que se había desarrollado por oposición a las identidades atribuidas. Pero la experiencia de la guerra, traumática y vivificante a la vez, que posicionaba a los veteranos públicamente, debía remontarse al pasado para adquirir más consistencia, como toda causa trascendente. Esta función de nexo con el pasado lejano la cumpliría la corriente historiográfica más exitosa de la Argentina en cuanto a establecer visiones del pasado en el imaginario social más extendido: el llamado revisionismo histórico.⁸⁸ Desde Scalabrini Ortiz o Jauretche, el enemigo inglés era fácil de proyectar al pasado nacional todo, y así, la inscripción de Malvinas en la causa histórica de la liberación nacional dotaba a los veteranos de una trascendencia en el tiempo y en el espacio. Esto chocaría, según Guber, con el contenido pacifista que por entonces el presidente Alfonsín buscaba darle a la transición democrática, interpretando expectativas sensibles de buena parte de la sociedad contra todo discurso beligerante, incluyendo el de los excombatientes en su intento por recordar al enemigo inglés, en quien la sociedad no quería volver a pensar. La lucha contra la “desmalvinización” encontraba entonces una nueva resistencia. Más tarde, con la llegada del menemismo, la cooptación y frivolidad

colectiva de la época se transformarían en los nuevos obstáculos para vencer por la identidad de los ya “veteranos”. La construcción del cenotafio parecía congelar el componente identitario desarrollado por oposición al olvido y la desmalvinización, al otorgarle un lugar físico formalmente equiparable a “un lugar en la historia”.

Contra todos estos obstáculos que de algún modo constituyen distintas formas de silencio, neutralización o incluso olvido, se dirigen los testimonios bastante homogéneos de *Locos de la bandera*. Forman parte de una identidad tardía de “veteranos”. Los testimonios de los soldados muestran cómo a lo largo de la posguerra fueron acumulando argumentos contrarios a los lugares comunes más frecuentados para aniquilar el sentido de la guerra. Las pocas críticas al Ejército probablemente se deban a que en la Comisión de Familiares de Caídos conviven familiares de conscriptos y cuadros de la oficialidad caídos en la guerra. Pero sobre todo se debe a la prioridad de recuperar la causa nacional e incluso al enemigo inglés para fortalecer el sentido de la guerra. “Maravillosos 74 días”, “Ni pobrecitos, ni loquitos”, “No se puede decir que fue todo un manejo de la dictadura”, “Malvinas para el sistema educativo argentino es el borracho Galtieri”, “Malvinas, ¿es solamente el nombre de una guerra?”, “*No picnic*”: estas voces remiten a un difícil proceso de construcción identitaria y búsqueda de sentido histórico para un hecho cargado de aspectos ambivalentes.

88 Rosana Guber, *De chicos a veteranos...*, ob. cit., pp. 113-133.



Actividades

1. Torbellinos de ideas y reflexión: “Malvinas”, miradas de la guerra.

1. Ofrecemos a continuación una selección de textos, poesías y artículos periodísticos que den cuenta de los diferentes modos de pensar Malvinas, la guerra y la posguerra, para trabajar con sus alumnos.

A partir de ellos analizar las siguientes miradas de “Malvinas”, vinculando lo singular de cada una con el momento político en que fueron delineadas. La actividad es desde luego más rica si se la acompaña con los trabajos de Guber y Lorenz, donde se desarrollan las grandes matrices de la representación y la memoria.

La hermanita perdida (fragmento)

Atahualpa Yupanqui (París, 1971)

*Malvinas tierra cautiva
de un rubio tiempo pirata.
Patagonia te suspira.
Toda la pampa te llama.
Seguirán las mil banderas
del mar, azules y blancas.
Pero queremos ver una
sobre tus piedras clavada.
Para llenarte de criollos.
Para curtirte la cara
hasta que logres el gesto
tradicional de la patria.
¡Ay, hermanita perdida!
Hermanita: vuelve a casa.*

Esta actividad fue concebida por un grupo de capacitadores docentes que desde hace tiempo dirige los talleres sobre cine e historia de la Argentina reciente, en La Pampa.⁸⁹ En una jornada dedicada a Malvinas y las miradas de la guerra, se programó el siguiente trabajo. La jornada comenzaba con la exhibición de *Iluminados por el fuego*, pero antes se pedía a los docentes que en forma anónima anotaran en un papel el adjetivo o sustantivo que les viniera a la mente para dotar de significado a la palabra Malvinas. Para este primer registro de la memoria los capacitadores buscaron tomar desprevenidos a los asistentes, procurando que en el papel se reflejara la asociación ya establecida en la conciencia, que la reflexión mediara lo menos posible. El término disparador no refería necesariamente a la “guerra” de Malvinas ni a su posguerra. Los papeles recolectados se guardaron para ser interpretados al final de la jornada.

Tras la proyección de *Iluminados por el fuego* surgió un debate sobre la guerra y las dificultades de la posguerra para darles a la gesta y a los soldados un lugar en la consideración pública. El filme había generado un estado de emoción y desahogo disparador del recuerdo personal de los asistentes sobre su propia recepción del hecho y la recepción colectiva en distintos momentos, antes, durante y después de la guerra. Luego hubo una conferencia sobre las “causas frías” del conflicto, los caminos que habían conducido a la dictadura a emprender la reconquista militar. Y finalmente en los talleres de la tarde tuvieron lugar las actividades que, más distantes del momento emotivo, ponían a dialogar lo anterior con los trabajos de Guber y Lorenz en torno de la construcción de miradas, memorias e identidades alrededor de Malvinas. Siguiendo a estos autores, los capacitadores trazaron un desarrollo de las representaciones en torno de las islas, desde 1833 hasta la construcción del cenotafio y el intento de congelamiento de la experiencia de la guerra en los años 90.

Los capacitadores de La Pampa acercaron a los asistentes de la jornada en General Pico algunas fuentes para debatir sobre los muy diversos modos de pensar Malvinas, la guerra y la posguerra. Los textos eran complementados con materiales visuales múltiples, que incluían originales de medios gráficos.

Sobre el final de la jornada, los capacitadores revelarían los resultados del torbellino de ideas que se había efectuado en la mañana. El dolor de los soldados había estado en un primer plano de la asociación de conceptos que se había estimulado como primera actividad. Por encima de cualquier otra cuestión los asistentes habían asociado Malvinas con “sufrimiento”, “dolor”, “injusta”, “masacre”, “desgarrante”, “herida”, “martirio”, “frío”. Seguramente que a lo largo de la jornada los asistentes pudieron tomar distancia de ese primer sentimiento que de algún modo paralizaba la reflexión, y analizar su propia mirada de la guerra al contrastarla con otras.

⁸⁹ Talleres “Los jóvenes, arte y política en los años 70, 80, 90 y 2000” (La Pampa). En las personas de María Claudia García y José Perrotta Ramos, agradezco al equipo de capacitadores por haberme permitido observar su taller de cine e historia reciente destinado a docentes de la enseñanza media, y por haberme facilitado materiales y detalles de las actividades elaboradas por ellos.

Discurso de Galtieri, 2 de abril de 1982 (fragmento)

Compatriotas: En nombre de la junta militar y en mi carácter de presidente de la Nación hablo en este crucial momento histórico a todos los habitantes de nuestro suelo, para transmitirles los fundamentos que avalan una resolución plenamente asumida por los comandantes en jefe de las FF.AA. que interpretaron así el profundo sentir del pueblo argentino.

Hemos recuperado, salvaguardando el honor nacional, sin rencores, pero con la firmeza que las circunstancias exigen, las islas australes que integran por legítimo derecho el patrimonio nacional. (Mensaje presidencial desde Casa Rosada, viernes 2 de abril de 1982, 14.30; Clarín, 3/4/82.)

Comunicado radial de Galtieri, 2 de abril de 1982

Y Galtieri salió al balcón ante la gritería del público. Saludó con la mano. Alzó sus brazos y sonrió. Levantó los pulgares. Se retiró. Y minutos después apareció en otro balcón donde estaban los micrófonos. Su discurso, en esta ocasión, fue más vibrante [que el mensaje radial]. Habló sin eufemismos: “Aceptaremos el diálogo después de esta acción de fuerza, pero en el convencimiento de que la dignidad y el orgullo nacional han de ser mantenidos ‘a toda costa y a cualquier precio’ [...] En estos momentos miles de ciudadanos hombres y mujeres, en todo el país, en todos los pueblos, en las pequeñas granjas, en las ciudades y en esta Plaza de Mayo histórica, que ha marcado rumbos a través de la historia nacional, ustedes, los argentinos, están expresando públicamente el sentimiento y la emoción retenida durante 150 años a través de un despojo que hoy hemos lavado [...] estoy seguro que cada uno de ustedes hombres, mujeres, la gran juventud argentina y la niñez, están sintiendo como yo [...] alegría y tremenda emoción por este acto argentino.” (Clarín, 3/4/82.)

Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas, abril de 1982

A la Opinión Pública;

Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas que sufrimos el dolor de la ausencia de nuestros seres queridos detenidos y desaparecidos somos partícipes del grave conflicto que sufre nuestro pueblo.

En momentos en que miles de jóvenes argentinos, entre ellos nuestros hijos, sobrinos, nietos, están en el sur para defender nuestra patria, no podemos dejar de pensar en nuestros detenidos y desaparecidos, que seguramente hubieran apretado filas junto a los soldados y que no pueden hacerlo por su injusta desaparición.

Anhelamos fervientemente que regresen victoriosos, aguardándolos con la misma esperanza con que esperamos todos los días, la vuelta de nuestros detenidos desaparecidos. (Clarín, 8/5/82.)

Discurso de Alfonsín, Semana Santa, Abril de 1987

Compatriotas. Felices Pascuas. Los hombres amotinados han depuesto su actitud. Como corresponde serán detenidos y sometidos a Justicia. Se trata de un conjunto de hombres, algunos de ellos héroes de la guerra de las Malvinas, que tomaron esta posición equivocada y que reiteramos que su intención no era provocar un golpe de Estado. [...] Para evitar derramamiento de sangre he dado instrucciones a los mandos del Ejército para que no se procediera a la represión y hoy podemos dar gracias a Dios, la casa está en orden y no hay sangre en la Argentina. (Clarín, 20/4/87.)

El visitante

(Almafuerte, 1999)

Olvidar

*yo sé bien que no podés
como la sociedad olvida
que fuiste obligado a marchar,
en su defensa.*

*Recordando el mal momento
atrincherado en tu habitación;
soledad, humo y penumbras
despertares de ultratumba.*

*Apocalipsis del sustento interior
andar sin encontrarle alivio al tormento
desesperante, mórbida aflicción
del visitante y su castigo.*

*Fui elegido, para cantarte
por quienes quieren olvido restarte
grave pesado más no inconsciente
yo le lo mando excombatiente [...]*

Discurso del presidente del Centro de Ex Soldados
Combatientes de Malvinas

Acto del 2 de abril de 1986

La idea de realizar una movilización al Cabildo surgió de la necesidad de acercar la causa de Malvinas a las causas por la liberación nacional, que embanderan cotidianamente a nuestro pueblo. Cuando la reacción y la oligarquía quieren hablar, golpean las puertas de los cuarteles, cuando es el pueblo el que quiere expresarse, golpea las puertas de la historia. En muchas oportunidades nos critican por levantar consignas que algunos “demócratas” tildan de políticas. Bien saben que nuestra organización lucha por los problemas que, desde la culminación de la guerra de las Malvinas, padecemos los ex combatientes. Pero se olvidan –y lo anunciamos sin soberbia– que nuestra generación ha derramado sangre por la recuperación de nuestras islas y que eso nos otorga un derecho moral [...] Durante la guerra de Malvinas se expresó una nueva generación de argentinos que, después de la guerra, conoció las atrocidades que había cometido la dictadura. Nosotros no usamos el uniforme para reivindicar ese flagelo que sólo es posible realizar cuando no se tiene dignidad. Nosotros usamos el uniforme porque somos testimonio vivo de una generación que se lo puso para defender la patria y no para torturar, reprimir y asesinar.

Editorial del diario *La Nación* sobre el emplazamiento del cenotafio

Es de presumir que el emplazamiento fue escogido –no se sabe a ciencia cierta por quién– porque enfrenta a la ex plaza Británica, ahora denominada Fuerza Aérea Argentina y a la famosa y tradicional Torre de los Ingleses. La decisión no es afortunada, pues parecería querer afirmar en el tiempo una actitud de hostilidad, inconducente con los objeti-

vos de recuperación de los derechos argentinos sobre las islas y en nada acorde, además, con la política de restablecimiento de las relaciones con Gran Bretaña propugnada, razonablemente, por el gobierno nacional. (La Nación, 14/5/90.)

La guerra de Malvinas según Borges (1982)

Ingenua o maliciosamente (opto por el primer adverbio, ya que la mente militar no es compleja) se han confundido cosas distintas. Una, el derecho de un Estado sobre tal o cual territorio; otra, la invasión de ese territorio. La primera es de orden jurídico; la segunda es un hecho físico. Se ha invocado el derecho internacional para justificar un acto que es contrario a todo derecho. Esa transparente falacia, que no llega a ser un sofisma, tiene la culpa de la muerte de un indefinido número de hombres, que fueron enviados a morir o, lo que sin duda es peor, a matar.

Las islas (fragmento de la novela de Carlos Gamerro, 1998)

–Las más claras son de picana. Las más oscuras son de quemaduras de cigarrillos. Y no te asustes, que tienen más de diez años. Ya no muerden. ¿O sos de los compasivos? ¿Podés apagar la puta luz, ahora? ¿O querés ver más? Mirá. Abrió los brazos y los extendió a los lados. Me levanté y apagué. Sin acercarme de nuevo a su cuerpo, que adiviné tenso, hostil, apretado como una almeja cerrada, hablé sin pensar.

–¿Te creés que tenés el monopolio del sufrimiento? Cuando tenía diecinueve me mandaron a Malvinas, me hirieron en la cabeza y estuve un año sin poder hablar. Claro, ya sé, no se compara con lo tuyo. Estoy muy bajo en el ranking. No tengo derecho a quejarme.

2. Se sugiere que los alumnos investiguen en los sitios de Internet sobre “Malvinas” las visiones predominantes sobre la guerra y posguerra a casi veinticinco años del conflicto. Pensar una serie de ejes (por ejemplo, sentido de la guerra, del soldado argentino) que sirvan a los alumnos como criterios de análisis de la información recogida.

Bibliografía

- BALZA, Martín, *Malvinas. Gesta e incompetencia*, Atlántida, Buenos Aires, 2003.
- BLAUSTEIN, Eduardo y ZUBIETA, Martín, *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso*, Colihue, Buenos Aires, 1998.
- CARDOSO, Oscar; KIRCHBAUM, Eduardo y VAN DER KOOY, Eduardo, *Malvinas. La trama secreta*, Buenos Aires, Planeta, 1992.
- CASTIGLIONE, Marta, *La militarización del Estado en la Argentina (1976-1981)*, Centro Editor, Buenos Aires, 1992.
- LÓPEZ JORDÁN, Alberto, *El Proceso 1976-1983*, Emecé, Buenos Aires, 1993.
- GUBER, Rosana, *¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2001.
- De chicos a veteranos. Memorias argentinas de la guerra de Malvinas*, Editorial Antropofagia, Buenos Aires, 2004.
- LORENZ, Federico, *Las guerras por Malvinas*, Edhasa, Buenos Aires, 2006.
- NOVARO, Marcos y PALERMO, Vicente, *La dictadura militar 1976-1983. Del golpe de Estado*.
- PASSARELLI, Bruno, *El delirio armado. Argentina y Chile, la guerra que evitó el Papa*, Sudamericana, Buenos Aires, 1998.
- ROMERO, Luis Alberto, *Breve historia contemporánea de la Argentina*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2001, 2ª edición.
- SEOANE, María y Muleiro, Vicente, *El dictador. Historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla*, Sudamericana, Buenos Aires, 2001.
- URIARTE, Claudio, *Almirante Cero. Biografía no autorizada de Emilio Eduardo Massera*, Planeta, Buenos Aires, 1991.
- VERBITSKY, Horacio, *Malvinas. La última batalla de la tercera guerra mundial*, Sudamericana (edición corregida y aumentada), Buenos Aires, 2002.



Cronología

Cronología significativa 1930-1952 (selección de hechos vinculados al capítulo I)

1919

- Semana Trágica
- Huelgas de braceros rurales (Tres Arroyos y Coronel Dorrego, Arrecifes, Pergamino y Colón).

1922

- Masacre en estancias lanares de la Patagonia.
- Congreso de Unificación Sindical sin la FORA anarquista.

1924

- Cisma radical.
- El flujo de capitales financieros norteamericanos que llega a la Argentina supera al inglés.

1925

- En *La organización de la paz*, Leopoldo Lugones repudia el sistema democrático.
- General Motors se instala en la Argentina.

1926

- Nace la Confederación Obrera Argentina (COA), nueva alianza entre el sector del sindicalismo independiente y socialistas.
- Italia: año decisivo en la construcción del Estado fascista: avanzan leyes represivas contra la existencia de la oposición.
- Nicaragua: Augusto Sandino lidera un ejército popular contra la dominación de EE.UU.

1927

- Se crea el Comité de Unidad Sindical Clasista (CUSA), de orientación comunista.
- Yrigoyen propone nacionalizar las actividades petroleras de la norteamericana Standard Oil.
- Rodolfo Irasusta y Juan Carulla proponen al general Uriburu encabezar un levantamiento.

1928

- Huelgas de braceros, estibadores y carreros con epicentro en Santa Fe, debido a la caída de salarios.
- Triunfo de Yrigoyen con el 57 %.

1929

- La Liga Patriótica presiona a Yrigoyen por no combatir suficientemente al bolchevismo.
- Yrigoyen firma el Tratado D'Abernon (antecedente del Pacto Roca-Runciman).
- Se deterioran los Términos del Intercambio.
- Enfrentamientos callejeros entre fuerzas de choque: el Klan Radical y la Liga Republicana.

1930

- Doble punto de inflexión: agotamiento del modelo agroexportador, cambio en el régimen político: nuevo ciclo conservador.
- 6 de septiembre: comienzan los 17 meses del ensayo corporativista de Uriburu.
- Fin de la hegemonía compartida entre radicales y conservadores.
- El comisario Polo Lugones introduce la picanas eléctrica como método de tortura.

1931

–El programa mínimo planteado por la CGT contempla al gobierno como tercero necesario en las relaciones laborales.

–Se crea un impuesto de emergencia a los réditos y otro a las transacciones.

–20 de mayo: el gobierno reconoce a la organización paramilitar Legión Cívica Argentina.

–Se anulan elecciones en Buenos Aires a raíz del triunfo radical.

–20 de julio: rebelión militar pro radical del teniente coronel Gregorio Pomar.

1932

–Repunte en la organización rural en Entre Ríos: se crea la Unión Obrera Provincial.

–Comienza un nuevo ciclo conservador sobre la base del fraude electoral organizado.

–Octubre: se crea la Acción Nacionalista Argentina, promotora de un sistema corporativista antiparlamentario.

–Comienza la guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay.

1933

–Se activa el crecimiento industrial (ISI).

–El general Savio publica su trabajo *Movilización industrial*, pensando en otro tipo de industrias.

–Se aceleran las migraciones internas.

–Pacto Comercial Bilateral Roca-Runciman.

–Plan de Reestructuración Económica (también

llamado Primer Plan Pinedo): ¿los conservadores conciben un desarrollo industrial?

–En EE.UU. se lanza el primer New Deal.

1934

–Con la reactivación resurge la actividad sindical.

–Predominan las huelgas perdidas (56 %).

–El dirigible alemán Graf Zeppelin II vuela en el cielo de Buenos Aires.

1935

–Nace la Federación Obrera de Sindicatos de la Construcción.

–Octubre: huelga de la construcción. Reclamos: “Aumento de salarios, reconocimiento del sindicato, descanso dominical, jornada de 4 horas los sábados, abolición del trabajo a destajo y responsabilidad empresaria en los accidentes de trabajo”.⁹⁰

–Lisandro de la Torre denuncia en el Senado a los frigoríficos extranjeros.

–Discépolo compone *Cambalache*.

–La Internacional Comunista llama a conformar frentes populares antifascistas.

1936

–7 y 8 de enero, huelga general en ciudad de Buenos Aires.

–Predominan las huelgas transigidas (78 %).

–Los gremios ferroviarios proyectan construir un hospital y un sanatorio.

⁹⁰ Nicolás Iñigo Carrera, “Formas de lucha de la clase obrera y organizaciones políticas en la Argentina de los 30”; en Documento de Trabajo N° 12, Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina, Buenos Aires, 1998.

- Gobierna en España el Frente Popular. Por primera vez organizaciones anarquistas forman parte de una coalición de gobierno en Madrid y Barcelona. Alzamiento de Franco, inicio de la guerra civil.
- Comienza el rearme acelerado en Alemania.

1937

- Dirigentes sindicales comunistas de origen italiano son deportados a Italia fascista.
- Junio: oficiales retirados y en actividad votan mayoritariamente al general pro alemán Juan Bautista Molina para que presida el Círculo Militar.
- 5 de septiembre: en comicios fraudulentos la Concordancia impone a su candidato, el doctor Roberto M. Ortiz.

1938

- 20 de febrero: Ortiz asume la presidencia.
- La Federación Obrera Nacional de la Construcción establece contactos regulares con el Departamento Nacional de Trabajo.

1939

- Fin de la Guerra Civil Española.
- Alemania de Hitler invade Polonia, comienza la Segunda Guerra Mundial.

1940

- Diciembre: se discute en el Senado el segundo Plan Pinedo de industrialización.

1941

- Se mundializa la guerra europea. Ingresan al conflicto EE.UU., URSS, Japón.
- 4 de octubre: se crea la Flota Mercante del Estado.

1942

- Conferencia de Río de Janeiro: EE.UU. arrienda armas a Brasil.
- 22 de marzo: Brasil declara la guerra a Alemania.
- 22 de marzo: la Argentina concreta un pedido oficial y secreto de armas a Alemania nazi.
- Huelga del Sindicato Obrero Metalúrgico (18 días) dirigida por comunistas.
- Huelgas de textiles y madereros.
- Cifra tope de conflictos laborales en la década.

1943

- 10 de marzo: en reunión secreta en el Hotel Conde, se funda el GOU.
- 4 de junio: el Ejército se dispone a tomar el poder. El movimiento golpista se inicia en la Escuela de Caballería de Campo de Mayo. Sorpresivamente, ese día nadie encuentra a Perón.
- 27 de octubre: Perón asume como Secretario de Trabajo y Previsión. Estrategia de acercamiento a los trabajadores compuesta por tres tácticas: represión, cooptación y reformas favorables.

1944

- Perón escala posiciones: vicepresidente y ministro de Guerra.
- 25 de agosto: discurso de Perón en la Bolsa de Comercio.

1944-45

- organizaciones obreras afines a la CGT 1 firman más de 700 convenios de regulación salarial, vacaciones, duración de la jornada laboral, condiciones de trabajo, indemnización por accidentes y despidos.

- Agosto: Consejo Nacional de Posguerra promueve medidas en defensa de industria manufacturera.
- 15 de octubre: se anuncia el Estatuto del Peón.

1945

- 27 de marzo: Farrell y Perón declaran la guerra a Alemania.
- Junio: entidades patronales impugnan la legislación social de Perón.
- Septiembre: Marcha de la Constitución y la Libertad.
- 16 de octubre: el Comité Central Confederal de la CGT llama a un paro para el día 18.
- 17 de octubre: ¿quién adelantó la movilización?
- Octubre: decreto regulatorio de asociaciones profesionales: centralización sindical.
- Partido Laborista se organiza sobre la base de la vieja guardia sindical.

1946

- Se nacionaliza el Banco Central.
- Creación del IAPI, Instituto Argentino para la Promoción Industrial (nacionalización del comercio exterior).
- Mayo: se intervienen las universidades nacionales: cerca de mil profesores cesanteados.
- Punto de inflexión: del Estado intervencionista “defensivo” al “redistributivo”.

1947

- Ley 13.031: habilita al gobierno a elegir las autoridades universitarias y titulares de cátedra.
- Cuarto Censo General de la Nación.

- “Entre el 50 y 70 % de los obreros preexistentes en el área metropolitana había sido reemplazado por nuevos obreros provenientes del interior.”⁹¹
- Número de migrantes internos se estima en 1.386.000.
- Se aprueba el voto femenino.
- El número de hijos por mujer pasó de 3,4 en 1914 a 1,5 en 1947.

1948

- Marzo: se estatizan los ferrocarriles ingleses. En octubre se les asignan nombres de próceres nacionales, de acuerdo con el canon de la historia liberal.
- Comienza la remoción de militantes obreros dirigida por Perón.

1949

- Reforma constitucional: se habilita la reelección.
- La campaña contra el paludismo reduce la enfermedad de 300.000 casos en 1946 a 137 casos en 1947.
- Triunfa la revolución comunista en China.
- Caída de precios agrícolas internacionales.

1950

- Es manifiesta la crisis del Primer Plan Quinquenal.
- Marzo: es detenido el diputado Ricardo Balbín.
- Huelgas bancarias y ferroviarias.

1951

- Enero: huelgas ferroviarias.
- Mayo: peronistas respaldados por la CGT

⁹¹ Juan Carlos Torre y Eliza Pastoriza, “La democratización del bienestar”, en *Nueva historia argentina*, ob. cit., p. 277.

- toman la sede de La Fraternidad y desplazan a la vieja conducción.
- Cae el número de huelgas que confrontan directamente con el Estado.
- El diario *La Prensa* es expropiado y cedido a la CGT.
- 22 de agosto: Evita renuncia a la vicepresidencia en acto público.
- 28 de septiembre: sublevación en Córdoba del general retirado Benjamín Menéndez.
- 17 de octubre: primera transmisión experimental de televisión.
- 11 de noviembre: elecciones presidenciales. Perón-Quijano se imponen por 4.600.000 votos contra 2.330.000 de Balbín-Frondizi.
- Por primera vez votan las mujeres.
- Sequía histórica en pampa húmeda.

1952

- Conflictos en el interior de la alianza social peronista.
- Se impulsan restricciones al consumo.
- El Poder Ejecutivo libera a 35 militantes de izquierda.
- 4 de junio: Perón lanza el Segundo Plan Quinquenal.
- 26 de julio: muere Evita.
- 9 de octubre: se estrena en el cine Gran Rex, *Las aguas bajan turbias*.

1953

- Perón presenta al Congreso un proyecto de ley de inversiones extranjeras.
- 9 de abril: Juan Duarte aparece muerto en su casa.
- En acto de CGT en Plaza de Mayo explotan bombas que causan siete muertos y casi 100 heridos.

- Quema de sede del Partido Socialista, Casa Radical y el Jockey Club.
- 17 de octubre: visita a Perón el dictador nicaragüense Anastasio Somoza.

1954

- Huelga de metalúrgicos violentamente reprimida.
- Avanza la equiparación de derechos de hijos antes llamados “ilegítimos”.

1955

- Congreso de la Productividad.
- 14 de junio, día de Corpus Christi: marcha opositora de la Catedral hasta el Congreso.
- 15 de junio: Perón expulsa del país a dos prelados.
- 16 de junio: aviones de la Marina bombardean la Casa Rosada a lo largo del día, causando centenares de muertos y heridos.
- Quema de iglesias.
- Perón ensaya un gesto conciliador. Se permite a Frondizi hablar por radio y más tarde Perón anuncia su renuncia a la presidencia.
- 31 de agosto: Perón abandona el discurso conciliador: “5 por 1”.
- 16 de septiembre: triunfa la Revolución Libertadora.

Cronología significativa 1955-1973 (selección de hechos vinculados al capítulo II)

1955

- Noviembre: con Aramburu el antiperonismo más duro desplaza a Lonardi.
- Se intervienen los sindicatos.
- Por orden de Aramburu es secuestrado de la CGT el cadáver de Evita.

1956

- Abril: se aprueba el plan económico de Raúl Prebisch.
- 9 de junio: levantamiento cívico-militar peronista encabezado por el general Valle.
- Fusilamientos de militares y civiles.
- Noviembre: Perón designa a John William Cooke como su delegado personal.
- Comienzan huelgas de principales gremios industriales y transportistas.
- La UOM declara una huelga por tiempo indefinido.

1957

- Surgen las 62 Organizaciones (sindicatos peronistas).
- Julio: en elecciones constituyentes se comprueba que el peronismo mantiene su fuerza electoral.

1958

- 23 de febrero: triunfo electoral de Frondizi con votos prestados por un pacto que no podrá cumplir. Primer ensayo semidemocrático.
- Primer *shock* de inversiones desarrollistas. Comienza la “batalla del petróleo”.

1959

- Enero: toma obrera del Frigorífico Lisandro de la Torre para resistir su privatización.
- Crisis de balanza de pagos.
- Junio: Perón da a conocer el pacto secreto con Frondizi.
- Se instala en los montes tucumanos el primer grupo guerrillero del país: Uturuncos.

1960

- Marzo: luego de atentados a Shell en Córdoba, Frondizi pone en funcionamiento el Plan Conintes (Conmoción Interna del Estado).
- Perón se establece en España.
- Junio: se aprueba la Ley de Represión del Terrorismo.
- YPF anuncia autoabastecimiento petrolero.

1961

- Abril: fracasa la invasión en Bahía de Cochinos (Playa Girón) por tropas mercenarias apoyadas por EE.UU.
- Agosto: Frondizi recibe al ministro de Industrias de Cuba, Ernesto “Che” Guevara.

1962

- Año de *boom* automotor. Se fabricaron 115.000 autos. Salto de 666 % con respecto a 1957.
- Crisis de los misiles: la Guerra Fría se instala en el continente.
- La OEA expulsa a Cuba del sistema americano. La Argentina se abstiene pese a la presión de militares.
- 18 a 23 de septiembre: enfrentamiento entre fracciones antiperonistas del Ejército: “azules” y “colorados”.

1963

- Agosto: asalto del Policlínico Bancario por Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara.
- 12 de octubre: asume Illia, ilegitimado por elecciones semidemocráticas.
- Noviembre: Illia anula los contratos petroleros de Frondizi.

1964

- EE.UU comienza a combatir a las fuerzas revolucionarias de Vietnam.
- Jefes de ejércitos latinoamericanos reunidos en West Point declaran su apoyo a la Doctrina de Seguridad Nacional.
- Abril: es aniquilado el Ejército Guerrillero del Pueblo, comandado por Jorge Masetti.
- Diciembre: fracasa el Operativo Retorno de Perón al ser detenido su avión en Río de Janeiro.
- Illia impulsa un proyecto de ley que afecta a multinacionales de medicamentos.

1965

- Abril: Guevara parte hacia el Congo a organizar la lucha revolucionaria.
- Noviembre: incidente limítrofe con Chile por Laguna del Desierto.
- Con el nombre de Unión Popular, el peronismo se impone en elecciones legislativas.
- Se llama a licitación para la construcción de puente Zárate-Brazo Largo y complejo hidroeléctrico de El Chocón.

1966

- 28 de junio: golpe de Estado. Illia es desalojado de la casa de gobierno por la fuerza.
- 29 de julio: Noche de los Bastones Largos.
- Septiembre: Vandor firma con Onganía un convenio salarial.
- Septiembre: muerte del estudiante Santiago Pampillón a pocos días de la represión en Córdoba.
- En enfrentamiento entre José Alonso y Vandor por la conducción del gremio, es asesinado el

dirigente metalúrgico Rosendo García, en la confitería La Real de Avellaneda.

- Mao dirige la revolución cultural en China.

1967

- 9 de octubre: en Bolivia es asesinado, por orden de la CIA, Ernesto “Che” Guevara.
- Se forma en la Argentina el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo.
- Se publica la revista *Cristianismo y Revolución*, dirigida por Juan García Elorrio.
- Muestra artística: “Homenaje a Vietnam” (Galería Van Riel).

1968

- Marzo: nace la CGT de los Argentinos.
- Mayo: huelga general y revuelta estudiantil en Francia.
- Primavera de Praga, contra dominación soviética en Checoslovaquia.
- Septiembre: es neutralizado el grupo guerrillero en Taco Ralo (Tucumán).
- Masacre de Tlatelolco, contra estudiantes mexicanos.
- Comienza a exhibirse *La hora de los hornos*.

1969

- 29 de mayo: Cordobazo.
- 30 de junio: es asesinado por Montoneros el “Lobo” Vandor.

1970

- Enero: surgen las Fuerzas Armadas Peronistas.
- Mayo: secuestro y asesinato de Aramburu.
- Junio: cae Onganía y asume Levingston.

- Julio: operativo comando de Montoneros en localidad cordobesa de La Calera.
- Julio: se conforma el Ejército Revolucionario del Pueblo.
- Agosto: es asesinado el dirigente metalúrgico José Alonso.
- Diciembre: el ministro de Economía Aldo Ferrer anuncia la Ley de Compre Nacional.
- Se duplica el cuentapropismo con respecto al censo de 1947.
- Se duplica la población de villas miseria en el conurbano bonaerense respecto de 1960. Ahora llega al 11,24 % de la población.
- 21 de noviembre: Primer Encuentro Nacional de Cine; “esteticistas” y partidarios del “documental social puro” se enfrentan en Santa Fe.⁹²

1971

- 15 de marzo: el Viborazo o “Segundo Cordobazo”.
- Lanusse negocia la entrega del cadáver de Evita.
- Septiembre: Lanusse convoca a elecciones presidenciales para el 25 de marzo de 1973.

1972

- Agosto: integrantes de Montoneros, FAR y ERP son asesinados en la base naval de Trelew.
- Noviembre: luego de diecisiete años de exilio, Perón vuelve al país.

1973

- 25 de mayo: asume Cámpora.

- Junio: Pacto Social CGT y CGE.
- A pedido de Perón, José López Rega es nombrado ministro de Bienestar Social.
- 20 de junio: masacre de Ezeiza.
- Septiembre: Perón triunfa con el 61 % de los votos.
- Comienza el alza petrolera mundial.

1974

- 1º de mayo: duelo verbal entre Perón y Montoneros en Plaza de Mayo.
- La Triple A y otros escuadrones paramilitares inician crímenes y amenazas.
- 1º de julio: se anuncia la muerte de Juan Domingo Perón.
- 6 de septiembre: Montoneros pasa a la clandestinidad.
- Es condenado en juicio revolucionario por supuesta traición el cuadro montonero Roberto Quieto.

Cronología significativa 1975-1983 (selección de hechos vinculados al capítulo III)

1975

- Febrero: Isabel Perón habilita a los militares a reprimir la guerrilla en Tucumán.
- 5 de junio: Rodrigazo.
- 5 de octubre: asalto de Montoneros al regimiento militar en Formosa.⁹³
- Octubre: Ítalo Luder autoriza por decreto a

⁹² Beatriz Sarlo, *La máquina cultural. Maestras, traductores y vanguardistas*, Ariel, Buenos Aires, 1998, pp. 195-269.

⁹³ Según Richard Gillespie, fue la operación guerrillera mejor planificada y realizada en la Argentina, en ob. cit., p. 243.

- “aniquilar el accionar subversivo”.
- 23 de diciembre: el ERP asalta el batallón 601 de Monte Chingolo.
- 30 de diciembre: solicitada de la CGT: “[A las fuerzas armadas] Destacamos su respeto a la voluntad popular y su respaldo al desenvolvimiento constitucional del país. Ratificamos la solidaridad activa en la lucha contra la subversión...”
- Alberto Ottalagano asume como rector de la Universidad de Buenos Aires. En revista *Siete Días* declara: “Soy fascista, ¿y qué?”.
- 18 de diciembre: intento fallido de golpe de Estado del brigadier Orlando Capellini.
- A fin de año se contabilizan cerca de 900 muertos por causas políticas.
- Derrota estadounidense en Vietnam.

1976

- 20 de marzo: “Si las Fuerzas Armadas vienen para poner orden y estabilidad, bienvenidas sean.” Jorge Antonio, Partido Justicialista.
- 24 de marzo: ley 21.264. Pena de muerte y consejos de guerra.
- 24 de marzo: ley 21.260. Despido masivo de trabajadores “por razones de seguridad”.
- 2 de abril: se lanza el primer plan antiinflacionario de Martínez de Hoz (ancla salarial). Se anuncia apertura económica.
- 8 de abril: las entidades del agro califican de muy satisfactorio el plan de Martínez de Hoz.
- 22 de abril: el Comando del III Cuerpo del Ejército (Córdoba) prohíbe la publicación de reclamos de familiares de “presuntos detenidos”.

- 9 de junio: Kissinger destaca el papel crucial de la Argentina en Sudamérica.
- 16 de septiembre: Noche de los Lápices.
- 13 de diciembre de 1976: masacre de Margarita Belén.
- Punto de inflexión: inicio del modelo de acumulación basado en la valorización financiera.

1977

- Febrero: Massera comienza a incubar la idea de recuperar militarmente Malvinas.⁹⁴
- Junio: reforma financiera.
- Comienza la matanza masiva de prisioneros (vuelos de la muerte).
- Diciembre: primera ronda de Madres de Plaza de Mayo.
- 11 de marzo: al mes de la desaparición del dirigente Oscar Smith, trabajadores de Luz y Fuerza marchan por las calles del centro.

1978

- 25 de enero: la conducción militar no reconoce el fallo arbitral inglés sobre el conflicto del Beagle.
- Fracasa reunión entre Videla y Pinochet en Puerto Montt (Chile).
- Marzo: masacre de Villa Devoto.
- 25 de junio: la Argentina, país campeón mundial de fútbol.
- 1 de agosto: atentado de Montoneros a Lambruschini.
- Año de preparativos bélicos en la Argentina y Chile.
- Diciembre: se anuncia la “tablita”.

94 Seoane-Muleiro, ob. cit., p. 274.

1979

- Enero: la Argentina y Chile aceptan la mediación del Vaticano promovida por EE.UU.
- Marzo: solicitada de la Unión Industrial sostiene: “El país está de pie, luego de la noche en que lo sumergieran el desgobierno y la subversión”.
- Del 6 al 20 de septiembre: inspección de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA. Recibe denuncias por 5.000 desapariciones.
- La Argentina, país campeón mundial juvenil.
- Luciano Benjamín Menéndez acusa de condescendiente a la conducción de Videla.
- Fracasa el intento de “contraofensiva” de Montoneros.

1980

- El jefe del Ejército, Galtieri, declara que “las urnas están bien guardadas”.
- El gobierno decide vender cereales a URRS, a pesar del boicot de EE.UU.
- El 14 de octubre: Adolfo Pérez Esquivel recibe el Premio Nobel de la Paz.
- Visita de David Rockefeller.
- Se publica *Respiración artificial* de Ricardo Piglia.
- A fin de año comandos argentinos adiestran tropas contrarrevolucionarias en Guatemala, Costa Rica y Nicaragua.

1981

- Verano de la “plata dulce”.
- Fin del dólar barato; a lo largo del año se devolvió el atraso cambiario.
- 28 de julio: se inicia Teatro Abierto, otro hito de resistencia cultural. A la semana explotan bom-

bas en el Teatro Picadero.

- Ronald Reagan promueve la guerra contra el gobierno sandinista en Nicaragua.
- Diciembre: destitución de Viola, asume Galtieri.

1982

- 29 de marzo: se informa a los oficiales superiores el plan de reconquistar Malvinas.
- 30 de marzo: movilización de la CGT y violenta represión.
- 2 de abril: reconquista argentina.
- 2 de mayo: hundimiento del Crucero “General Belgrano”.
- 11 de junio: visita el país el papa Juan Pablo II.
- 14 de junio: rendición argentina.
- Domingo Cavallo, al frente del Banco Central transfiere al Estado deudas privadas de empresas por 15.000 millones de dólares.
- 16 de diciembre: la Multipartidaria moviliza a cerca de 100.000 personas.

Cronología significativa en torno de Malvinas (selección de hechos vinculados al capítulo IV, sobre la base de los trabajos de Guber y Lorenz)

1833

- Gran Bretaña usurpa las islas.

1892

- Gran Bretaña declara colonia a las islas.

1910

- Paul Groussac publica *Les Iles Malouines*.

1934

–Septiembre: Alfredo Palacios presenta un proyecto de ley para traducir, publicar y distribuir la obra de Paul Groussac.

–Los hermanos Rodolfo y Julio Irazusta publican *La Argentina y el imperialismo británico, los eslabones de una cadena (1806-1933)*.

1964

–Un aviador argentino, Miguel Fitzgerald, aterriza en las islas Malvinas para reclamar por la soberanía.

1966

–28 de junio: Operativo Cóndor.

1977

–Anaya elabora un plan de reconquista militar de islas Malvinas.

1978

–Preparativos bélicos hacia la guerra con Chile.

1979

–La Argentina, país campeón mundial juvenil.
–Llega la comisión inspectora de la OEA.

1982

–26 de marzo: se ordena la reconquista militar.
–29 de marzo: se informa a los oficiales superiores.
–30 de marzo: movilización de la CGT y violenta represión.
–2 de abril: desembarco en las islas.
–3 de abril: el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas exige el retiro de la Argentina y el inicio de negociaciones.
–10 de abril: reunión Galtieri-Haig. Manifestación popular de apoyo.

–1º de mayo: EE.UU. declara ilegal la acción argentina.

–1º de mayo: la aviación inglesa ataca Puerto Argentino.

–2 de mayo: hundimiento del Crucero “General Belgrano”.

–11 de junio: visita el país el papa Juan Pablo II.

–14 de junio: rendición argentina.

–14 de junio: luego del Comunicado de Galtieri a la población, manifestación frente a Casa Rosada. “Galtieri, borracho, mataste a los muchachos”; “Los chicos murieron, los jefes los vendieron”.

–Desde el 14 de junio al 14 de julio: llegan contingentes de soldados argentinos. Ingreso por “puerta trasera”.

–Junio: se publica *El otro frente de la guerra. Los padres de las Malvinas*, de Dalmiro Bustos.

–Casa del Veterano. Contención y “memoria hacia adentro del dominio militar”.

–Agosto: se publica *Los chicos de la guerra* de Daniel Kon. Basado en el relato de ocho soldados de clase 62.

–Figuración predominante del excombatiente: soldados bisoños, caracterizados por su “inocencia histórica”, “chicos” llevados a morir.

–Comienza la elaboración del Informe Rattenbach.

–A fin de año se forma la Coordinadora Nacional de Centros de ex Soldados Combatientes de Malvinas.

1983

–23 de marzo: la Junta Militar promulga ley de autoamnistía.

–2 de abril: primera conmemoración en dependencias castrenses.

–3 de abril: el Centro de ex Soldados Combatientes convoca a Plaza Fuerza Aérea Argentina. Para Guber se despliega escénicamente una nueva identidad de combatientes.

–Abril: surge la denuncia de excombatientes sobre “desmalvinización” deliberada, iniciada por el Estado Mayor Conjunto en 1982.

–30 de octubre: Alfonsín es elegido presidente con el 52 % de los votos.

37 Citados en <http://www.galeon.com/elortiba>.

- Alfonsín deroga la autoamnistía militar y ordena el juicio a los integrantes de las juntas militares.
- Se publica *Las Malvinas: de la guerra “sucía” a la guerra “limpia”*, de León Rozitchner.

1984

- Alfonsín decreta como día feriado el 10 de junio en lugar del 2 de abril.
- Informe Conadep.
- Acuerdo limítrofe entre la Argentina y Chile por las islas del Beagle.
- Se estrena *Los chicos de la guerra* de Bebe Kamin.
- Agosto: grupos de excombatientes critican la película.
- Avanza el proceso de construcción de identidad excombatiente: de “chicos” a “veteranos”, de “víctimas” a soldados afirmados en la experiencia, sujetos políticos de la posdictadura contra la “desmalvinización”.

1985

- 18 de septiembre: Alfonsín y Neil Kinnock manifiestan en París la voluntad de restablecer las relaciones diplomáticas.
- 26 de noviembre: en discurso ante las Naciones Unidas el canciller Dante Caputo vincula los modos de la democracia en política interna y externa: “Desde el momento en que la democracia se reinstauró en la Argentina ha sido un objetivo fundamental del gobierno consolidar la convivencia pacífica y civilizada tanto dentro de la comunidad nacional como con el resto del mundo”.

1986

- En mundial de fútbol se enfrentan las selecciones de la Argentina e Inglaterra y se suscitan sentimientos colectivos de desquite.
- 23 de diciembre: Diputados aprueba el proyecto de punto final.

1987

- 15 de abril: levantamiento carapintada, en la Escuela de Infantería de Campo de Mayo, de oficiales y suboficiales al mando del teniente coronel Aldo Rico.
- Del 15 a 19 de abril: concentraciones públicas contra la sublevación militar.
- Domingo de Pascua: el presidente Alfonsín negocia con los amotinados. Desde Casa de Gobierno asegura: “La casa está en orden”.
- El Congreso aprueba la Ley de Obediencia Debida.
- Se publica en la Argentina *No picnic*, de Julian Thompson.

1988

- 18 de enero: Aldo Rico se subleva en el regimiento de Monte Caseros.
- 3 de diciembre: levantamiento del coronel Mohamed Alí Seineldín en Villa Martelli.

1990

- 24 de junio: se inaugura el cenotafio y monumento “A los caídos en la gesta de Malvinas”.

1991

- Marzo: familiares de caídos comienzan a visitar el cementerio de guerra de Darwin.

1999

- 14 de julio de 1999: Menem y Tony Blair acuerdan la construcción de un cenotafio en las islas Malvinas.

2001

- El ministro de Defensa, Ricardo López Murphy, propone correr el feriado conmemorativo al 2 de abril.

2005

- Se estrena *Locos de la bandera*.

